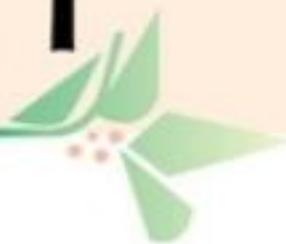


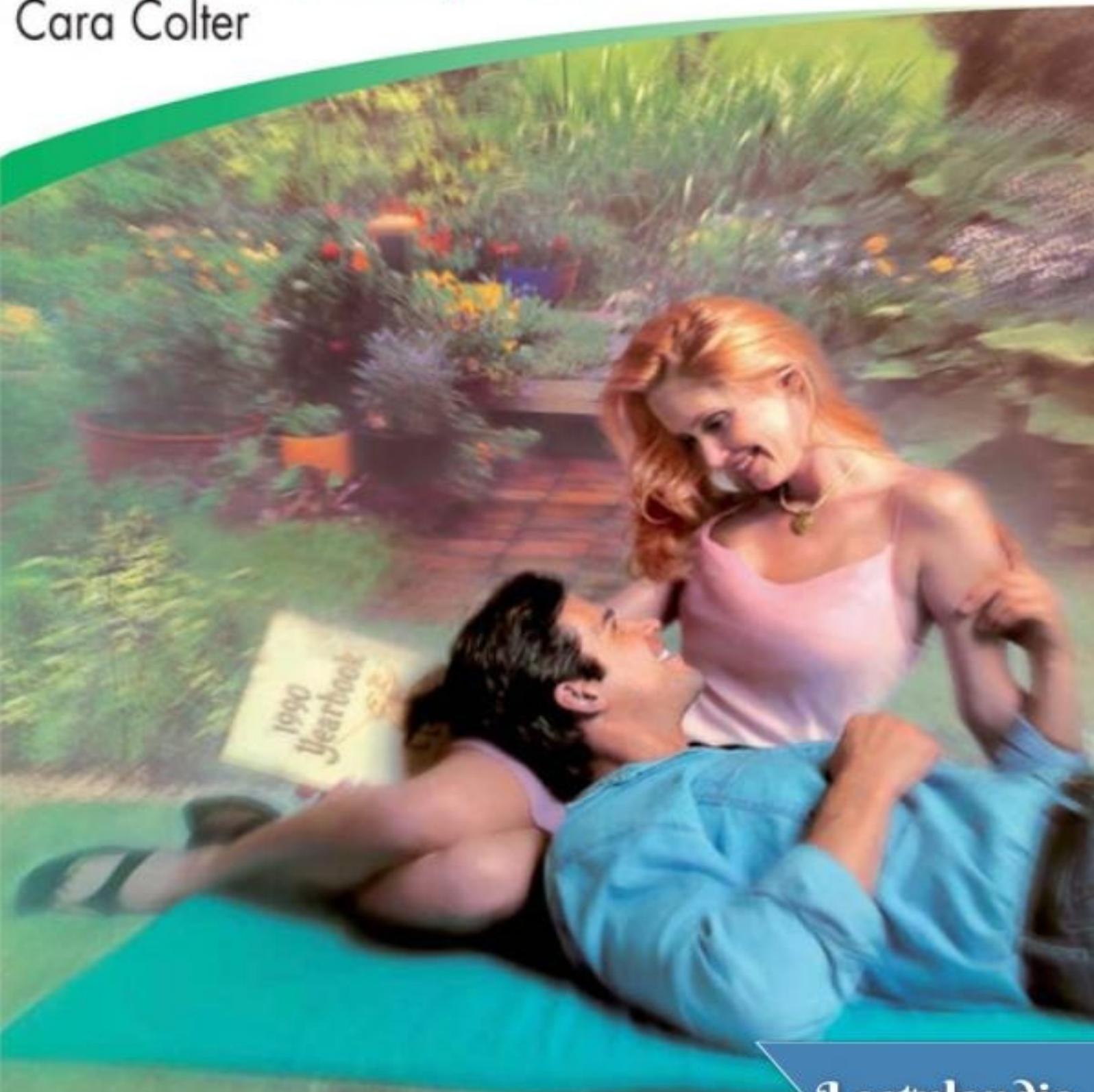
 HARLEQUIN®

# Jazmín®



## Un pasado compartido

Cara Colter



Lectulandia

Él le había pedido que curara a su perrito... pero quizá también quería que le curara su propio corazón

Brian Kemp no creía en los finales felices, pero un perrito le hizo conocer a la única mujer capaz de obrar milagros... En otro tiempo, Jessica Moran había sido una muchacha demasiado corriente y demasiado enamorada del popular Brian. Ahora se había convertido en una mujer bella y segura de sí misma... hasta que su amor de adolescencia apareció con su triste sobrina y un cachorro herido. Pero Jessica sabía que no debía entregar su corazón al hombre que la había hecho dejar de creer en el amor... ¿O quizá había cambiado?

**Lectulandia**

Cara Colter

# **Un pasado compartido**

\*

ePub r1.0

Piolin 19.05.17

Título original: +++  
Cara Colter, 2012

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Capítulo 1

Por un horrible momento, Brian creyó que el cachorro había muerto. Miró a su sobrina, sentada en el asiento del copiloto de su camioneta Ford naranja de 1964. Su pelo, teñido de un negro totalmente artificial, le caía como un velo y ocultaba su rostro. Estaba encogida, con los hombros echados hacia delante como protegiéndose de una explosión.

Aunque llevaba seis meses viviendo con ella, Brian Kemp, soltero, seguía sin comprender el misterioso mundo de las adolescentes. Le habían dicho que eran fuertes, pero su sobrina, volcada sobre aquel cachorro con las manos tensas entre su pelaje dorado, no parecía fuerte. De hecho, era la imagen viva de la fragilidad.

Vio que el cachorro tomaba aire y sintió que él también lo necesitaba, había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta.

–¿Falta mucho? –murmuró Michelle, por una vez sin ese tono de «todo me da igual» que solía emplear.

–Casi hemos llegado –contestó él, deseando que fuera verdad.

Esperaba haber tomado bien el desvío, había pasado tanto tiempo... Decirle a su sobrina que conocía a alguien que podría ayudarlos había sido un recurso estúpido y desesperado.

Y ahora allí estaban, atravesando un frondoso bosque por un camino de tierra. De repente, los árboles a ambos lados del camino fueron sustituidos por arbustos de rosas, enormes plantas repletas de flores amarillas, rosas y rojas. Brian no recordaba aquellas flores; seguramente, la última vez que pasó por allí era invierno, pensó.

Pero en aquel momento, a finales de junio, los rosales florecían con toda su abundancia. Su aroma embriagador se colaba por las ventanas de la camioneta, envolvía a Brian y lo llenaba de un sentimiento peligroso: esperanza.

El veterinario lo había dado por imposible. El cachorro no mejoraba, no viviría. Les había recomendado un final compasivo.

Michelle se había dado la vuelta ante aquella sugerencia, con las lágrimas inundándole las mejillas y tiñéndolas de negro, al corrersele el rímel. Brian había intentado abrazarla y agarrar al cachorro, pero ella lo había envuelto con su cuerpo, rechazando tanto el desprenderse de él como recibir consuelo. Luego había salido corriendo y se había metido en la camioneta.

Brian Kemp no era un hombre que pidiera favores al universo. Pero en aquel momento, mientras contemplaba a su sobrina en la camioneta desde la ventana de la clínica veterinaria, se dio cuenta de que, con sus trece años, era todavía una niña y experimentó un sentimiento de fracaso e impotencia que no le resultó inesperado. ¿Acaso no sabía desde el principio que probablemente él no era la mejor persona para ser su tutor? Siempre había fracasado al intentar hacer felices a las mujeres.

Él era policía y, aunque Victoria no era una ciudad muy grande, pues sólo tenía

300.000 habitantes, se enfrentaba cada día a asuntos duros y a veces terribles. Ése era su trabajo, y se consideraba bueno en ello. Veía su falta de sensibilidad como una ventaja... hasta aquel momento. Aunque a diario trataba con la tragedia y el caos, se dio cuenta de que no tenía ni la menor idea de cómo actuar ante una jovencita con el corazón a punto de romperse.

Y así, mirando por la ventana de la clínica, se sorprendió al oírse decir:

–No sé qué hacer.

Lo dijo en voz alta, como si alguien lo oyera.

Admitir eso era terriblemente duro para cualquier hombre, pero aún más para uno que se vanagloriaba de saber qué hacer incluso en las situaciones más desastrosas. Claro que la mayoría de los desastres que solucionaba no tenían que ver con nada personal suyo. De hecho, era un experto en evitar cualquier contacto con su mundo personal, como las relaciones con las mujeres.

Un hombre que no tenía costumbre de ocuparse de nadie más que de él, seguramente no era un buen tutor. Pero seis meses antes, cuando su hermano Kevin y su cuñada Amanda, los padres de Michelle, habían muerto en un accidente de coche, él era el único familiar que le quedaba a Michelle y se hizo cargo de ella. Ya no era la niña que recordaba de verla una vez al año por Navidad, sino una mujercita llena de la hostilidad tras haber perdido lo más querido.

Desesperado, Brian la había sorprendido con el cachorro dos semanas atrás, confiando en que la ayudaría a estar ocupada durante las vacaciones de verano que se acercaban rápidamente. En el fondo, esperaba que contribuyera a solucionar los problemas entre ellos dos. Y parecía que podía funcionar.

Después de fingir indiferencia durante cinco minutos, Michelle había bautizado como O'Henry al pequeño perro labrador y se habían hecho inseparables. El perro dormía junto a ella en la cama. Brian la sorprendió un día tratando de meterlo en su mochila para ir al colegio. A veces la oía reír, y le dolía en el alma que nunca lo hiciera cuando él estaba delante, como si ella se sintiera culpable por reírse.

¿Y ahora ese cachorrito, esa confianza en la vida que le había dado a su sobrina, también le iba a ser arrebatado?

–Así que, si sabéis qué puedo hacer, mostrádmelo, por favor –había pedido.

A continuación había fruncido el ceño, ya que las palabras le sonaban demasiado a una oración. Frunció aún más el ceño al recordar a otra chica, mucho tiempo atrás, volcada sobre otro perro.

Puede que ya no viviera al final de ese camino. Habían pasado por lo menos catorce años desde la última vez que él estuvo allí. Entonces los dos estaban en el instituto. Podían haber pasado muchas cosas durante esos años.

El camino terminaba repentinamente en un claro, y Brian lo contempló boquiabierto. Era el mismo lugar, pero transformado, no sabía bien si por la época del año o por el paso del tiempo. Aquel camino al que le había conducido su corazón desesperado no terminaba en el lugar que recordaba; terminaba en un lugar de

ensueño.

El claro estaba inundado de flores por todas partes. Había macizos rojos y naranjas, ramos azules, flores amarillas... Brian reconoció algunas de ellas, pero la mayoría no las conocía. Los colores, desde los más vistosos hasta los más suaves, bailaban entremezclados y los aromas, desde el más dulce al más fuerte, le cosquilleaban en la nariz y lo embelesaban.

A un lado de aquel éxtasis de abundancia, y junto a un bosque de cedros, había una casa. Era pequeña, de piedra, y con el tejado verde y a dos aguas, armonizando con los árboles que la rodeaban.

Hasta Michelle se olvidó por un momento de su preocupación por el perrito.

–¡Oh, Dios mío! –comentó, con su expresión favorita–, es espectacular.

–Casi parece que en cualquier momento van a aparecer siete enanitos, ¿no crees? –preguntó él.

Una vez más había logrado decir las palabras equivocadas, porque su sobrina le lanzó una de sus miradas de «no hay nada que hacer contigo» ¿Pensaría que la había tratado como a una niña por la referencia a Blancanieves? Quiso preguntárselo, intentar cruzar ese campo de minas que los separaba, pero ella ya había levantado el muro entre ellos y centraba de nuevo su atención en O’Henry.

Una minúscula camioneta, roja y reluciente, señalaba dónde estaba el aparcamiento. Brian aparcó junto a ella y apagó el motor. Los cantos de los pájaros, llenos de gozo, llenaban el aire. Una mariposa entró por una ventanilla de la camioneta y salió por la otra; Brian la contempló en su ir y venir.

–¿Es ella? –preguntó Michelle.

Brian volvió la cabeza hacia su sobrina y miró hacia donde ella tenía fija la vista. Entonces, a pesar de la tranquilidad de la escena, sintió que se le caía el alma a los pies.

Así que ella no estaba allí. Debería haber sabido que catorce años era demasiado tiempo para esperar que una persona siguiera en el mismo sitio. Debería haber imaginado que una nueva propietaria, con el don de crear belleza y buena mano para las plantas, se había instalado allí.

Porque aquella mujer que se levantaba de entre las flores con sombrero de paja no podía ser Jessica Moran.

Jessica era una niña bajita, rechoncha e irremediablemente fea. Era pelirroja y llevaba el pelo largo, formando rizos y ondas indomables en los sitios menos adecuados.

La mujer que emergía de entre las flores era tan ágil como un duende del bosque, llena de energía, esbelta y bronceada. Su camiseta blanca sin mangas se amoldaba a su pequeño pero bien formado pecho y a su vientre plano. Llevaba unos pantalones pirata que dejaban ver unas preciosas pantorrillas. Los pantalones eran blancos, o al menos lo eran antes, porque ahora estaban manchados de tierra.

La mujer se quitó el sombrero mientras se acercaba a ellos, y su cabello corto

bailó libre en una danza de rizos caoba. Llevaba una cesta a la cintura llena de flores y hojas recién cortadas. En otras circunstancias, Brian hubiera apreciado su encanto y el de la escena mucho más. Pero lo único que acudía a su cabeza era que aquella mujer no era «ella»

Se bajó de la camioneta y ella se paró en seco. Abrió los ojos como platos y luego miró hacia atrás, como si fuera un venado que buscara un sitio seguro en el bosque que rodeaba la casa.

Brian era alto y musculoso, y sabía que su tamaño podía intimidar a la gente, especialmente a una mujer que estaba en medio de ninguna parte y a quien ningún vecino oiría gritar.

–Siento molestarla –se disculpó, apoyándose en la puerta abierta de su camioneta.

Dejó bien claro que había una barrera entre ambos, no hizo más movimientos y mantuvo el tono de voz grave y calmado.

–Espero que pueda ayudarme. Estoy buscando a...

Pero no le salían las palabras. Se quedó callado estudiándola y pudo ver la sorpresa en sus ojos. Eran verdes y de una mirada profunda, tan refrescante como bañarse en un lago en calma. Eran el tipo de ojos que un hombre no olvidaba nunca.

Tiempo atrás, cuando ella estaba rellenita, no tenía curvas y no formaba parte de la jerarquía del instituto, incluso entonces, al mirarla a los ojos, había sentido su hechizo. Un hechizo que le llevó a prometer:

–Te llamaré.

Pero luego recobró de nuevo el sentido. Y nunca la llamó.

Vio el mismo recuerdo de aquella promesa rota reflejado en la transparencia de sus ojos y supo por qué ella había querido salir corriendo. No era porque él fuera un extraño que representaba una amenaza. Era porque Jessica Moran lo había reconocido.

Aun así, ella se acercó y se detuvo cerca de ellos. Brian percibió su aroma a limón y especias por encima del que desprendían las flores. Ella cuadró los hombros, elevó la barbilla y anduvo unos pocos pasos más; su gracia y su confianza al moverse borran por completo a la niña torpe y vergonzosa que él recordaba. Sujetó la cesta con un antebrazo y le tendió la mano.

Su rostro era pequeño y delicado, dominado por sus inolvidables ojos. Las pecas le salpicaban la nariz. ¿Y desde cuándo tenía esos labios tan carnosos e incitantes como una fresa madura?

–Hola, Brian –saludó, con una voz clara y melodiosa.

Entonces recordó su voz, recordó que había sido parte del hechizo.

–Sentí mucho lo de tu hermano y Amanda.

Él estrechó su mano. Era pequeña pero sorprendentemente fuerte. Sintió el extraño deseo de quedarse así, sujetando su mano y explorando la energía que le llegaba de ella, pero ella retiró el brazo después de un breve apretón.

Brian recordó que su cuñada, Amanda, iba al mismo curso que Jessica en el

instituto. Y tanto Amanda como su mejor amiga Lucinda la habían tratado cruelmente.

Lucinda había sido la chica que lo apartó de cumplir su promesa de llamar.

Algo en la desenvoltura de Jessica impedía que le saliera la voz. Le empezaban a llegar memorias que debería haber recordado antes de aparecer allí.

–Hola, Jessica –logró decir al fin, tratando de ocultar su sorpresa y su incomodidad ante aquella metamorfosis–. No te había reconocido.

–He cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. ¿Qué te trae por aquí?

Fue educada, pero nada más.

Él dudó. Tal vez era el momento de admitir que había cometido un error y darse la vuelta. Pero en vez de eso, se oyó decir:

–¿Recuerdas aquella vez en que golpeé a un perro en el camino de entrada a tu casa y lo trajimos aquí?

Por los ojos de ella pasó una sombra de dolor y asintió secamente.

Brian se maldijo por haber ido allí, por haber hecho caso a su impulso desesperado. Agradeció que en ese momento Michelle bajara de la camioneta, con el animalito en sus brazos:

–¿Puedes curar a mi cachorrito?

Jessica miró atónita a Brian y luego se volvió hacia la niña. Alargó los brazos y Michelle le entregó el cachorro enfermo. Brian no pudo evitar una punzada de dolor al recordar que a él no le dejaba sujetarlo.

Ahora que lo tenía Jessica, pudo ver la ternura de su tacto al envolver el cuerpecito entre sus brazos y su pecho, acariciarlo y posar su mano sobre un corazón que latía demasiado rápido. Ella cerró los ojos y cuando los abrió le lanzó otra mirada. Vio un relámpago en sus verdes profundidades.

Ira.

No podía culparla por ello. Acababa de irrumpir en su vida con una tarea casi imposible, poniéndola en una posición muy poco deseable. Podía ver que ella no tenía muchas esperanzas acerca del perrito, pero que comprendía que era el corazón de aquella adolescente lo que había confiado en sus manos.

Sin embargo, no había nada de ira en ella cuando se volvió y con un movimiento de su hombro invitó a Michelle a seguirla por el camino sinuoso de adoquines que llevaba hasta la casa.

–Soy Jessica –le dijo por encima del hombro, con un tono tremendamente acogedor–. Te pareces mucho a tu madre. La conocí en el instituto. Amanda era preciosa, y tú también lo eres.

Brian cayó en la cuenta de que le había sorprendido tanto la nueva y mejorada Jessica Moran, que había olvidado hacer las presentaciones.

Jessica habló con tanta autenticidad que Michelle enrojeció y se sintió orgullosa, muy a pesar suyo.

La triste verdad era que su sobrina estaba muy lejos de ser guapa, pensó Brian,

sobre todo por su manía de maquillarse demasiado. Llevaba el pelo teñido de ese negro imposible. Estaba demasiado delgada y empezaba a tener acné.

Y sin embargo, el tono en que habló Jessica le hizo mirar de nuevo a Michelle. Esta vez encontró algo distinto a lo que siempre había visto: el azul intenso de sus ojos, la belleza de sus pómulos, la línea de su cuello.

Sintió un escalofrío. ¿Era Jessica con su magia capaz de hacerle ver aquellas cosas? ¿O simplemente él se había fijado más, después del juicio tan pobre que había hecho de ella cuando eran adolescentes?

—Ésta es mi sobrina, Michelle —anunció.

—Mi perro se llama O’Henry —dijo Michelle.

Le dirigió una mirada a Brian con la que le daba a entender que el perro era lo importante y él se había equivocado. Una vez más. Desde que su sobrina estaba con él, él siempre hacía las cosas mal. Excepto haberle regalado el perro.

—¿O’Henry, como el escritor? —preguntó Jessica.

¿El escritor? Brian contempló atónito a las dos mujeres.

—¡Sí! —respondió Michelle, emocionada.

Muy bien, Jessica había acertado al primer intento.

Él había asumido que el perro se llamaba así por una marca de chocolate; había asumido que a Michelle le gustaba esa marca, e incluso le había comprado una tableta y la había puesto en su bolsa de la comida para darle una sorpresa. Había sido otro error, la bolsa había vuelto con el chocolate intacto.

—¿Cuál de sus obras es la que más te gusta? —siguió preguntando Jessica—. Espera, déjame adivinar... ¿*El regalo de los Reyes Magos*?

—¡Oh, sí! —exclamó Michelle, encantada.

Algo estaba sucediendo entre su sobrina y Jessica, y Brian sintió un nuevo escalofrío.

En el instituto, Jessica tenía fama de bruja y de bicho raro. Pero él sabía la verdad, aunque no saliera en su defensa. Ella no era ninguna bruja, ni un bicho raro. Tampoco era una maga.

Era una sanadora.

Entonces tuvo la desagradable impresión de que no estaba allí por el cachorro. De alguna forma que no llegaba a entender, su petición de ayuda lo había llevado hasta allí.

Estaba allí por su sobrina. Y puede que también por él mismo.

Resopló ante el descabellado giro que habían dado sus pensamientos. Echó la culpa al jardín, a los pájaros, a los ojos de ella, y luego apartó esas ideas de su mente antes de que aquella nueva y desconcertante forma de ver las cosas tuviera oportunidad de instalarse en él.

Un maravilloso día, arruinado, pensó Jessica, mientras se dirigía a la casa con el cachorro pegado a su cuerpo y abría la puerta trasera del edificio con el hombro.

Brian Kemp. Su peor pesadilla había vuelto a aparecer en su vida. ¿Y cómo osaba

estar más guapo que nunca?

Ahora era un poco más sombrío. La temeridad juvenil había desaparecido de él. Y había perdido aquella delgadez adolescente, convirtiéndose en el hombre que ella había visto que sería, tiempo atrás. Su pecho era amplio y poderoso. Sus brazos eran musculosos. Tenía las piernas largas y duras, se apreciaba incluso a través de sus viejos vaqueros.

Un mechón de pelo castaño aún le caía sobre un ojo, y seguía habiendo misterio en la mirada de aquellos ojos marrones como el chocolate, ahora insinuaban una profundidad que no existía cuando era más joven. Jessica se negó a rendirse a la seducción de contemplar cómo se había materializado esa profundidad más tarde en su vida.

Cuando lo conoció, sus labios se curvaban levemente hacia arriba, como si estuviera a punto de echarse a reír. Ahora la línea de su boca era más dura, y esa curva había desaparecido. Había más líneas en su rostro: algunas arrugas alrededor de los ojos, incipientes surcos en la frente.

Con todo, era más atractivo que cuando era joven. Algo en aquellas arrugas sugería una enorme fuerza interior y carácter. Pero ella ya se había equivocado una vez creyendo que había visto esas cualidades en él antes.

Jessica recorrió la cocina con la mirada y reprimió un suspiro. La casa era antigua, y sus intentos de remodelarla pintando los armarios de azul claro y acuchillando y barnizando el suelo de madera, no lograban ocultar el hecho de que los armarios tenían grietas y el suelo se estaba levantando.

Encima, aquella zona de la casa hacía tanto de oficina como de área de trabajo para su negocio de semillas y plantas por correo. Del techo colgaban hierbas que se estaban secando. Montoncitos de menta y salvia abarrotaban las encimeras y la mesa de la cocina. Las sillas, una pintada de amarillo, otra de rojo brillante, las había apartado de la mesa de madera para poder moverse alrededor libremente. El escritorio de la esquina, la única pieza decente de su mobiliario, desaparecía entre pilas de pedidos y papeles del trabajo.

Si una persona quería dar una buena impresión, aquella habitación probablemente no la ayudaría, pensó Jessica. Pero hacía mucho tiempo que ella ya no tenía la necesidad de ser otra cosa que ella misma.

Aquel mundo de su juventud, lleno de falta de confianza en sí misma, dolor y angustia, había quedado tan atrás que era fácil creer que nunca había existido.

Hasta que un recuerdo de más de metro ochenta aparecía en su casa. Estaba casi segura de que la camioneta era la misma de entonces.

—¿Por qué has traído a O’Henry aquí? —le preguntó a la niña, sin dejar que nada del resentimiento por la inesperada aparición de Brian se trasluciera en su voz.

La niña le recordaba a un pájaro con un ala rota, con el dolor y el miedo traspasando la máscara que se había pintado en la cara.

—Mi tío me dijo que una vez te vio hacer un milagro.

Su voz era más la de una niña que aún cree en lo imposible, que la de una jovencita que ha perdido tanto en la vida.

¿Un milagro? ¿Cómo podía Brian llevar allí a aquella pobre niña, tan vapuleada por la vida, con una expectativa así? A pesar de lo irritada que se sentía hacia él, Jessica mantuvo el tono de voz suave.

–Si tuviera ese tipo de poderes, hubiera convertido a tu tío en un sapo.

La chica se la quedó mirando y luego preguntó, con cara de póquer:

–¿Quieres decir que no lo hiciste?

A pesar de la gravedad de la situación, o tal vez precisamente por eso, a Jessica se le escapó una risita. Y después a Michelle. Y al momento estaban las dos riendo abiertamente.

Brian se hizo el ofendido, pero Jessica estaba segura de que estaba encantado de oír reír a su sobrina. No le gustó el impulso de ternura que eso le hizo sentir hacia él.

Todo sería más fácil si él siguiera siendo el chico más popular del instituto, aquél de corazón de piedra que prometió llamar a la pringada del colegio y luego se arrepintió.

Pero en aquel momento parecía tan humano... Sus ojos mostraban un profundo pesar. Y era evidente, por las miradas que lanzaba a su sobrina y al cachorro, cuál era la causa de las arrugas de su frente.

Había perdido a su hermano y a su cuñada y se había convertido en padre de una adolescente, de la noche a la mañana. En la vida todo se paga, pero de alguna forma Jessica no encontró consuelo en el sufrimiento de él.

Jessica hizo un hueco en la mesa para dejar al perro y lo arropó con una toalla vieja. Michelle se le acercó.

–El veterinario me dijo que él no quería seguir viviendo –le susurró, acariciando al cachorro.

Tenía los hombros encogidos. Continuó con la voz rota.

–¿Cómo es posible que no quiera seguir viviendo, con lo mucho que lo quiero?

Ojalá el amor tuviera el poder de hacer que se cumplieran nuestros deseos, pensó Jessica, mirando de reojo a Brian.

Años atrás, cuando ella estaba en el último año del instituto y seguía sin encontrar su lugar, se había enamorado del popular y maravilloso Brian Kemp. Pero toda la fuerza de su amor no pudo convencerlo para que hiciera lo que había prometido: una simple llamada de teléfono.

Estaba segura de que, si hubiera tenido una sola oportunidad de mostrarle cómo era ella realmente, él la habría amado. En vez de eso, se había enamorado de Lucinda Potter, o al menos eso parecía cuando los vio comiéndose a besos junto a la máquina de bebidas del vestíbulo.

En realidad, él le había dado la mejor de las oportunidades: había aprendido muy joven que era ella misma quien tenía que quererse. No existían príncipes montados en corceles que fueran a hacer maravillosa su vida, era ella quien tenía que ocuparse de

ello. Y eso había hecho.

Y ahora, tenía que compartir parte de esa maravilla con aquella jovencita preocupada y olvidarse del hombre que la había traído hasta ella.

–El veterinario se equivoca –afirmó–. Toda criatura desea vivir. Hasta el bicho más pequeño.

–Eso creo yo –dijo Michelle, con voz un poco más firme.

Jessica cerró los ojos y trató de dejar la mente en blanco. Era una tarea más difícil de lo habitual. Su cocina parecía mucho más diminuta con Brian y su enorme cuerpo en ella. Por encima de los poderosos aromas de la menta y la salvia, percibía su inquietud, sentía su presencia: poderosa, masculina.

Abrió los ojos y le vio paseándose agitado, contemplando las plantas y los frascos con el ceño fruncido.

–Brian, ¿puedes esperar fuera unos minutos? –le pidió Jessica.

En vez de sentirse insultado, se sintió aliviado. Jessica notó cómo su energía abandonaba la habitación con él.

Volvió a concentrarse a través de respiraciones profundas. Colocó las manos sobre el pequeño y moribundo cuerpo del perrito. Lentamente, su mente se vació de todo pensamiento y se llenó de una luz brillante, todo el espectro de colores bailaba en su interior. Sintió que las yemas de sus dedos comenzaban a temblar. Todo desapareció, salvo la energía que se movía entre ella y el cachorro.

Por fin, abrió los ojos y contempló al animalito. Lo acarició con gran afecto.

–¿Va a vivir? –preguntó Michelle.

–No lo sé –contestó ella, reticente a crearle falsas esperanzas–, pero quiero intentar algunas cosas. Voy a darle un poco de esto.

Sacó un frasco de una estantería y derramó unas cuantas gotas en su boca.

–¿Es una medicina?

–Algo parecido. Buscaremos algunas hierbas del jardín y le haremos su propio remedio.

Brian estaba fuera, sentado en el banco favorito de ella, se sorprendió Jessica. Algún día habría un pequeño estanque junto a él. Los materiales esperaban ahí a que ella tuviera el tiempo y la energía para emprender un proyecto tan ambicioso.

Él no pareció notar su presencia, así que Jessica hizo que Michelle la acompañara al jardín de hierbas y comenzó a seleccionarlas, explicando minuciosamente sus propiedades a aquella chica sorprendentemente interesada en el tema.

–¿Y bien? –preguntó Brian, apareciendo en el jardín con una agilidad rara en un hombre tan grande.

–Aún es pronto para decir nada –contestó Jessica, encogiéndose de hombros–. Me gustaría quedármelo un par de días.

–¿Cuál es el problema? ¿Qué puedes hacer tú por él que no pudo hacer el veterinario?

–Hay muchas posibilidades –respondió ella fríamente.

«¿Por qué ha venido aquí para burlarse y ser cínico?»

–Por supuesto, eres libre de sacarlo de aquí y llevarlo de nuevo al veterinario si quieres.

–¡No! –interrumpió Michelle, lanzando una mirada fulminante a Brian–. El veterinario quería sacrificarlo.

Brian miró a las dos mujeres y Jessica tuvo la sensación de que estaba decidiendo si las dos formaban una combinación peligrosa. Su sospecha se confirmó al momento:

–Michelle, ¿y si dejamos a O’Henry con Jessica? Podemos volver en un par de días y ver qué tal está. Por supuesto, telefonearemos antes.

Estaba escrito en su cara lo arrepentido que estaba de haber ido allí, un sentimiento que Jessica compartía. Había logrado que su vida fuera tan agradable, tan predecible, tan estable...

Un hombre como Brian Kemp lo pondría todo patas arriba sin ni siquiera intentarlo. Estaba esperando que agarrara a su sobrina y se marcharan pero, para su desconcierto, Michelle se cruzó de brazos y se plantó ante su tío con una presencia sorprendente.

–Yo no me voy.

Él se pasó la mano por el pelo y miró el reloj.

–Mira, Michelle, tengo que estar en el trabajo dentro de una hora, ¿de acuerdo?

–Yo no voy a ningún sitio –repitió ella, mirándolo fijamente–. Me quedo aquí con O’Henry. Y con Jessica.

## Capítulo 2

Sube a la camioneta.

Brian habló en un tono grave y peligroso. Jessica había oído que era policía en Victoria; su voz manifestaba una incuestionable autoridad.

Pero a su sobrina no pareció impresionarla.

–No.

Jessica sabía que ese momento era el adecuado para entrar en la discusión y decirle a Michelle que debía marcharse con su tío. Pero ella no era ninguna santa y sentía una pequeña satisfacción al ver cómo el hombre que la había humillado años atrás, sufría a manos de su sobrina cabezota.

De hecho, Jessica tuvo que reprimir una risa al ver la cara que puso él. Estaba claro que lo único que deseaba era agarrar a su sobrina y meterla en la camioneta. Todo su rostro reflejaba su irritación. A otro hombre le hubiera restado belleza, pero no a Brian: parecía un guerrero.

Y aun así, bajo aquella máscara de fiereza, Jessica percibió algo sorprendente: él estaba absolutamente desconcertado. Puede que pareciera que tenía todo bajo control, pero estaba totalmente perdido en lo relacionado con su sobrina.

«Dile a Michelle que se marche con su tío», se ordenó a sí misma. Quería a Brian fuera de su espacio vital, cuanto antes mejor. Por otro lado, no tenía especial interés en hacerle la vida más fácil. Podía quedarse a un lado y dejar que entre los dos solucionaran su disputa. No lo hacía con mala intención, sólo quería divertirse un rato.

–No puedes quedarte aquí con una completa extraña –dijo él–. Además no has sido invitada y yo tengo que ir a trabajar. Así que, andando.

–Ella no es una completa extraña –respondió Michelle.

Apenas sabía nada de ella, pero Jessica podía afirmar que Michelle no era de esas chicas a las que se les podía decir «andando», pero no hizo ningún comentario.

–No sé nada de ella –le explicó Brian, que empezaba a perder la paciencia.

–Claro que sabes algo de ella: sabías dónde vivía, sabías su nombre, sabías...

–Nada importante –la interrumpió él, exasperado.

–¿Como qué? –le preguntó Michelle, desafiante.

Los ojos de Brian reflejaban su debate interno: ¿razonar con ella o dejarla sin argumentos? La razón se impuso, pero no por mucho margen. Era evidente que no estaba acostumbrado a que se cuestionara su autoridad.

–Ni siquiera sé si está casada. No sé cómo se gana la vida –contestó.

¿Por qué le importaba saber eso?, se preguntó Jessica. Ella no se había cuestionado si él estaba o no casado. No llevaba anillo, pero había algo más que lo definía como soltero. Tenía todo el aspecto de un hombre alérgico a las relaciones, con su propia independencia como un escudo. Jessica casi se atrevería a decir que su

relación más exitosa era con su camioneta, que parecía ser la misma que conducía cuando estaba en el instituto.

No eran unas observaciones muy simpáticas, aunque en aquel momento lo que parecía era un hombre acorralado. Estaba solo ante el desafío de su sobrina.

–No está casada –afirmó Michelle–. ¿Has visto algún signo masculino en la casa? ¿Botas del 44 llenas de barro en la puerta trasera? ¿Platos en el horno? ¿La colada en el salón esperando a ser doblada? ¿Restos de cerveza en la mesa de la cocina?

–Vale, vale, te hemos entendido –le cortó Brian.

A pesar del deseo de Jessica de divertirse al verlo incómodo, estaba un poco avergonzada por aquella inesperada intromisión en los detalles de su casa. Pero Michelle aún no había terminado:

–Y seguro que su bañera no se queda con un círculo de hollín alrededor.

–¿Mi bañera se queda con un círculo de hollín? –preguntó, mirando a Jessica avergonzado.

–Cada vez que revisas tu espantosa camioneta –afirmó Michelle.

–Mi camioneta no es espantosa –respondió él desafiante–, es un clásico. Y volviendo al tema que nos ocupa, no he mirado en el horno de Jessica, como si eso diera algún rasgo de su personalidad. Y desde luego no me he fijado en su bañera.

Los planes de Jessica de mantenerse a distancia empezaban a desmoronarse. De hecho, conocer aquellos detalles de la vida personal de Brian Kemp le parecía fascinante. Pero sólo, se defendió, porque su vida no se parecía a la que ella le hubiera supuesto: Ferraris, mujeres elegantes, un jacuzzi, y ningún resto de cerveza, si acaso de champán.

–Bueno, pues si miraras en su horno –le informó Michelle–, verías que no tiene platos dentro, no como en tu casa.

–Nuestra casa –la corrigió él.

–Lo que sea –respondió ella, con total indiferencia.

Jessica pudo ver lo que le dolió a Brian aquella indiferencia. ¿Por qué le lanzó una mirada de reojo a ella? ¿Acaso le importaba lo que ella pensara acerca de dónde apilaba él los platos sucios? Parecía que sí, por la mirada severa que le dirigió a su sobrina.

–Michelle –dijo–, hablar contigo es como jugar al ping-pong con diez pelotas a la vez. Da la impresión de que cambias de tema constantemente, desviando la atención de lo que se está tratando. No estamos hablando de bañeras: no conozco lo suficiente a la señorita Moran para dejar que te quedes aquí con ella. Y además, no te ha invitado.

–¿Y no te sirve para quedarte tranquilo el mirar a tu alrededor? –replicó Michelle–. Tú mismo has dicho que parecía que en cualquier momento iban a surgir Blancanieves y los Siete Enanitos del bosque. ¡Alguien de quien no te puedes fiar no viviría en un lugar así!

–¿Has pensado en hacerte abogada? –gruñó él–. Eso ya lo sé.

Jessica vio que le lanzaba otra mirada. Estaba avergonzado, no sólo por no poder controlar a su sobrina, sino también porque se había descubierto que estaba familiarizado con los cuentos de hadas.

Jessica sintió que sus planes se venían abajo. Sentía pena por aquel hombre.

–Aunque Gruñón o Dormilón o quien quiera que fuese apareciera con buenas referencias, no has sido invitada, así que...

–¿Buenas referencias? –repitió Jessica. Su pena se había agotado–. ¿Puedo recordarte que sois vosotros los que habéis aparecido aquí, esperando un milagro? ¿Qué referencias necesitas de una persona que crees que puede hacer milagros?

A pesar de su promesa de mantenerse al margen, Jessica había explotado, y sentía un enorme deseo de golpearlo.

–No es nada personal –se disculpó él–. Mi trabajo me convierte en un cínico.

–Éste no es el típico lugar donde vive un asesino –le dijo Michelle–. Estoy convencida de que vive de la jardinería, ¿me equivoco?

–Soy jardinera, es cierto –confirmó Jessica.

–¿Por qué eres tan desconfiado? –continuó Michelle, dirigiéndose a su tío– ¿Poner multas por exceso de velocidad y comer donuts te han convertido en un experto en asesinatos?

Brian se quedó callado. Jessica podía verlo apretando la mandíbula y supo que estaba contando hasta diez.

Parecía que Michelle se había dado cuenta de que estaba yendo demasiado lejos, pero su tono agresivo sólo se suavizó un poco.

–¿Te preocupa que cultive cannabis entre las rosas? ¿Vas a enfocarla con una luz en los ojos y a comprobar si tiene las pupilas dilatadas? –preguntó, volviéndose hacia Jessica–: ¿Sabes que me hizo eso una vez?

Jessica sabía que mostrarse de acuerdo con Michelle era un error, pero su enfado hacia Brian le nubló el juicio.

–¿De veras? –respondió indignada–. Eso es horrible.

Brian la fulminó con la mirada y después volvió a centrar su atención en Michelle. Jessica empezaba a admirar el autocontrol que estaba demostrando aquel hombre, lo cual era un fastidio, porque no quería encontrar ninguna cualidad en él.

–Ya te dije que sentía mucho haberte hecho eso. ¿Es que no vas a pasarme ni una? –le preguntó.

No si podía usarlo en provecho suyo, comprendió Jessica. Encontraba la disputa muy reveladora, pero estaba furiosa consigo misma por su escasa habilidad para mantenerse al margen. Aquello era una amenaza para su tranquila vida.

Además, se daba cuenta de que Brian estaba equivocado. Michelle no era el tipo de chica que aceptaría su autoridad sin cuestionarla. ¿Llevarían con aquel tipo de luchas de poder desde el principio? ¿Habría él ganado alguna?

Michelle cambió su táctica. De repente, sonrió dulcemente, agarró del brazo a su tío y lo miró:

–Por favor, títo, déjame quedarme. No seré un estorbo: ayudaré, dormiré en el suelo. Tengo que estar con O’Henry, tengo que hacerlo.

Jessica no pudo contenerse esta vez. Sabía que no era adecuado tomar partido, y que aún era menos adecuado crear un lazo con Brian. Pero había escuchado la verdadera necesidad de Michelle: necesitaba estar junto a su perro.

Y ella tenía que ayudar a que sucediera lo correcto. Sí, ella había sido herida por la vida y por el amor, y algo de aquel dolor se le podía atribuir al hombre que tenía delante. Pero no iba a permitir que sus heridas la convirtieran en una mujer que diera la espalda a una niña necesitada.

Michelle estaba ahí en aquel momento, y también el perro, y claramente ambos la necesitaban. No podía ignorarlos, aunque eso hiciera su vida más complicada.

–De acuerdo –anunció–. Michelle puede quedarse.

Brian se volvió y se la quedó mirando, con las mandíbulas apretadas. Realmente ese gesto le daba un toque muy atractivo.

–¿Perdona? Me parece que no es una decisión que puedas tomar tú.

Aunque no elevó la voz, sus ojos relampagueaban de furia.

–Creo que sería una buena idea que se quedara. Tengo un cuarto de invitados –afirmó ella, levantando la barbilla.

Ni quería ni necesitaba la aprobación de aquel hombre. Así que, aunque la mirada que le dirigió le dio ganas de retractarse de su invitación y salir corriendo, no permitiría que él tuviera ese poder sobre ella. En lugar de eso, le sonrió tan dulcemente como acababa de hacerlo Michelle.

–¡Bueno, ahora sí que estoy invitada! –gritó Michelle.

Jessica lo vio mirar a su sobrina y después a ella. Tenía la sensación de que no debería de haber hecho lo que acababa de hacer: ligar su vida a la de él.

–¿Puedo hablar con usted en privado, señorita Moran? –le pidió él con los dientes apretados.

Michelle puso los ojos en blanco.

–Ahora es cuando te interroga –informó–. Se lo hizo a la madre de mi amiga Mónica antes de dejarme dormir en su casa. Qué vergüenza pasé. «Señora Lambert, ¿tiene usted armas en casa? ¿Consume drogas ilegales?»

–¿Cómo lo sabes? –le interrumpió Brian.

–La propia señora Lambert me lo contó. Lo encontró divertido, y tierno. Pero yo no.

Evidentemente consideró que había tenido suficiente diálogo con su sobrina, porque le lanzó una mirada que la hizo enmudecer.

Jessica sintió que él la agarraba el brazo con fuerza y la llevaba donde Michelle no pudiera oírlos. Cuando la soltó, aún podía notar su tacto, como si le hubiera dejado la huella de su ira. Lo miró a los ojos color chocolate y fue como volver atrás, como si tuviera dieciséis años de nuevo, con el corazón latiéndole muy deprisa y deseando tanto a aquel hombre que le dolía.

Se obligó a recordar que hacía tiempo que había desterrado a aquella niña que quería cosas que no podía tener. Pero, ¿tenía él que oler tan bien, a limpio y a masculino? ¿Tenía él que estar tan cerca que ella podía contar cada una de sus largas y tupidas pestañas?

Al tenerlo tan cerca, una peligrosa idea le rondó la mente: ¿podría obtener de adulta lo que no había logrado de joven? Ahora era tan distinta... delgada, incluso bonita, y con confianza en sí misma. ¿Se había convertido en el tipo de mujer que tendría alguna posibilidad con él?

Pero había algo más. ¿Seguiría él siendo aquel chaval insensible y egoísta? Si era así, ¿por qué querría ella atraer su atención?

«Simplemente por diversión», susurró una voz en su interior. «Vamos, Jessica, ¿acaso no sería divertido flirtear con el peligro?»

El peligro. Eso era lo que él había representado para ella los últimos catorce años. Era como si pudiera barrer todo lo que ella había construido de sí misma con un guiño, una sonrisa, una palabra amable o un beso. La mirada de Jessica se posó en sus labios.

—¡No! —exclamó.

—¿Perdona? —preguntó él.

Ella enrojeció.

—Nada. Estaba pensando en alto.

—Espero que sobre tu ofrecimiento de que Michelle se quede aquí.

Era cierto. Michelle tenía que irse. Dejar que se quedara supondría entrelazar su vida con la de aquel hombre que, obviamente, aún tenía poder sobre ella; se sentía débil e impotente al desear nuevamente sus labios, el tacto de sus manos y de su cuerpo, el sueño de un alma gemela.

Aunque sería lo mejor para todos, ella no podía retirar su invitación a que Michelle se quedara. Había sentido la necesidad y la soledad que emanaban de aquella niña con toda su crudeza; negarse a ayudarla sería como dar la espalda a lo que ella había sido de joven y a todo en lo que creía. Su lema era: «No hagas daño», y no atender la necesidad de Michelle iba contra ese lema, aunque no supiera muy bien por qué.

—Tu sobrina puede quedarse —dijo con firmeza, cruzándose de brazos—. De hecho, creo que debería hacerlo.

El rostro de él se ensombreció, y arqueó las cejas. Seguramente estaba contando hasta diez de nuevo. Mejor, pensó Jessica. Si entre ellos no se llevaban muy bien, estaría a salvo de aquella ridícula parte que la animaba a flirtear con el peligro.

Y él parecía peligroso en aquel momento, con sus ojos relampagueantes. Se cruzó de brazos. Resultaba realmente intimidatorio. Pero ella no iba a permitirse mostrárselo, y elevó su barbilla aún más.

Él habló con un tono frío y duro, la voz de un hombre demasiado acostumbrado a dar órdenes y que se cumplieran. Sólo que esta vez lo único que consiguió fue que

Jessica se afirmara más en su determinación de no hacerle caso.

–Mira –comenzó él–, no creo que sea una buena idea que la deje salirse con la suya esta vez.

–¿De verdad? –preguntó ella, imitando su postura–. A mí me parece una niña que debería salirse más a menudo con la suya. Si tu ego puede con eso, claro está.

–No se trata de mi ego –dijo él, escupiéndole las palabras.

–Entonces, si no se trata de ti, ¿debo asumir que se trata de mí? Por alguna razón que no sé cuál es, has decidido que puedes confiarme un perro pero no a tu sobrina, ¿no es eso? ¿Tenía ella razón? ¿Crees que tengo una plantación de marihuana escondida en mi jardín?

–¡No se trata de eso! No recordaba que fuera tan difícil tratar contigo.

–Estuviste menos de dos horas conmigo, hace catorce años. Nunca me diste la oportunidad de mostrarte si era fácil o difícil de tratar.

Pero los recuerdos de Brian no estaban equivocados, pensó ella. Oh, no, desde luego que ella no había sido difícil de tratar. Se había dejado la piel por que él viera quién era ella en el fondo. Y durante un momento de locura, bajo la luna, creyó que lo había hecho, se convenció de ello. Vio iluminarse sus ojos, vio cómo se acercaba a ella, sintió su aliento en su pelo mientras le susurraba: «Te llamaré»

–Jessica, no te di una oportunidad porque era un chaval estúpido. Era superficial y egoísta, y dudo mucho que haya mejorado. Pero te encantará saber que la justicia existe. Aquí estás tú, rodeada de flores y dulzura, mientras yo recojo a borrachos y paso la mitad de mi vida en un coche que da asco y bueno, cosas peores. ¿Y sabes qué más? –continuó–. Ninguno de los chavales que pensaban que el mundo giraba a su alrededor tienen lo que tú tienes aquí.

–¿Y qué tengo aquí?

Él dudó. Miró alrededor y su tono de voz se suavizó.

–Michelle lo ha visto enseguida. Yo puedo verlo en tu rostro, en este lugar. Es una especie de paz.

Ja. ¡Hasta que llegó él hacía una hora!

–Y, ya que soy la hermana pequeña de la madre Teresa de Calcuta, ¿qué problema hay en que Michelle se quede?

–Nunca he olvidado lo que hiciste con aquel perro esa noche, y necesito que me ayudes a que sobreviva el cachorro de mi sobrina, si es posible. No es que no confíe en que no puedes con ella. Por mi trabajo, tengo experiencia con la gente y enseguida se ve que se puede confiar en ti. Pero no quiero que esté aquí en caso de que el perro muera –confesó–. No creo que ella pudiera soportarlo.

Ella suspiró. Realmente no se trataba de su ego; podía ver la preocupación en sus ojos.

–Brian, tú no puedes decidir lo que ella puede o no soportar –le dijo firmemente.

–¡Pero mi trabajo es protegerla!

–Existen algunas cosas que no pertenecen ni remotamente a tu actividad laboral –

respondió ella—. Lo creas o no, el sol sale y se pone sin tu ayuda. Parece que necesitas tener el control sobre todo, pero eso no te ayudará con Michelle. No puedes protegerla de la vida, salvo que la encierres en casa con llave. Incluso entonces, un árbol podría atravesar el tejado.

—Vaya, ¿no me digas? Ya me había dado cuenta de que no puedo protegerla de todo. Si pudiera, ¿crees que su padre y su madre habrían muerto?

—Deja que se quede —le pidió Jessica—. Curaremos al cachorro o lo ayudaremos a morir. Cualquiera de las dos será una gran experiencia. Confía en mí, aunque sea sólo un poco.

Puso una mano en el brazo de Brian, y él la miró y colocó su mano encima. Jessica pudo sentir el poder de aquella mano y su propio deseo.

—De acuerdo —concedió él, con voz grave.

—De acuerdo —repitió ella.

—Tal vez sea mejor que esté aquí —admitió él—. Odio dejarla sola cuando tengo turno de noche. Dice que es muy mayor para tener niñera.

—Lo es. Podría hacer ella de niñera.

—Y dime —cortó él, cambiando el tono de voz— ¿Tienes armas en casa? ¿O drogas ilegales?

—Soy la hermana pequeña de Teresa de Calcuta, ¿recuerdas?

Él le acarició la mejilla. Fue un gesto espontáneo y ella sintió que se le aceleraba el corazón. Se sintió femenina y hermosa.

De repente, él pareció darse cuenta de que le estaba acariciando el rostro, y apartó la mano y la metió en un bolsillo.

—Leí un libro para padres a escondidas. Decía que no había que tener miedo de preguntar. Ya sabes, sobre armas y drogas.

—Brian —lo interrumpió, le daba pena—, no te servirá de nada hacer de policía con tu sobrina. Sé que te preocupas por ella y por eso haces este interrogatorio antes de dejarla hacer nada, pero incluso el tema de la niñera demuestra que no confías en su juicio. ¿Dice el libro algo de eso?

—Aún no he llegado a esa parte. No soy un buen lector —respondió él, sacudiendo la cabeza—. No tenía ni idea de que había bautizado así al perro por un escritor. Le compré una tableta de ese chocolate después de que lo bautizara, y no entendía por qué no se la había comido.

Jessica sintió una ola de ternura hacia él. Estaba intentando hacer lo mejor con todas sus fuerzas. Un escalofrío le recorrió la espalda y negó el pensamiento que lo siguió. No, no le debía nada. Haría lo que fuera necesario por la chica y el perro. Pero no por Brian Kemp. Sanarlo a él se salía de su alcance. Pero sí podía darle una opinión.

—Siento —comenzó, eligiendo cuidadosamente las palabras—, que te iría mejor con Michelle si fueras capaz de decirle cómo te sientes respecto a ella. En vez de interrogar a sus amigos y comprobar sus pupilas, dile que la quieres más que a nada

en este mundo y que te importa.

Él enrojeció.

–Si le dijera eso, me mandaría a paseo. Y luego se teñiría el pelo de verde y me retaría: «¿Sigues queriéndome ahora?»

–¿Y no le dirías que sí?

–No. Bueno, puede que sí.

–Hazle saber que la quieres.

–Lo usará en mi contra.

–Pareces grande y fuerte. Seguro que puedes con ello –le respondió ella secamente.

–¿Sabes?, a veces la verdad no siempre es la mejor política. Por ejemplo, cuando estás en un interrogatorio, sueles hacer creer al malo que su compañero ha confesado, y entonces él suele confesar también. Es una mentira, pero lleva a algo bueno.

–Bueno, puede que eso vaya bien con los tipos malos, pero tu sobrina no lo es.

–¡Parece que cree que yo sí lo soy! Tú no has vivido con nosotros los últimos seis meses. No le gusto mucho.

Jessica se recordó a sí misma que esa sanación no era asunto suyo.

–Mira lo que pasó la última vez que quiso a alguien –le recordó ella suavemente–: ellos murieron.

–¿Estás diciéndome que le asusta preocuparse por mí? –preguntó él, incrédulo.

–Sí.

–Pues te aseguro que no actúa como si yo le preocupara. ¿Qué te hace pensar eso?

«Que una vez yo también amé. Oh, sí, fue un amor adolescente, más una fantasía que una realidad, pero aquella herida me dolió tanto que no quise volver a darle mi corazón a nadie. ¿Cómo lo vivirá Michelle?»

–Es por la magia que uso para hacer milagros –mintió ella.

## Capítulo 3

Había sido una noche terrible, pensó Brian mientras volvía a casa después de su turno. Un par de borrachos se habían enfrentado con él, le habían reventado el labio y golpeado las costillas. Le dolían los golpes y el labio hinchado. Seguramente no tenía buena pinta.

Después del papeleo, habían tenido una llamada de emergencia que había terminado en una persecución a pie. Había corrido seis manzanas a todo gas, hasta que creyó que el corazón le iba a explotar y las piernas ya no le respondían. Pero había detenido al ladrón, un hombre mucho más joven que él.

Era el tipo de noche que antes le llenaba de satisfacción: llena de acción, alejando a un par de chicos malos de las calles, probando que seguía enfrentándose a «los malos» y los ganaba. Pero, desde la muerte de Kevin y Amanda, ya no era igual. Se cuestionaba todo y se sentía viejo. Antes el descontento estaba ahí, de una manera vaga, pero no tenía demasiada fuerza. Hasta el día anterior, en que le había hablado a Jessica de su trabajo, de que recogía a borrachos y hacía el turno en un coche asqueroso.

Además, a aquel sentimiento de incomodidad se unía el hecho de que no podía dejar de pensar en las palabras de ella:

—Tan sólo dile que la quieres más que a nada en este mundo.

Le sonaba a todas esas sandeces de la Nueva Era que él detestaba. Además, todos sus intentos de ganarse a las mujeres, del tipo y la edad que fueran, habían sido siempre unos tremendos fracasos, empezando por su madre. Kevin siempre había sido el hijo perfecto, el que cumplía todas sus expectativas, incluido el deseo de que fuera abogado.

Pero él nunca había hecho nada de lo que su madre deseaba para él. Ella quería hijos tranquilos, callados, obedientes y respetuosos; él había sido ruidoso, independiente y rebelde. El recuerdo que tenía de su madre era mirándolo con desaprobación cada vez que lo veía. Y más tarde había logrado la misma mirada de todas las demás mujeres que conocía.

Había estado comprometido brevemente con su amor del instituto, Lucinda, pero su reacción ante la decisión de convertirse en policía había sido idéntica a la de su madre: horror. Lucinda Potter no se iba a casar con un policía.

Y Michelle, después de conocer a la única mujer que él había llevado a casa desde que vivían juntos, una impresionante rubia monitora de aeróbic, había puesto los ojos en blanco:

—¿De dónde diablos has sacado a alguien así?

Le molestó la insinuación de que su fracaso en el tema de las relaciones tuviera que ver con la selección de sus compañías. De todas formas, aquélla había sido la última vez que había tenido una cita, y de eso hacía cuatro meses.

Había decidido que no se llevaba con las mujeres, o ellas con él. No podía soportar que quisieran tener una charla sobre el estado de su relación durante la Super Bowl. Ni entendía cómo se atrevían a decir a un hombre que debía cambiar su camioneta, que nunca le había fallado en más de diez años, por un coche nuevo del que no sabía ni pronunciar el nombre. No soportaría escuchar un comentario más sobre uñas rotas o puntas del pelo abiertas.

Pero el día anterior, al mirar las manos de Jessica para comprobar si llevaba anillo, había visto que no tenía uñas largas de las que hablar. Y su pelo era lo suficientemente corto como para tener las puntas abiertas.

Había algo en sus ojos, una calma que invitaba a las confidencias, que le hacía sentir que podía resolver los misterios de un corazón agitado.

–Mi corazón no está agitado –dijo en voz alta, resoplando desdeñosamente.

Pero cuando llegó a su casa, se dio cuenta de que reflejaba la forma en que se sentía: vacío. Su casa parecía sin vida y tampoco invitaba a ella.

Era un modesto bungalow de dos habitaciones en un barrio nuevo de Esquimalt. Él cortaba el césped y recogía el periódico, pero aquella mañana la casa le pareció fría. Se dio cuenta, un poco avergonzado por un pensamiento tan poco masculino, de que mejoraría mucho con algunas flores y un pequeño jardín. Algunos de sus vecinos habían plantado arbolitos y arbustos.

Pero él quería algo más llamativo: flores recubriendo el césped, plantas superponiéndose... Aquello le daría un aspecto totalmente fuera de lugar en aquel vecindario tan ordenado, así que supuso que tenía que ver con «ella»

¿Cómo era posible que una sola visita le hubiera descolocado tanto? Era como si de repente viera su vida a través de los ojos de ella.

Había una solución fácil a eso: no volver a verla. Después de todo, era lo que había funcionado la otra vez. Pero la sola idea le pareció rastrera.

Rodeó la casa y entró por la puerta de atrás. Se había acostumbrado a compartir las mañanas con Michelle antes de que se fuera al instituto. Se pasaba el tiempo gruñendo, pero era mejor tener su compañía que no tener a nadie. Últimamente, el cachorro había añadido algo de vida a la rutina de las mañanas.

Se quitó las botas, subió los escalones hasta la cocina y miró alrededor como si lo viera por primera vez. La habitación no estaba desordenada, porque siempre guardaba los platos sucios en el horno antes de salir, pero le pareció que no tenía personalidad.

La cocina de Jessica no estaba precisamente ordenada, así que, ¿por qué había sentido que derrochaba calidez y vida?

–Ya –dijo en voz alta con sarcasmo–, lo que necesita esta cocina son plantas colgando del techo y sillas de cien años pintadas de rojo y amarillo.

Una voz en su interior no hizo caso del tono sarcástico. «Exacto», le dijo.

Ahí estaba ella de nuevo, haciéndose presente en su vida, aunque estuviera a cincuenta kilómetros de distancia. Era poquita cosa pero, ¿cómo hacía para emanar tanto poder? Usaba magia, se recordó a sí mismo. Bueno, él no iba a caer bajo su

hechizo.

Metió el pie sin querer en el plato del agua del perro, algo que era parte de la rutina matutina, y se preguntó si debería deshacerse de él, en caso de que O'Henry no volviera. ¿Habría sobrevivido a la noche? El contestador no parpadeaba, pero él tampoco estaba muy seguro de que Michelle fuera a llamarlo para contarle la tragedia. Miró el reloj: eran las siete en punto. Demasiado pronto para telefonarlas. Y además, ¿qué les iba a decir? ¿«Buenos días, ¿ha muerto el cachorro»?

La verdad era que quería oír su voz. ¿Estaría Jessica hechizándolo?

Molesto consigo mismo, recogió el plato, lo vació y, después de pensarlo unos instantes, lo guardó en el armario bajo la pila, detrás del cubo de la basura. Así, si el perro no volvía, no les recordaría su falta constantemente. Brian se dio cuenta de que unos meses atrás no hubiera estado tan sensible.

Miró de nuevo el reloj. Debería dormir, pero empezaba a ocurrírsele otro plan: podía darse una ducha, comprar desayuno para todos y estar allí para las ocho y media. Eso le parecía más diplomático que telefonar y preguntar si el perro había muerto.

Él nunca había sido diplomático antes, reflexionó agriamente, pero Jessica no era ninguna rubia pechugona, monitora de aeróbic. Ella necesitaba otras cosas de él. Y no era que pensara abrirse a ella tanto como para importarle lo que necesitara. Pero estaba cuidando de su sobrina, y de su perro. Le estaba haciendo un favor a él. ¿Qué había de malo en comportarse como un buen chico?

A lo mejor sí lo había.

«Vive peligrosamente», ése había sido siempre su lema. Pero ahora que sabía que quería hechizarlo, podía protegerse de ello. Estaba soltero y tenía la firme determinación de seguir así.

¿Lo vería ella así, como un potencial «amigo con derecho a roce»? Había sucedido una vez, lo había visto en sus ojos.

Y él había despreciado eso y a ella. Así que seguir dando vueltas a ideas como ésas era probablemente lo más peligroso que había hecho nunca, y eso que se ganaba la vida persiguiendo a criminales.

Una hora más tarde, conducía su camioneta por el camino de entrada rodeado de rosas con una caja de donuts y tres chocolates calientes humeando en el asiento del copiloto.

De repente, se le ocurrió que los donuts no eran una buena elección. Jessica había estado rellena una vez. Traerle donuts era posiblemente como darle una botella de whisky a un ex alcohólico.

Jessica y Michelle estaban en las escaleras cuando él las vio, y por un momento disfrutó de la tranquilidad de la estampa: las dos mujeres tenían la cara iluminada por el sol y estaban rodeadas de flores que comenzaban a abrirse.

Michelle giró la cabeza y sonrió, como si estuviera contenta de verlo. Se puso en pie y corrió hacia la camioneta mientras él bajaba. Era como una niña pequeña, como

si bailara. Se había quitado el maquillaje. Jessica tenía razón, Michelle llegaría a ser muy guapa.

–Está mucho mejor –le anunció ella–, O’Henry está mucho mejor. Ha abierto los ojos, ¡y me ha lamido los dedos!

Jessica aún estaba sentada en el porche, con el cachorro envuelto en una manta junto a ella. Tenía el pelo húmedo aún de la ducha, y se rizaba desordenado alrededor de su rostro. Ella tampoco llevaba maquillaje, pero brillaba con su belleza natural. Se había puesto unos pantalones de color trigo y una camisa blanca, y se agarraba una rodilla. Estaba descalza, cosa que Brian encontró muy sexy, para sorpresa suya.

–¿Qué le ha pasado a tu cara? –preguntó Michelle repentinamente, perdiendo la sonrisa.

–Nada –respondió él, llevándose la mano al labio–, una pequeña trifulca.

–¿Podrían haberte matado? –continuó preguntando, enfadada.

–No.

Michelle resopló y lo fulminó con la mirada. Luego se agitó el pelo y volvió al porche junto a Jessica. Se había terminado la tranquilidad.

Él sacó de la camioneta los donuts y el chocolate caliente y se acercó a ellas. Desde luego que si Jessica le había lanzado un hechizo, no parecía nada entusiasmada de verlo. Seguramente era por los donuts, estaría pensando que era un estúpido. Eso era exactamente lo que siempre le pasaba: cuanto más intentaba ser un buen chico, más desatinos cometía.

Michelle rebuscó en la caja hasta que encontró el donut relleno de gelatina roja.

–Me encanta la gelatina roja –le confesó a Jessica.

–Es un detalle por parte de tu tío el recordarlo.

Bueno, a lo mejor ella no pensaba que era un completo estúpido, después de todo.

Michelle no contestó, poco impresionada por la sensibilidad de su tío, y siguió engullendo el donut. Brian se sentó junto a ella en el escalón, pero ella lo miró molesta y se apartó, así que Brian acarició al cachorro. O’Henry abrió los ojos y movió débilmente la cola. Hizo ademán de levantar la cabeza, pero le costaba mucho y volvió a cerrar los ojos.

No parecía muy esperanzador, pensó Brian. ¿Realmente el perro estaba mejor?

–Ya sé que no es exactamente el desayuno de los campeones –dijo, alargándole un donut a Jessica–. Me imagino que debería haber traído otra cosa.

Jessica miró a Michelle, que tenía un bigote de azúcar y sorbía la gelatina del donut.

–A mí me parece la elección perfecta.

–Bueno, puede que para ella.

Estaba sucediendo otra vez, volvía a meter la pata. La maldición se cumplía de nuevo. «Intenta ser amable y a ver qué pasa, Kemp»

–¿Y para ti? –preguntó ella lentamente– ¿Tú no vigilas tu peso?

–Bueno, normalmente no.

Ella comprendió de repente, y su rostro se ensombreció de ira.

–Oh, ya lo he entendido.

–¿El qué? –preguntó Michelle inocentemente.

–A tu tío le preocupa que yo coma donuts –le contó Jessica, dando un gran mordisco a uno de chocolate.

–¡Pero si no estás gorda! –protestó Michelle.

–Qué va, en absoluto –intervino él, rápidamente–. Quiero decir, tienes un aspecto magnífico, Jessica, estás estupenda.

Hablaba sin saber bien lo que decía, como si estuviera bajo un hechizo. Miró a Jessica con recelo, pero si ella estaba preparando algún hechizo sería para convertirlo en sapo. Además, él no necesitaba ayuda cuando se trataba de meter la pata al cortejar a una mujer. ¡Y no era que estuviera cortejando a Jessica Moran! ¡Menuda idea!

Él gustaba a las mujeres. Bueno, hasta que descubrían que no le podían interrumpir cuando veía el fútbol. Pero Jessica era inteligente, mucho más que las mujeres con las que solía salir. Puede que ella tuviera algo que enseñarle, algo sobre sentimientos no correspondidos. Pero eso significaría que él tenía sentimientos hacia ella. Y no era así. De acuerdo, le gustaba su casa, su jardín y el color de las sillas de su cocina. De acuerdo, le gustaban sus ojos verdes, y cómo le quedaba la camisa.

Pero eso no eran sentimientos. Eran simples observaciones, algo objetivo.

–Hubo un tiempo en que estuve gorda.

–¿De veras? ¿Qué pasó?

–Comía porque era infeliz. Pero no he vuelto a tener ese problema.

Lanzó una altiva mirada a Brian que dejó muy claro que él había sido una causa importante de su infelicidad.

–¿No eras feliz? –preguntó Michelle– ¿Por qué?

Jessica tenía en ese momento en sus manos el poder de hacerlo descender aún más en la escala de aprecio de su sobrina, si eso era posible, pero por alguna razón no lo hizo.

–Simplemente no encajaba en mis años de adolescencia. Era huérfana, vivía con mi tía en vez de con mis padres. Me interesaban cosas distintas al resto de niños.

–Eso me suena –dijo Michelle–. ¿Qué cosas distintas te interesaban?

–Me gustaban las flores, las hierbas y experimentar con... con cosas.

«Con magia», añadió Brian en su interior.

–No me interesaba el maquillaje, y no tenía ropa bonita. Mi tía era pobre, así que tampoco iba mucho al cine ni tenía música. No conocía a las estrellas de las que todos hablaban.

–Eras una pringada –afirmó Michelle, pero con el afecto de un alma gemela.

–Definitivamente –admitió Jessica.

–¿Y qué me dices de él? ¿Cómo era en el instituto? –preguntó Michelle volviéndose hacia su tío.

Brian puso su mejor cara de niño bueno, por si podía influir en la memoria de

Jessica.

–Era el chico más popular –dijo ella, sin ningún entusiasmo y desviando la mirada.

–¿A ti te gustaba?

Por unos instantes, Jessica no contestó.

–Claro –dijo al fin.

–¿Tú le gustabas a él?

–Él ni siquiera sabía que yo existía.

Michelle lo miró con desdén.

–Oh, no, ¿eras uno de esos, tíito? ¿Uno de esos imbéciles engreídos que no ven más allá de sí mismos?

–Me temo que sí.

No lo llamaba «tíito» a menudo, así que no estaba totalmente enfadada con él. Pero si Jessica continuaba hablando, eso podía cambiar.

–Hay un chico así en mi clase –contó Michelle–. Un día lo saludé y no me hizo ni caso, como si yo no existiera. Lo odio.

Brian se sorprendió al sentir que él también lo odiaba. Quería hacerlo pedazos por haberse atrevido a hacer daño a su sobrina. Desde luego, la vida ponía a cada uno en su sitio, y se cobraba su venganza.

–¿Conocías a mi madre? –siguió preguntando Michelle a Jessica.

–No mucho –contestó ella.

Brian percibió su tono cauteloso.

–¿Cómo era, por lo poco que la conocías? –inquirió Michelle.

Él cerró los ojos. «Mezquina como una serpiente de cascabel» sería una descripción acertada, pensó. Pero Jessica era, afortunadamente, suficientemente sabia para no decírselo.

–No la conocí, Michelle. Sabía quién era ella, pero de lejos. Era muy, muy bonita. Gustaba a todos los chicos. Siempre era el centro de atención.

Michelle la escuchó atentamente y luego suspiró.

–Era muy, muy buena. La mejor madre del mundo.

Brian abrió los ojos y miró atentamente a su sobrina. De acuerdo, Kevin y Amanda se habían mudado a Toronto al poco de nacer Michelle, y él no sabía cómo era su vida familiar cotidiana. Pero, ¿Amanda la mejor madre del mundo? No, a menos que se hubiera hecho un trasplante de cerebro y de corazón.

Él los visitaba todos los años por Navidad. A Amanda siempre le molestaban las necesidades de su pequeña hija. Y eso, por no hablar de su desmedida afición a los cócteles.

Vio que Jessica lo estudiaba con la mirada y sintió que estaba leyendo en su interior. Terminó su chocolate y pensó que era hora de marcharse. Pero no quería hacerlo.

–Debería irme –dijo, a pesar suyo.

Para su disgusto, ninguna objetó nada.

–¿Puedes traerme algo de ropa? –le pidió Michelle–. Una camiseta, unos pantalones cortos. ¡Ah! y ropa interior.

Brian sintió que empezaba a enrojecer. «¿Ropa interior?», se preguntó.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

–Sólo hasta que O’Henry esté mejor –contestó ella, rápidamente.

Sus ojos decían algo diferente: decían «para siempre»

En un solo día, Jessica había logrado lo que él llevaba intentando los últimos seis meses. Se había ganado a su sobrina. Intentó sentir resentimiento hacia ella, pero no lo logró.

Michelle tenía un aspecto completamente distinto. Incluso aunque el cachorro aún estuviera en peligro de muerte. Incluso aunque él había cometido el pecado de que le reventaran un labio en el trabajo, ella estaba diferente. No podía decirse que estuviera contenta, pero tampoco estaba tan hostil ni tan tensa.

Claro que también aquella mañana no se había maquillado. A lo mejor ahí estaba la diferencia.

–¿Te parece bien que se quede? –le preguntó a Jessica.

Ella asintió.

–Es una chica estupenda. Y me ganó al Scrabble dos veces seguidas anoche. Hacía mucho que no encontraba competidores. Soy una adicta a ese juego.

–¿Al Scrabble? –preguntó él, riendo.

Ella enrojeció, dándose cuenta de lo que ser adicta al Scrabble revelaba sobre su vida.

–Debe de sonarte muy aburrido –dijo secamente.

Pero no era así. De hecho, le sonaba consistente, sano. Michelle adoraba el Scrabble, y debía de estar encantada de haber encontrado alguien que supiera jugar y a quien no le importaba perder.

Él había jugado al Monopoly dos veces con ella. Pero era competitivo y odiaba perder. Ahora veía claro por qué ella no había vuelto a querer jugar con él a nada.

Michelle necesitaba estar allí más de lo que necesitaba estar con él. Odiaba admitirlo, así de competitivo era. Pero quería ser suficientemente bueno para su sobrina, quería que fuera feliz.

–Te daré un par de pavos –dijo, tratando de reprimir la emoción.

Jessica se sintió insultada.

–Ella no es ningún problema para mí –le espetó.

Ése no era el mensaje que quería transmitir, desde luego que Michelle no era un problema.

–¿Puedo hacer algo por ti, entonces?

–¿Como traer más donuts? –preguntó ella.

Brian sabía que era una pregunta con truco.

–Si eso es lo que quieres...

Ella rió, y él supo que de alguna manera había aprobado el examen.

–Si realmente quieres hacer algo por mí, voy a construir un estanque.

–Estaré encantado de ayudarte –se ofreció él, y lo dijo sinceramente.

Se dijo a sí mismo que lo hacía para devolverle el favor por cuidar de su sobrina y del cachorro. Pero había algo más. Quería acercarse a aquella nueva Michelle, y conocer más a Jessica.

–Vendré mañana y te traeré la ropa, ¿podrás esperar hasta entonces? –le preguntó a su sobrina.

Se puso en pie, deseando que alguna de las dos le pidiera que se quedara un rato más. Puede que incluso aprendiera a jugar al Scrabble.

–Espera –le dijo Jessica.

Por fin lo entendían. Pero, en lugar de decirle que se quedara, le dejó ahí parado mientras entraba en la casa. Volvió con dos frascos pequeños. Abrió uno y puso un ungüento sobre su labio con la yema del dedo.

–Esto es para tu labio.

El tacto suave y cuidadoso de su mano le quitó el aliento. Aquello que le había puesto le escocía. Parecía hielo, y cada vez sentía el labio más frío, tanto que le quemaba. Y de repente, la sensación desapareció y con ella el dolor.

–Este otro –le señaló ella, alargándole el otro frasco–, es para el golpe.

Le puso la mano en el lado magullado de las costillas. Su tacto era exquisito. Brian dio un respingo.

–No sé cuánto más de esta magia puedo soportar –murmuró, se volvió y echó a andar antes de que ella pudiera ver su confusión.

–No te equivoques con los frascos –le avisó Jessica a lo lejos.

–¿O qué?

–O te convertirás en sapo.

Ella y Michelle se rieron, y él se sintió extraño, excluido del círculo de su calidez.

Por supuesto que no era magia. Jessica había observado que le costaba moverse. Se había sentado con mucho cuidado al unirse a ellas en las escaleras. Su labio estaba reventado en el lado derecho, así que, si le habían pegado con la otra mano, tendría el costado izquierdo magullado. Lo que la gente creía que era magia, muchas veces era tan sólo una observación minuciosa y un poco de inspiración. Si tuviera algún tipo de poderes, pensó, los habría usado primero consigo misma.

«Si realmente quieres hacer algo por mí, voy a construir un estanque»

¡Cómo le gustaría retirar esas palabras! ¡Como si necesitara a Brian Kemp para ayudarla a construir su estanque! Ésa no era la impresión que quería transmitirle de su vida. ¡Ella no necesitaba a nadie! Puede que llevara años soñando con el estanque y que aún no lo hubiera construido, pero eso no quería decir que necesitara ayuda.

–¿Quieres otro donut? –le preguntó Michelle, después de que Brian se fue.

–Desde luego.

–¿Quiere eso decir que eres infeliz? –dijo Michelle, riendo.

«Conmigo misma» El problema era que él era tan condenadamente guapo, que hacía que las mujeres le rogaran que les construyera un estanque sin poder evitarlo. Por no hablar del bálsamo en su labio. Tocar su boca había sido un tremendo error. Sus labios parecían duros, pero eran tan suaves como un pétalo de rosa. Se estremeció al recordarlo y sintió una enorme debilidad en su interior.

Lo deseaba.

Tuvo la horrible sensación de que tal vez era él quien estaba haciendo magia sobre ella. Igual que la vez anterior.

–¿Vas a comerte otro donut? –inquirió Michelle, impresionada–. Con ése ya van tres. Debes de ser muy infeliz.

Y se echó a reír de nuevo. El cachorro logró elevar la cabeza ante el sonido de su risa. Se acomodó sobre su regazo y suspiró. Jessica le acarició las orejas y miró a la chica.

–¿Te ha pasado alguna vez que justo cuando tu vida es exactamente como tú la deseas, aparece algo inesperado que te la desbarata? –le preguntó.

–¡Ya lo creo! –afirmó Michelle con vehemencia.

## Capítulo 4

A la mañana siguiente, muy pronto, Jessica se sentó en los escalones del porche y contempló su jardín bajo el sol del amanecer.

Michelle, que nunca había sido madrugadora, estaba vestida y en una de las parcelas de flores, plantando las semillas que ella le había dado el día anterior. Su rostro estaba bañado por los rayos del sol y parecía realmente joven. El cachorro, que parecía encontrarse mucho mejor aquella mañana, rondó torpemente alrededor de su dueña y cayó a sus pies. Ella le sonrió, le acarició las orejas y lo besó en el hocico.

Felicidad. Rodeaba a Jessica, igual que la cálida y fragante tierra en la que había metido sus pies.

Ella no se consideraba una sabia, pero había aprendido una importante lección de la vida: la genuina felicidad generalmente le llegaba por sorpresa y donde menos la esperaba. Solía estar relacionada con momentos de simplicidad y silencio. Su corazón se llenaba contemplando un rayo de sol, oliendo el aroma de una rosa, observando la inocencia en un rostro adolescente...

Pero aquel momento de tranquilidad matutina se vino abajo cuando oyó la camioneta de Brian en el camino de entrada. Reconoció el sonido del motor, que le trajo a la memoria otra de las cosas que sabía acerca de la felicidad: que era efímera. Su sentimiento de felicidad se vio reemplazado por otro de ansiedad.

«¿Te ha pasado alguna vez que, justo cuando tu vida es exactamente como tú la deseas, aparece algo inesperado que te la desbarata?», le había preguntado ayer a Michelle.

Brian Kemp era ese algo inesperado. No lo esperaba tan pronto. ¿Qué aspecto tendría ella? Horrible, por supuesto. Aquella mañana no había logrado domar sus rizos. Aún estaba en pijama, y se dio cuenta de que los pantalones eran demasiado largos y nada sexys; y encima, llevaba una camiseta en la que ponía: «Los jardineros sabemos de interiores»

Molesta consigo misma por pensar en tratar de impresionarlo cambiándose de ropa, se sentó más resueltamente en el escalón. A sus treinta y un años, era demasiado mayor para dejarse llevar por aquella ansiedad adolescente ante la llegada de un hombre, incluso aunque el hombre fuera de ensueño.

De ensueño. Ése era el problema. La inesperada irrupción de Brian en su vida la había hecho retroceder en el tiempo. Ahora se veía obligada a reencontrarse con un pasado lleno de inseguridades.

Él frenó la camioneta en seco, dejando tras de sí una nube de grava y polvo.

«Conduce demasiado rápido», se dijo Jessica a sí misma. «Si es así con su coche, lo será con todo» Necesitaba sacarle defectos para convencerse de que no era su hombre.

Pero entonces, sin que él siquiera abriera la boca, ella se sintió enrojecer, y al

mismo tiempo su mente comenzó a preparar maneras de rechazarlo si él intentaba ir demasiado deprisa con ella.

Brian bajó de la camioneta, recogió unas cosas de la parte trasera y se encaminó hacia ella cargado con una pala y una caja grande.

Ella sacudió la mano en lo que, esperaba, no fuera un saludo demasiado entusiasta. Se obligó a sí misma a relajarse volviendo al momento de felicidad anterior con la niña y el perro. Pero su mente se negaba a apartarse de la nueva y peligrosa imagen.

Porque él era un peligro para ella, reflexionó, mientras lo contemplaba acercarse. Su pelo oscuro le caía deliciosamente sobre un ojo; sus casi blancos pantalones, agujereados en la rodilla, se le acomodaban sensualmente a las caderas. Sus brazos estaban perfectamente moldeados, y su pecho era ancho y fuerte bajo una camiseta azul oscuro.

–Buenas –saludó él, colocando la caja junto a ella y sentándose un escalón más abajo.

Ella retiró los pies justo antes de que él se sentara encima, y trató de esconder sus dedos sucios de tierra bajo el escalón.

–Espero que eso no sean donuts –le dijo, mirando la caja con recelo, mientras percibía un aroma delicioso: aroma a hombre; limpio y fresco, muy masculino. Una fragancia que invitaba a cualquier mujer a acercarse para poder captarlo mejor.

Él rió. Sus dientes blancos centellearon a la luz del sol, y sus ojos marrones chispearon llenos de alegría.

–Es algo mejor. ¡Tachán!

Sacó algo de la caja. El objeto era un misterio para ella. Parecía un cortacésped, pero no tenía ni idea de qué era.

–Mira lo que he encontrado –le anunció él con un afecto desmedido–. Lo iban a tirar.

–Ah. ¿Y qué es?

Para un hombre que iba rápido, aquello podría considerarse una invitación a que diera un paso más. Jessica quería que lo hiciera, porque deseaba que él la encontrara atractiva. «Oh, Jessica, si te queda algo de sentido común, deshazte de este hombre, y rápido», se dijo a sí misma.

–Es una bomba de agua –respondió él alegremente–. Para nuestro estanque.

Nuestro estanque. Lo había dicho espontáneamente. Jessica sintió un poco de vértigo, esa frase le recordaba que su vida estaba unida a la de él, le gustara o no.

Pero oh, sí que le gustaba. Le gustaba tener a aquel hombre tan atractivo sentado en su porche sacando objetos horribles de una caja. Le gustaba la forma en que el sol le doraba los cabellos e iluminaba su sonrisa. Le gustaba la forma de sus brazos y la manera en que su rodilla salía por el agujero de sus pantalones vaqueros.

Todo aquello le gustaba, y se odiaba a sí misma por ello. Se sentía vulnerable, y no le gustaba. Si no quería volver a sufrir, debía apartar de su lado a Brian Kemp. Y

si podía aplastar su ego antes de deshacerse de él, mejor.

Pero antes de que pudiera corregirlo, de decirle que el estanque no era de los dos, sino sólo de ella, algo llamó la atención de él.

–Dios mío, ¿ésa es Michelle?

Antes de que ella le contestara, se había puesto en pie y caminaba hacia el jardín.

La parte trasera de los vaqueros era tan sugerente como la rodilla. Debía mantener el control, ¡o sería ella la que diera pasos hacia él! Y considerando su falta de experiencia en ese área, se exponía a que él la aplastara como a un insecto.

–Hey niña, no sabía que podías levantarte antes del mediodía.

Jessica observó mientras Michelle se volvía hacia su tío, y captó un fugaz destello de bienvenida en sus ojos, antes de que lo ocultara bajo su máscara de indiferencia.

–Bueno, eso es porque aquí hay cosas que hacer –le respondió Michelle a la defensiva.

–¿No puedes plantar semillas en cualquier trozo con tierra? –le preguntó él, obteniendo por respuesta una expresión de disgusto de su sobrina.

Jessica deseó que no hubiera captado la fugaz mueca de dolor que hizo su tío antes de desviar la atención de aquella metedura de pata diciendo:

–¡Eh, mira a O’Henry!

Al oír su nombre, el cachorro se acercó juguetonamente a sus pies y se derrumbó sobre ellos. Brian se agachó sin dudar, lo tumbó en el suelo y le rascó la tripa.

Contemplando a aquel hombre acariciar al perro tan dulcemente, Jessica volvió a sentir su propia vulnerabilidad. No era la primera vez que veía aquella faceta de él: tiempo atrás, también había acariciado a otro perro que sufría.

Se sacudió la imagen de la cabeza.

–¿Ha traído donuts? –preguntó Michelle ávidamente a Jessica.

–Algo mejor –le contestó ella, con cierta sorna.

Michelle se limpió la tierra de las rodillas y se acercó a los escalones. El perro salió trotando tras ella.

–¿Qué puede ser mejor que unos donuts? –preguntó Michelle al llegar.

Jessica levantó la tapa de la caja para que pudiera mirar dentro. La chica sacudió la cabeza.

–¡Hombres! –dijo con disgusto.

–Es exactamente lo que yo he pensado.

–¡Eh, que lo he rescatado de la basura!

Era un argumento que sólo un tonto consideraría romántico, y aun así, la idea de que había rescatado la bomba de agua de la basura para su estanque, hizo que algo se reblandeciera en el interior de Jessica. ¡Tenía que acabar con aquel sentimiento!

–Pero no te preocupes –añadió él, revolviendo el pelo de su sobrina–, los donuts están en el asiento del copiloto de la camioneta. Con gelatina de fresa. ¿Soy tu héroe ahora?

–De acuerdo –consintió Michelle–. Pero sólo durante cinco minutos, que no se te

suba a la cabeza.

Suavizó su observación con una sonrisa y fue corriendo hasta la camioneta.

Jessica lo miró y sintió su vulnerabilidad acuciándola. «Deshazte de él»

–Mira, Brian, cuando te dije lo de mi estanque, no tenía la imagen de nada complicado. Tan sólo un pequeño agujero en el suelo con algo de agua dentro y algunas flores, eso es todo. Te llevaría sólo una hora hacerlo, dos como mucho.

Él la miró horrorizado.

–Hasta los estanques más sencillos necesitan una bomba –le explicó atentamente–. El agua estancada es un magnífico cultivo para los mosquitos y las algas.

–¿Cómo sabes tanto de estanques? –le preguntó Michelle, que volvía con la caja de donuts–. ¿Detuviste a un ladrón de estanques anoche?

Se rió de su propio chiste.

–¡He leído sobre ello! –contestó él.

–¿Has leído sobre ello? –le preguntó ella, incrédula–. Pero si ni siquiera lees el periódico.

–Que no lea habitualmente no quiere decir que no sepa hacerlo –afirmó él muy dignamente.

–¿Y cuándo has leído sobre eso? –le presionó Michelle.

Él pareció avergonzarse. Lanzó una mirada a Jessica.

–Anoche –dijo.

Para Jessica, su repentino interés en leer sobre estanques le hizo sentir lo mismo que el que hubiera buscado una bomba de agua: sintió que le importaba, que la cuidaba de una forma inesperada en Brian Kemp.

Michelle estudió con detenimiento a su tío. Después observó a Jessica y volvió a mirar a su tío.

–¿Estás tratando de impresionar a Jessica? –le preguntó sin rodeos.

Jessica notó que las mejillas le ardían. Lanzó una mirada furtiva a Brian. Estaba pálido.

–¡No! –se apresuró a asegurar–. No trato de impresionar a nadie. Tan sólo la correspondo, por acogerte.

–Ah, ya lo entiendo, soy una carga –le espetó Michelle.

–Quiero decir, también está ayudándonos con O’Henry –intentó arreglarlo él.

Pero era demasiado tarde. Michelle lo fulminó con la mirada, agarró un donut y salió corriendo hacia la parcela de flores, con el perro siguiéndola torpemente.

El silencio podía cortarse. Jessica no quería mirarlo a los ojos para no contemplar el dolor que él sentía. Y tampoco quería dar importancia a su propio dolor.

Había creído que lo hacía por ella. Pero no era así. Era por un tema de deber moral. Así era mucho más fácil, pero ¿por qué se sentía tan herida?

Tan sólo era una advertencia para no hacerse ilusiones con aquel hombre, para no inventar cosas en lo que decía o hacía.

–¡Caray! –dijo él por fin–. ¿Cómo me las arreglo para equivocarme tanto siempre?

–Es un don –contestó ella, luchando contra el impulso de consolarlo.

Él resopló.

–Es verdad, es mi don. O mi maldición, según como se mire.

Fijó los ojos en la leyenda de la camiseta de Jessica, y ella se cruzó de brazos tratando de ignorar el estremecimiento que había sentido al encontrar un inesperado ardor en su mirada.

–He traído los libros para que los veas –dijo él, afortunadamente desviando la mirada de su camiseta y rebuscando en la caja.

Sacó varios manuales y revistas, tiznados con el polvo de la bomba de agua. Aquel hombre no tenía ni idea de cómo tratar un libro, pensó Jessica, intentando buscarle defectos.

–Éste es mi favorito –anunció él, abriendo un libro y pasándoselo.

Ella lo contempló. Sus defensas se tambalearon. Si fuera por deber moral, construiría el pequeño estanque oval de la portada. Pero aquello... era increíble. El estanque estaba construido en roca y parecía como recién sacado del claro de un bosque. En un nivel superior, había un área más pequeña, de la que salía una cascada que caía sobre la segunda área del estanque, más grande y deliciosamente natural.

–Esto es mucho más de lo que tenía pensado –se obligó a decir–, mucho más. El otro está bien.

Aquel estanque tan complicado le mantendría en su vida durante mucho tiempo: varios días, semanas... El otro, sin embargo, lo acabaría en un par de horas.

–Sé cuál quieres en realidad, se te ve en la cara –dijo él.

Así que era transparente para él. A lo mejor también se le veía en la cara el deseo de acariciar su pelo, de tocar sus poderosos brazos. De saborear sus labios.

–Tengo que irme –dijo ella, repentinamente–. Ducharme, desayunar... ya me entiendes.

Tenía que apartar su cara transparente de él lo antes posible.

–Entiendo –respondió él suavemente, como si realmente hubiera leído cada pensamiento de ella desde que él había aparecido.

Jessica se levantó y subió los escalones apresuradamente, abrió la puerta y sintió la segura calidez de su hogar. Era el santuario de la vida que se había construido.

–¡Eh! –exclamó él, antes de que cerrara la puerta tras ella.

Si le pedía que se quedara con él a comer donuts lo haría. La verdad era que se quedaría con él incluso a inspeccionar el resto de objetos polvorientos de la caja.

¿Dónde estaba la mujer fuerte que iba a deshacerse de él, que iba a vigilar para que no fuera demasiado rápido? Muy simple: como él no había dado ningún paso, ella se había convertido en una mujer desesperada.

–¿Sí? –preguntó, con toda la dignidad de la solterona que era.

–Aún no he visto tus interiores. ¿Qué llevas?, ¿biquinis?

Ella se lo quedó mirando, estupefacta.

–Bueno, eres tú quien lo anuncias, en tu camiseta.

No estaba preparada para aquella encantadora broma, ni para el sonrojo que le produjo. ¿Sería aquello una especie de paso hacia ella? Era un tema demasiado sugerente para tratarlo con alguien tan poco conocido, aunque su camiseta invitara a hablar de ello.

Un caballero hubiera ignorado la camiseta. Pero el destello de sátiro en sus ojos le recordó que él no era un caballero.

Estaba muy desencaminado. ¿Biquinis? Ja. Lo que ella llevaba eran unas sencillas braguitas de algodón blanco. Cuando iba al instituto las otras chicas se reían en el vestuario y la llamaban «ursulina» Cerró la puerta con tanta fuerza que el cristal tembló.

Ahí estaba, ¿qué tal eso como rechazo?

Pero la puerta no era lo suficientemente gruesa como para que no pudiera oír lo que él dijo.

–Un don –murmuró él con un triste, y ligeramente falso, remordimiento.

Oh, sí, parecía que tenía un don para lograr que las mujeres que le importaban se enfurecieran con él. Y sin ni siquiera intentarlo.

Y no era que Jessica entrara en ese grupo, el de mujeres que le importaban. Apenas sabía nada de ella, aunque era como si ya la conociera. Era como si con su barbilla alta le mostrara lo orgullosa y fuerte que era, y con el destello de sus ojos, su parte más dulce y vulnerable. La ropa demasiado amplia le hablaba de que era tímida, y la curva de sus carnosos labios le decía que un solo beso le quitaría toda aquella timidez.

Era una estampa tan bonita aquella mañana, con su carita enmarcada entre rizos rebeldes... Su pijama demasiado suelto sugería sutilmente unas curvas deliciosas. Tenía los tobillos desnudos y finos, y sus pies estaban cubiertos de una fina capa de arena. Era ridículo que, con la cantidad de objetos que se diseñaban para lograr excitarse, él lo había logrado contemplando aquellos tobillos.

¿Qué decía su camiseta? «Los jardineros sabemos de interiores»

¿Qué ropa interior llevaría? Era el tipo de chica al que le pegaba llevar pololos: un poco anticuada, formal, recatada. Pero, debajo de eso, ¿habría una pasión gestándose? ¿Había salido corriendo para huir de sí misma, o de él?

Bueno, ella no tenía que preocuparse, no era para nada su tipo de mujer. Él se había acostumbrado ya a mujeres más endurecidas por la vida, mujeres a las que les gustaban los diamantes, que no se sonrojaban al hablar de ropa interior, que se divertían flirteando alegremente, no con inhibiciones.

Lo cual probablemente explicaba su falta de vida amorosa durante los últimos años. Todo era demasiado predecible, se aburría de ello incluso antes de que empezara. Había algo vagamente artificial en sus relaciones.

Jessica era diferente. Era real, genuina. Y eso resultaba encantador.

Recordó que él ya había percibido algo de todo aquello la otra vez que estuvo allí años atrás. ¿Habría sentido que ella podía ser la mujer que lo rescatara de lo que iba a ser su vida?, ¿que lo haría cambiar de su mundo superficial a un lugar más profundo?

Oh sí, claro que lo había sentido. Jessica ya entonces era una mujer que exigía a un hombre que fuera más de lo que nunca había sido. Ahora que lo veía, había hecho lo correcto, que fue salir corriendo lo más rápido que pudo.

Esta vez también haría lo más sensato. Pero una vez que hubiera liquidado su deuda. Porque tenía una deuda con ella. Por la llamada de teléfono que nunca hizo; por la felicidad que empezaba a aparecer en los ojos de su sobrina; por el cachorro que, por lo que parecía, iba a salir adelante.

Así que le iba a construir el estanque de sus sueños. Y después recogería a su sobrina, el perro y las herramientas y desaparecería de su vida. Tan simple como eso.

En algún lugar, oyó agua correr. Movi6 la cabeza y localizó una pequeña ventana de la que provenía el sonido. Las cortinas de encaje salían y entraban de la ventana, mecidas por la brisa.

Ella se estaba duchando. La imagen que se formó en su mente lo dejó sin aliento. Y se preguntó si todo sería tan fácil.

Se levantó de los escalones y recogió la pala y la caja. Caminó hasta donde Michelle estaba trabajando y le alargó un donut. Ella lo ignoró.

–No tenía intención de insultarte –dijo él, después de unos instantes–. Tan sólo me refería a que ella te está alimentando, cuidando, y no parece que pueda permitírsele demasiado.

–No tenía ni idea de que yo fuera tan cara –replicó ella altivamente.

–Michelle, lo que quiero decir es que cuando la gente me hace un favor yo trato de hacerle otro a cambio.

–Así que te han hecho el favor de librarte de mí.

Él estaba a punto de contestarle lo de siempre. ¿Por qué tenía que trastocar todas sus palabras? ¿Por qué transformaba todo en un enfrentamiento? Entonces recordó las palabras de Jessica: «Dile la verdad» Le tocó el hombro.

–Cariño, no eres ninguna carga para mí. Te quiero mucho. Haría cualquier cosa para cambiar las circunstancias por las que llegaste hasta mí, pero no por cambiar el hecho de que estés conmigo.

Michelle se giró sobre los talones y se lo quedó mirando, atónita. Gruñó y volvió a concentrarse en las semillas. Pero él sintió que, de alguna manera, por fin había dicho lo correcto.

Miró alrededor y contempló el jardín, reconociendo la magia del lugar, y sacudió la cabeza maravillado.

Aquello sí que se lo debía a Jessica.

Una semana después, Brian se arrepentía de no haber escogido el estanque pequeño. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que manejó una pala, desde que se dejaba los músculos en la tierra. El estanque avanzaba muy despacio, ya

que sólo podía dedicarle una o dos horas al día. Era mucho más trabajo del que había creído. A pesar de todo, estaba contento. Con la respiración afectada por el esfuerzo y el sudor recorriéndole el cuerpo, estaba demasiado ocupado para pensar en ninguna ninfa desnuda en la ducha.

Se detuvo un momento y miró alrededor. Jessica se acercaba a él con una jarra de algo que parecía limonada y tres vasos.

Había cambiado desde la semana anterior. ¿Se estaba esforzando por estar más atractiva? ¿Lo estaba haciendo por él? ¿O era que, según la iba conociendo, le parecía más bonita? Aquella mujer era un desafío constante, desde luego, pero también era divertida e inteligente, y él esperaba con impaciencia los debates con ella.

Había creído que tendrían uno el día anterior, cuando la telefoneó:

–Jessica, hoy no voy a poder acercarme. He quedado con un par de amigos para ver el fútbol.

Creía que ella le iba a recordar que tenía un compromiso, que le iba a decir que su sobrina necesitaba verlo cada día, que se iba a molestar.

–Estupendo –contestó ella–. Michelle y yo queríamos ver una película esta noche.

Él había esperado por si lo invitaba a ver la película con ellas en vez del partido. Pero como no se lo proponía, se oyó diciendo:

–Si fuera un buen chico, me uniría a vosotras en vez de ver el partido.

Ella había soltado una carcajada.

–Odiarías esta película. Michelle y yo lo pasaremos mucho mejor sin ti, riendo, llorando y hablando sin parar.

–Bien, divertíos entonces.

–Tú también –había contestado ella, y el deseo le había sonado sincero.

Ese día, llevaba un vestido corto de tirantes y un sombrero de paja. Estaba deliciosamente femenina. El sol transparentaba su vestido, esbozando sus hermosas piernas.

Michelle apareció al lado de Brian.

–Es realmente preciosa –dijo inocentemente.

–Ajá.

–Y muy agradable.

Él asintió.

–Creo que deberías pedirle una cita.

Era una suerte que la limonada no hubiera llegado aún, porque se habría atragantado, pensó él. Decididamente, prefería cuando Michelle no estaba de su parte.

–No es mi tipo –gruñó.

–Si no lo es, es que eres estúpido.

Así, eso era más como siempre.

–Hola –saludó Jessica–. Os he traído limonada. Parecéis agotados.

Miró alternativamente a una y a otro.

–¿Qué pasa?

–Nada –respondió Brian.

–Sólo le estaba diciendo al tío que...

–Toma, Michelle –le cortó él, sacando un vaso de la bandeja–, un poco de limonada.

Colocó el vaso en sus manos bruscamente y, en su urgencia porque no hablara, volcó la bandeja. Ésta dio la vuelta como a cámara lenta, pero no lo suficiente para que él pudiera agarrarla. La limonada se vertió sobre el vestido de Jessica.

Quedó muy claro que no llevaba biquinis.

Brian, que se había quitado la camisa antes, la recogió y trató de secar el vestido. Podía sentir el cuerpo firme de ella.

Ella lo apartó de sí.

–Para –le ordenó–. Estoy perfectamente, puedo hacerlo yo. Toma, iré por más limonada. Y a cambiarme.

Se agachó para recoger la jarra del suelo. No sólo no llevaba biquinis, no llevaba nada. Era una mujer asombrosa. Dulce. Firme.

Brian sintió que le costaba respirar con normalidad.

–Michelle estaba diciendo que debería pedirte una cita –se sorprendió diciéndole.

Ella se irguió bruscamente y le lanzó una mirada iracunda.

–Michelle pensó que deberías pedirme una cita –repitió con rotundidad, mientras intentaba esconder las partes más mojadas del vestido detrás de la bandeja.

–Bueno, no exactamente. Quiero decir, que yo también lo había pensado alguna vez.

–¿En serio?

No sonaba complacida, ni halagada. La antigua Jessica hubiera saltado de contento.

–Sí. ¿Qué me dices? –propuso finalmente él.

Sabía que la cosa no iba bien. No podía entender cómo, a su edad, sus hormonas habían anulado totalmente su cerebro. Así que, debería sentirse aliviado al escuchar su respuesta.

Ella se le acercó, tanto que su vestido mojado rozaba el pecho desnudo de él. Sonrió dulcemente.

–Ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

Brian esperaba que Michelle soltara una carcajada. En lugar de eso, lo contemplaba con una mirada de enorme desaprobación.

–Es un don –murmuró él, a modo de explicación.

Les dio la espalda, agarró la pala y se puso a cavar.

El resto de la tarde se quedó enganchado a esas palabras hirientes. Y habían venido de Jessica. Maldición.

Cuando el hoyo para el estanque era tan profundo que casi llegaba a China, Michelle se le acercó.

–Tío –comenzó, mirando discretamente alrededor para asegurarse de que nadie

más la oía—, estás un poco oxidado en el tema amoroso.

Él le lanzó una mirada fulminante, pero ella la ignoró y sonrió dulcemente.

—Así que, he decidido que te voy a ayudar. Voy a ser tu asesora amorosa.

Estaba a punto de gritarle que lo último que deseaba en aquel momento era tener un romance. Sobre todo con Jessica. Y, ¿no era una coincidencia divertida, ya que ella no saldría con él ni aunque fuera la última persona sobre la tierra?

Pero algo en la expresión de su sobrina le contuvo de ser brusco: sus ojos brillaban con una luz que él ya no creía que volvieran a recuperar. De hecho, tras una semana trabajando con Jessica en el jardín, tenía un aspecto mucho más saludable. Su rostro estaba más distendido. Parecía incluso que estaba ganando un poco de peso. Y ya no iba siempre de negro.

Pero lo mejor era que había recuperado la esperanza. Se veía en sus ojos, apagados durante tanto tiempo. Michelle comenzaba a entrever que el mundo podía ser un lugar divertido, que tal vez no todos los giros de la vida fueran malos. Su sobrina quería creer en los cuentos de hadas, en el amor, en los milagros. ¿Era eso algo tan malo?

## Capítulo 5

Brian comprendió que tenía que pensar a largo plazo. Por un lado, a corto plazo, quería alentar aquel destello de esperanza que veía por primera vez en mucho tiempo en los ojos de su sobrina. Pero a largo plazo, tenía que pensar en lo que ella esperaba. Ella no estaba pensando en que él y Jessica tuvieran una cita un día y ya estaba. No, su cabecita adolescente llena de pájaros iría más allá. Iría hacia un final feliz, por supuesto.

Incluso aunque, Dios no lo permitiera, tuviera una cita con Jessica, desde luego no buscaba ningún «fueron felices por siempre jamás»... Michelle acabaría más destrozada que nunca cuando sus nociones juveniles del amor se rompieran. Y sabía que a Jessica no le gustaría que la requiriera para recomponer la mente de su sobrina.

Aun así, le intrigaba explorar las profundidades de aquellos ojos verdes, hacerla reír a carcajadas, tocar aquella zona de sus mejillas donde las pecas...

«Para», se ordenó a sí mismo. Aunque se sintiera intrigado, no podía tener una cita con Jessica sólo porque Michelle deseaba que fuera así.

Ahora que había recuperado el sentido, le habló a su sobrina.

–Ya has oído a la dama. No saldría conmigo ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra.

–Oh, pero ella no hablaba en serio. Acababas de lastimar sus sentimientos.

No le gustaba la idea de que había lastimado sus sentimientos, pero tampoco lo sorprendía. A pesar de que ella se había pasado toda una semana ignorándolo, incluso desde la distancia podía percibir la dulzura que había en ella. Era vulnerable. Y él era un hombre con un don, era como un elefante en una cristalería en cuanto a sentimientos.

–Ésa es la parte en la que puedo ayudarte –se ofreció Michelle–: a tener más sensibilidad. A las mujeres nos gusta que seáis sensibles.

–¿Me vas a dar clases de sensibilidad? –preguntó el, atónito.

Michelle había criticado toda su vida, desde su trabajo hasta su corte de pelo o lo que tenía en la nevera. ¡Había machacado todos los esfuerzos que había hecho porque se sintiera en casa como si fuera suya! Sería más productivo aprender sensibilidad de Atila el Huno, pensó, aunque se contuvo de decir nada.

Ella asintió, deseosa de meter sus juveniles narices en su vida privada.

–No, Michelle –dijo él, lo más calmado que pudo–. Olvídate de eso. No necesito que nadie me enseñe sensibilidad. No quiero ser sensible. Y no quiero mujeres que necesitan sensibilidad.

–Eso explica lo de Bambi, la monitora de aeróbic.

–No se llamaba Bambi.

–¿Cómo, entonces?

No podía recordarlo. Tiffany, tal vez.

–Eso fue hace cuatro meses, y hay una razón para ello. No quiero salir con nadie. Si quisiera tener citas, no me verías tanto los viernes y sábados por la noche.

¿Tendría que decírselo más claro? Parecía que sí, porque ella estaba abriendo la boca, preparada para discutir. La cortó antes de que empezara:

–Y además, no saldría con Jessica aunque fuera la última mujer sobre la tierra.

El rostro de Michelle dibujó una mueca de frustración durante unos momentos, luego entornó los ojos y se pasó la mano por el pelo.

–Eres estúpido –le dijo rotundamente.

–Es un defecto con el que he aprendido a vivir –replicó él.

El destello de esperanza había desaparecido por completo de los ojos de su sobrina. Ahora estaba completamente hostil.

–¡Hombres! –dijo, cargando la palabra con todo su desdén y frustración.

Se marchó mirándolo por encima del hombro.

Jessica, en plan desafío, se había puesto su camiseta más vieja y unos shorts gastados. Se inclinó sobre la cama y trató de secar la limonada del vestido. El limón era un blanqueador natural. No tenía por qué preocuparse.

¿Dónde estaban las preocupaciones cuando las necesitaba? Así podría apartar su mente de otras cosas, como del momento de locura en el que había decidido que era mejor no llevar ningún tipo de ropa interior antes que las braguitas de algodón blanco, de cintura alta, cómodas, que tenía en el armario.

¿Y qué le había llevado a ponerse aquel estúpido vestido? Lo había comprado por capricho hacía un año, porque creía que le daba un aspecto sexy, sin pensar en que no tenía ninguna razón para tener un aspecto sexy.

Así que, para una mujer que no tenía razones ni ganas de estar sexy, ¿era ella la que andaba pavoneándose por el jardín, sin ropa interior, como si fuera a una fiesta de la alta sociedad? Pero sabía la horrible verdad. Después de que él la había pillado con su pijama tan poco sexy, había decidido que le mostraría detalladamente a la nueva y mejorada Jessica. Salvo que había terminado mostrándole mucho más de lo que había planeado. ¿Qué había pasado con su decisión de deshacerse rápidamente de él? Se había diluido completamente.

Bien, eso era. Ya había jugado lo suficiente con él y con ella misma. El pasado quedaba atrás, y ella sólo se pondría en ridículo intentando cambiar una impresión que se había formado hacía catorce años. Además, esa impresión hablaba mucho más de él que de ella.

Zoquete superficial. ¿Por qué tenía que estar tan guapo sin camisa, que hacía que una mujer se olvidara de todo, incluida su ropa interior? Pero ya no más. Se había enfrentado a su propia debilidad y no iba a volver a sucumbir a ella. Se escondería en la casa hasta que él decidiera marcharse. Saldría por la noche a regar y a arreglar las plantas. No le importaba si tenía que estar así semanas. Pero no podía estar cerca de él: perdía la cabeza y le entregaba poder sobre ella demasiado fácilmente.

No debía de haber madurado tanto los últimos catorce años, si aún deseaba a

aquel hombre en formas tan poco decorosas.

¿Le había pedido una cita porque su sobrina había pensado que era una buena idea? Pero lo cierto era que había estado a punto de acceder. ¿Es que no le quedaba ni una pizca de orgullo?

Sí, claro que le quedaba. Una pizca de orgullo y un poco de frialdad. Lo suficiente para decir las palabras «ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra» Mientras secaba el vestido, recordó la única parte que compensaba toda la escena: la mirada escandalizada en sus ojos. La saboreó.

Él no podía creerse que ella lo hubiera rechazado.

–¿Jessica?

Quería esconderse de todo el mundo, incluida la sobrina de él.

–Estoy aquí.

Michelle entró en la habitación, examinó el vestido y se sentó en la cama.

–¿Vas a poder arreglarlo?

¿El qué, el maldito vestido o su vida?

–El limón es un blanqueador natural –le respondió, refiriéndose a la mancha.

Michelle, que hasta aquel momento había sido una esponja de recibir información, no pareció interesada en que el limón fuera un blanqueador natural.

–¿Sabes? –comenzó con tristeza–. Nunca creí que fuera a decir esto, pero compadezco a mi tío.

«No muerdas el anzuelo», se ordenó Jessica. Pero miró a Michelle, y la vio sinceramente preocupada.

–¿Qué sucede, Michelle?

–Desde que mamá y papá murieron...

Su voz se cortó por la emoción. Jessica dejó el vestido y se sentó junto a ella.

–...desde entonces, él es diferente. Antes, cuando venía a vernos, era tremendamente divertido. Siempre estaba riendo y bromeando. Y siempre tenía unas novias muy guapas.

«Justo lo que deseaba saber», pensó Jessica.

–Pero ahora siempre está sombrío. Ya no sale. No tiene novia. La última vez que salió con alguien, se llamaba Bambi y era la típica rubia de los chistes. Eso fue hace cuatro meses, aunque lo llaman un montón de mujeres.

¿Por qué el saber que lo llamaban muchas mujeres le hizo sentir mal a Jessica? ¿Era porque ella podía ser fácilmente una de ellas, lanzándose a su cuello, sin ropa interior y sin vergüenza? Una mujer que se llamara Bambi seguro que no tenía problemas en hacerlo. Pero ella sí.

–Creo –continuó Michelle gravemente–, que le asusta ser feliz. A mí también me pasa.

Era una apreciación muy profunda para alguien tan joven, y Jessica sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

–Cuando me regaló el cachorro, fue como si algo en mi interior dijera: «de

acuerdo, voy a intentar preocuparme por alguien, una vez más» Y entonces O'Henry enfermó...

–Oh, mi niña –susurró Jessica.

–Pero mira cómo está O'Henry ahora. ¿Lo viste perseguir su propia cola esta mañana, correr detrás de las gaviotas? Ha merecido la pena intentarlo.

–Me alegra que lo veas así.

–Creo que el que el tío te haya pedido salir es lo mismo que yo aceptara a O'Henry. Es como si él estuviera apostando por darle una nueva oportunidad a la vida.

–¡Pero si ni siquiera fue idea suya! –protestó Jessica.

–Ja. No lo conoces. Sólo hace lo que de verdad quiere. Le he hecho muchas sugerencias, créeme. Quise pintar mi habitación de azul marino; no hubo manera. Quise cereales chocolateados para desayunar y ¿sabes lo que me trajo? All-Bran. Así que, no es que siguiera lo que yo le había sugerido. Si te ha pedido una cita es porque él lo quiere.

–Bueno, me es igual, Michelle, no es una buena idea. No soy su tipo.

–Creo que necesita repensar cuál es su tipo.

–Pero eso no es algo que tú puedas decidir.

–No dirías eso si hubieras visto a Bambi. ¿Es que no ponen restricciones a los implantes?

–¡Michelle!

–¡Jessica! El tío Brian no te ha pedido que te cases con él, tan sólo te ha pedido una cita. No es para tanto, ¿no?

Ella no había tenido ninguna cita en tres años. Suponía que eso daba importancia a aquélla.

–Claro que no es para tanto. Pero no creo que tener una cita arregle nada de lo que preocupa a tu tío, Michelle –contestó.

–Claro que no se va a arreglar con una sola cita. Pero, ¿no crees que el hecho de que te lo haya pedido es un paso en una buena dirección? ¿Un decir «sí» a la vida?

–Supongo que sí –admitió.

–Podrías ir y decirle que has cambiado de idea –rogó Michelle–. Por favor...

Era una locura, y ella lo sabía. Pero había algo irresistible en los ojos de la muchacha: esperanza. Y además, quería contribuir un poco a devolverle la alegría a Brian. Suspiró.

–Bueno, está bien –dijo.

Michelle se incorporó, y la abrazó durante un largo rato.

Sólo por ese gesto ya casi merecía la pena, pensó Jessica, aunque no sintió lo mismo cuando atravesó el jardín con sus shorts más desgastados, su pelo rebelde danzando por su cabeza y ni una pizca de maquillaje.

Se detuvo a poca distancia de donde estaría el estanque algún día. Por el momento, había un horrible desorden de tierra amontonada. Brian estaba en lo hondo

del agujero.

–¿Va a ser un estanque o una piscina? –le preguntó ella, eludiendo por qué había ido allí.

–Es un túnel a China –contestó él sombríamente–. Estoy escapando. De las mujeres. Es la historia de mi vida.

Entonces, su rechazo le había hecho mella. ¿Era por ser ella o por el rechazo en sí?

–Deberías haber empezado a excavar después de Bambi. Hubieras llegado ya.

Una palada de tierra sucia cayó muy cerca de sus pies.

–No se llamaba Bambi. Caray, Michelle tiene la boca muy grande.

Todavía estaba con el pecho desnudo. El sudor refulgía en sus músculos poderosos. Una raya de suciedad le cubría una mejilla, y otra más ancha le atravesaba el escultural vientre. Tenía los pantalones manchados de tierra, y se le pegaban a las nalgas. Parecía un hombre fuerte y vigoroso, para nada solo ni triste. El hombre menos necesitado de ayuda, y mucho menos de la acogedora niña de su pasado.

–He cambiado de idea –dijo rápidamente Jessica.

Las furiosas paladas se detuvieron. Brian se quedó quieto. Descansó las manos en el extremo de la pala, apoyó la barbilla sobre las manos y la miró con unos ojos insondables.

–Supongo que podríamos tener una cita –respondió él fríamente.

Durante unos instantes, Jessica tuvo la terrible sensación de que era él quien le iba a decir esta vez que no saldría con ella aunque fuera la última mujer sobre la tierra.

–De acuerdo –aceptó él, después de una larga pausa, y poniéndose a cavar de nuevo.

–De acuerdo –murmuró ella.

Lo contempló sombríamente un momento, se dio la vuelta y se marchó.

Una semana después, se lamentaba tremendamente de su decisión. La cita estaba fijada. Llevaba ropa interior nueva, braguitas pequeñas y un sujetador de encaje. Se puso otro conjunto y salió del baño. Michelle estaba tumbada boca abajo en la cama de Jessica, hojeando las páginas de un revista femenina que Jessica detestaba por el alegato que hacía de las mujeres demasiado delgadas, demasiado preocupadas por la apariencia y totalmente superficiales.

Michelle le había avisado de que estaba casi segura de que la iba a llevar a La Guarida del Contrabandista, un exclusivo restaurante con vistas al mar a las afueras del pueblo.

–¡Una simple hamburguesa hubiera bastado! –se quejó Jessica.

Ahora, Michelle estaba vetando todo su vestuario. Contempló la propuesta actual y puso los ojos en blanco.

–¡Jessica! ¿Un traje color melocotón? ¡No eres una monja de vacaciones!

–Oh, voy mejorando –contestó ella sarcásticamente–. Creo que «monja de vacaciones» es mejor que «bibliotecaria en una conferencia» y que «solterona

anciana en el club de corazones solitarios por primera vez», ¿no crees?

Michelle rió, y eso hizo que todo aquel calvario tuviera algún sentido.

–¿Podemos ir de compras? –le rogó la chica–. No nos gastaremos mucho, lo prometo. Te ayudaré a elegir.

Debería haber recordado que por su ayuda ahora estaba en esa situación, pero era difícil resistir al brillo en los ojos de la muchacha. Era algo habitual que una adolescente quisiera ir de compras, y sin embargo, al ver la ropa que tenía Michelle, que ya le estaba pequeña, ella supo que no le interesaba ir de compras desde hacía mucho tiempo.

–De acuerdo –aceptó–. Pero éste es el trato: si yo compro algo, tú también.

–No lo dudes –respondió Michelle–. El tío Brian me ha dejado su tarjeta de crédito.

–¿Habías planeado esto?

–¿Quién, yo? –replicó inocentemente.

Y las dos rompieron a reír cómplices.

Brian contempló la ropa dispuesta sobre su cama: un par de pantalones negros, un cinturón de cuero negro y una camisa gris de sport con un discreto emblema en el pecho. El emblema revelaba que era ropa cara. Y también que no era su ropa. Tenía que ponerse serio con Michelle. Estaba haciéndose con su vida. Ya era suficientemente malo que le hubiera convencido para reservar en La Guarida del Contrabandista, cuando él habría tenido de sobra con una hamburguesa. ¿Y ahora, iba a ser víctima de un cambio de imagen?

–¡Michelle! –gritó– ¿Puedes explicarme esto?

Ella entró en la habitación.

–¿La ropa? Oh, es un regalo que te hago.

–Un regalo que me haces –repitió él, abandonando sus ganas de ponerse serio.

Algo maravilloso le estaba sucediendo a su sobrina, y él estaba tan ciego que casi no lo había visto. Era la primera vez esa semana que ella estaba en casa.

Estaba radiante. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Llevaba maquillaje, pero muy suave y tenía el pelo recogido en una hermosa cola de caballo. Puede que fuera por haber rescatado al cachorro de una muerte casi inminente, puede que fuera el trabajar en el jardín todos los días, puede que fuera por su ropa, el resultado era que estaba preciosa: pantalones cortos rojos, una camiseta a rayas rojas y blancas; algo que llevaría una chica feliz de trece años.

Él sabía la auténtica razón de aquella transformación: en su mayor parte era por su amistad con Jessica. Desde el estanque, él las veía trabajando juntas en una planta o jugando con el cachorro. Oía el tono alegre de sus voces y sus carcajadas repentinas. En esos momentos, él se decía que debía estar contento de que su sobrina estuviera curándose. Pero se sentía excluido de la diversión de ellas dos. Jessica parecía decidida a evitarle desde que había accedido a salir con él.

–¿Eso también es nuevo? –preguntó Brian, refiriéndose a su ropa.

Michelle rió.

–No te fijes en esas cosas.

–Deja que te diga que cualquier cambio diferente del negro me llama la atención.

–¿Te gusta lo que te he comprado? –inquirió ella.

–Me gustan los vaqueros azules y las camisetas. ¿Cómo has conseguido esto?

Creo que tu paga no da para tanto.

–He pedido prestado. De tu tarjeta de crédito. ¿Recuerdas? Me la dejaste para ir de compras.

–Pero era para que te compraras ropa para ti.

–No te preocupes, te lo pagaré. Es mi regalo.

–¿Y cómo vas a pagármelo? Debe de haber por lo menos cien euros en ropa.

–¿No te lo he dicho? –preguntó ella–. Jessica me está enseñando a hacer centros de flores. Llevé algunos al mercado de la esquina, ¡y los compraron todos! Ya he ganado quince euros.

Brian tuvo que girar la cabeza para esconder sus sentimientos. Su sobrina estaba ganando dinero con su primer y modesto negocio, ¿y quería gastarlo en él?

–Estoy deseando ver cómo te sienta la ropa –dijo ella–. ¿Estás contento?

–Mucho –mintió–. Anda, sal de aquí.

Se puso la ropa y miró con desánimo la imagen del espejo. No era su estilo. Por todos los santos, parecía un médico que juega al golf. Pero no tuvo el valor de decírselo a su sobrina, que fue dándole las últimas instrucciones en su camino hacia la puerta.

–Y no te olvides de retirar la silla de la mesa para que se siente. Y no hables de tu camioneta, o de lo genial que es el nuevo cordón para la bomba de agua del estanque.

–Eh, ya he hecho esto antes –le cortó él.

Pero tenía que admitir que se sentía como si fuera la primera vez. Se sentía como un adolescente, vergonzoso y tímido, como si no supiera lo que tenía que hacer. Odiaba esa sensación. ¿Por qué le pasaba eso a él? Para cuando llegó a casa de Jessica, había ido alimentado un resentimiento insano.

Deseaba haber llevado flores, algo tras lo que esconderse, pero un ramo hubiera sido algo ridículo dado que ella vivía de eso. ¿Y una caja de bombones? ¿Por qué Michelle no había pensado en eso? Ya que había pensado en todo lo demás...

Sin flores y sin bombones, se acercó lentamente a la puerta. Se sentía como un niño que va por primera vez a la escuela: atrapado, asustado y de mal humor.

Llamó a la puerta. Oyó mucho trajín y luego nada. Volvió a llamar, y esta vez advirtió que la mirilla se abría y se cerraba rápidamente.

–¿Jessica?

Oyó el taconeo de unos zapatos por el suelo de madera. La puerta se abrió ligeramente, y ella sacó la cabeza.

–No puedo hacerlo –murmuró, y cerró la puerta.

Él oyó que sus tacones se alejaban.

¡Era un sueño hecho realidad! Ella tampoco quería hacerlo. Debería estar dando saltos de alegría por ello. Pero en vez de eso, colocó su mano sobre el pomo de la puerta. La abrió y metió la cabeza.

–¿Jessica? –preguntó.

No obtuvo respuesta.

Entró en la casa. Era la primera vez que usaba esa puerta. Aunque estaba oscuro, podía percibir lo acogedor del ambiente: suelo de madera, estanterías con libros, alfombras tejidas a mano.

–¿Jessica?

Sus ojos fueron adaptándose a la oscuridad, y la vio sentada en el sofá, con los brazos rodeando sus rodillas desnudas. Se quedó con la boca abierta. No recordaba haber visto nunca nada tan hermoso.

Jessica estaba ahí sentada, concentrada en sí misma y llena de resentimiento, con un impresionante vestido color turquesa que le dejaba un hombro desnudo y se adaptaba a sus deliciosas curvas. Llevaba una fina gargantilla de oro que revelaba su pulso acelerado.

–Estás preciosa –dijo él con voz ronca, acercándose lentamente a ella.

–Menos mal, porque me siento como una idiota. Soy demasiado mayor para esto. Dejé atrás el sueño de Cenicienta hace mucho tiempo.

–Mejor, porque, entre tú y yo... –comenzó él, sentándose en el sofá junto a ella–: no soy ningún príncipe. Incluso aunque me beses.

Ella abrió mucho los ojos, se fijó en su boca y desvió la mirada.

–Bueno, no te preocupes por eso –respondió ella–. No voy a besarte porque ni siquiera voy a salir contigo.

–¿Por qué no?

–Tan sólo quería hacer feliz a Michelle –le confesó–. Pero ya he recuperado el sentido. No puedo usar mi vida para hacerla feliz. Y de todas formas, no creo que funcionara.

–A mí también me convenció.

–¿No hemos tenido esta conversación antes? La otra vez también fue ofensiva.

–Bueno, no más ofensiva para ti que para mí –señaló él–. Ningún hombre quiere oír que una mujer hermosa accede a salir con él por hacer feliz a su sobrina.

–Salvo que yo no soy hermosa –replicó ella, estirándose el vestido–. Ésta no soy yo.

–No –afirmó él dulcemente–, pero ésta sí.

Le acarició las mejillas tersas, los carnosos labios. Ella tembló con su tacto. Lo que le recordó a él que tenía el don de destrozar las cosas frágiles. Retiró su mano.

–No te preocupes –dijo ella–. Yo no soy ninguna princesa. Y, entre tú y yo... los zapatos de cristal me hacen un daño terrible.

Él observó sus pies. Eran pequeños, y los zapatos eran de tacón, muy delicados, y la hacían parecer una diosa. Había algo en sus pies, tanto si estaban dentro de unos

zapatos de cristal o descalzos y manchados de tierra, que le dejaba sin aliento.

–Verás, no tengo mucha costumbre en estas cosas. ¿Qué tal si me cambio, me pongo unos vaqueros y unas deportivas y nos vamos a comer una hamburguesa? – propuso ella.

–Ja. ¿Vas a fallarle a Michelle?

–No, no soy tan valiente.

–Yo tampoco.

De repente, tenía muchas ganas de llevarla a La Guarida del Contrabandista, y no porque se lo hubiera prometido a Michelle. Le había impresionado lo que había dicho Jessica de que había dejado atrás el sueño de Cenicienta. Él había sido parte de ese sistema que la había excluido, que la había hecho daño. A lo mejor, el destino le había llevado ante su puerta para reparar el daño que le había causado.

Le daban una segunda oportunidad para hacer lo correcto. Si alguien se merecía soñar como Cenicienta, era ella. Era algo muy sencillo: saldría con ella aquella noche y la compensaría de alguna forma por todas las que se había perdido, todos los bailes, incluidos Navidad y fin de promoción.

Todos habían sido acontecimientos horribles, muy ceremoniosos y vergonzosos. Él casi siempre acababa borracho en el suelo del gimnasio junto a su cita, alguna chica con una flor prendida en su pecho que lo miraba de una manera demasiado familiar.

Pero Jessica no tenía por qué saber eso. Le acercó el codo:

–Hermosa dama, permita que la escolte hasta el carruaje.

Ella dudó, sacudió la cabeza con arrepentimiento y se agarró de su brazo. Se tambaleó un poco sobre los tacones mientras atravesaban el salón. Se apoyó en él, y de nuevo él se quedó sin aliento al sentir la suavidad de su hombro desnudo junto a su brazo. Pero entonces ella pareció recuperarse y, para cuando llegaron a la camioneta, había recobrado la confianza en sí misma.

Jessica sonrió al ver la camioneta:

–Parece más una calabaza que un carruaje.

–Así es. Soy más una rana que un príncipe –contestó él, mientras le abría la puerta.

Ella se lo quedó mirando unos momentos antes de subir a la camioneta. Le acarició suavemente la mejilla y dijo:

–No, no lo eres, Brian.

Esas palabras tan simples y la sinceridad con que las dijo cambiaron todo. En un abrir y cerrar de ojos, él pasó de querer ofrecerle la mejor noche de su vida a querer salir corriendo para ponerse a salvo.

Llegaron al restaurante, y estaba seguro de que a ella le había encantado. Estaba situado entre rocas y plantas, al borde del mar. La decoración interior era sutil y cara, y les condujeron a una preciosa mesa con vistas al mar. Brian no pudo evitar darse cuenta de que mucha gente se la quedaba mirando, algo de lo que ella no parecía ser

consciente.

Se sentaron a la mesa, estudiaron el menú, y pidieron el vino. Cuando les retiraron las cartas, ella lo miró con arrepentimiento.

–¿Y ahora, qué? –preguntó.

–Bien, pues... hablemos –respondió él.

–¿Sobre qué?

«Háblame de ti. Cuéntame todo sobre ti», pensó, pero no se atrevió a pedírselo. Le había dicho eso mismo a todas las mujeres con las que salía, pero ninguna le había importado. Ahora estaba sorprendido al sentir que realmente quería saber de ella. Quería saberlo todo: cómo había sobrevivido a los años de instituto, qué acontecimientos la habían moldeado y la habían hecho tan fuerte y tan superviviente. Quería saber cuál de las flores que plantaba era su favorita, y en qué pensaba antes de dormir.

Y el hecho de querer saber aquellas cosas le puso los pelos de punta. Eso y que estaba recordando la suave carnosidad de sus labios al tocarlos y se preguntaba cómo sería sentirlos con sus propios labios en lugar de con sus dedos.

Pero sabía algunas cosas de ella. Conociendo su casa, sabía que ella no se comprometía a la ligera. Se preocupaba profundamente por las cosas que se tomaba el tiempo de plantar. Lo había visto en su relación con Michelle, y en la forma en que sus manos habían tocado a O'Henry.

No era el tipo de mujer al que uno podía pedirle que le hablara sobre su vida, a menos que eso significara algo. A menos que uno quisiera llegar a algún lado.

Y él no era ese tipo de chico.

«Sálvate», se ordenó internamente. Y sabía cómo hacerlo. Levantó su copa para brindar.

–Hablemos de mí –sugirió.

Ella se inclinó hacia delante, como si creyera que él tenía algo que decir. Algo importante, o profundo. Pero no tenía ninguna de las dos cosas. Así que le contó estúpidas historias del trabajo que le hacían parecer mucho más insensible y más macho de lo que en realidad era. Bambi, o Tiffany, o como quiera que se llamara, se había inclinado más en la mesa, revelando aún más de su escote, mientras él contaba esas mismas historias. Sus ojos se habían ido agrandando al escucharlo, y le había contemplado como a un héroe.

Pero Jessica no hacía nada de esto. Sujetaba su copa de vino demasiado tensa, y podía ver en sus ojos que lo estaba examinando. Entonces él supo que, si había alguien capaz de llegar a conocerlo, era ella.

Pero, ¿estaba preparado para eso?

La estaba decepcionando. Lo sabía. Ése era el plan. Decepcionarla ahora para no decepcionarla después. Intentó alegrarse de que estuviera funcionando tan rápidamente, pero en el fondo de su alma estaba luchando contra el arrepentimiento.

Y entonces, cuando estaba seguro de que la noche no podía ser peor, algo le

demostró que se equivocaba. Porque vio por encima del hombro de Jessica que, en la mesa que estaba justo detrás de ellos, un anciano se llevaba la mano al pecho y se caía de la silla.

Brian se levantó tan bruscamente que derramó el vino. Con su visión periférica vio el vino cayendo encima del vestido de Jessica y la mirada de estupefacción en su rostro cuando él pasó corriendo junto a ella.

«Es mi don personal», se dijo a sí mismo, mientras llegaba junto al hombre en el suelo. «Todo me sale mal. Y me lo merezco»

## Capítulo 6

Durante unos momentos, cuando Brian le había acariciado las mejillas y los labios y la había mirado tan intensamente, ella había sentido que se rendía a su poder. Casi se derrite ante la combinación de poder y ternura. Era una locura, pero se había dejado arrastrar por el deseo de creer en la posibilidad de finales felices en la vida real.

Pero él estaba poniéndola en su sitio ahora, pasando de príncipe a rana en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué estaba decepcionada? Él incluso la había advertido. ¡Lo que debería sentir era alivio!

Había creído que el hombre que seguía en su cabeza los últimos catorce años era el que la había acariciado incluso con la mirada. Pero no era más que una fantasía que ella había alimentado al verlo todos los días trabajando medio desnudo en el estanque durante las últimas semanas.

La realidad era que era un hombre que disfrutaba viviendo al límite cada día, arriesgando su vida. Y además creía que las historias de su agilidad la impresionarían, como si aún fuera el capitán del equipo de fútbol del colegio.

Debajo de toda aquella fanfarronería y apariencia, ella creía haber visto algo más. ¿Pero no había sido ése su problema, siempre que se trataba de él? Ella creía ver fuerza, integridad, temple. Pero si tenía esas cualidades, parecía decidido a no mostrarlas en aquel momento.

Ella ya no tenía dieciséis años. A sus treinta y uno actuales sería muy ingenuo seguir insistiendo en ver cosas en él que sus acciones desmentían, o que tal vez ni siquiera estaban en él.

¿Cómo podía contarle aquellas horribles historias sin avergonzarse? ¡Detener a una anciana porque estaba robando en una tienda! ¡O correr detrás de un chaval en bici que había sustraído una radio! ¡No eran peligrosos enemigos públicos! De hecho, ella empezaba a encontrar más simpáticos a los criminales.

—¡Y entonces el chico se lanzó desde una colina! —exclamó Brian—. Yo no podía creerlo, debía de haber una caída de al menos quinientos metros, y ahí abajo estaba él, marchándose pedaleando en su bici. Bueno, pensé, si él puede hacerlo, yo también, así que salté...

Se calló bruscamente, a mitad de la frase, y salió disparado de su silla, con tanta precipitación que su rodilla golpeó la mesa y el vino se derramó. Era un final perfecto para una noche desastrosa, pensó Jessica, mientras veía cómo el vino manchaba su vestido. Logró detener el caudal rojo, pero el daño ya estaba hecho.

Podía intentar limpiarlo en aquel momento, pero tal vez era mejor dejarlo así. La mancha le serviría para recordar que los cuentos de hadas eran eso, cuentos. El Príncipe Azul inevitablemente tenía un ego, o derramaba vino o limonada sobre tu vestido o...

–Llame al 112. Ahora.

La voz de Brian sonó calmada, firme, llena de autoridad. Jessica se giró en la silla.

El camarero agitaba una servilleta blanca mientras parloteaba histérico y marcaba los números en su teléfono móvil. Una mujer de avanzada edad sentada a la mesa que había detrás de Jessica comenzó a llorar. El personal del restaurante se acercó al lugar del suceso. Y en el centro de todo, Brian estaba en el suelo junto a un hombre canoso que no se movía.

Los ojos de Jessica se clavaron en Brian, un pilar de calma en un mar de caos. Ella se levantó también tan bruscamente, que de nuevo la botella de vino cayó y derramó el resto de su contenido sobre el suelo. Pero no se dio cuenta. No podía creer que hubiera estado tan centrada en su propio mundo que se había perdido el drama que sucedía a sus espaldas. Aunque sólo habían pasado unos segundos desde que él había abandonado la mesa.

Jessica se abrió camino entre el corro que se había formado alrededor del hombre y se arrodilló junto a su cabeza. Miró a Brian. Tenía el rostro concentrado, absolutamente entregado a aquel hombre. Se colocó a un costado del mismo, entrelazó las manos y trató de reanimarlo presionándole el pecho. Contó y volvió a presionar.

Ella tomó aire profundamente y miró de nuevo a Brian. Permitted que la fuerza de él reforzara la suya propia. Con firmeza, colocó una mano sobre el hombro del anciano y otra en su frente. Apartó todos los pensamientos de su mente, incluso la imagen de Brian. Aunque algo en la intensidad con la que trataba de reanimarlo se le quedó archivado, como explicando lo que ella necesitaba saber...

Conforme cerró los ojos, fue sintiendo la luz, brillante y pura, rodeándola. Sus dedos comenzaron a temblar y sintió el calor que desprendían las palmas de sus manos. La energía vibraba con toda su calidez y su vida. Podía sentirla arrojando al hombre en el suelo. El frío y la oscuridad se apartaban de lo que ella estaba ofreciendo. Se concentró en la luz, en aquellos prismas de color extraordinarios, confió y se entregó a ella.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Tan sólo percibió periféricamente a Brian, que daba órdenes precisas, y sintió la poderosa conjunción de sus dos energías. El resto, la multitud a su alrededor, el sonido de una sirena acercándose, lo percibía en la lejanía.

Supo exactamente en qué momento la luz penetró en el cuerpo sin vida que tenía delante. Un sentimiento impresionante la recorrió, una especie de respeto reverencial por el mundo y su funcionamiento y por los poderes visibles e invisibles. Dejó que la sensación de una extraordinaria paz la abrazara. Mantuvo los ojos cerrados y las manos quietas sobre el hombre.

–Tengo un latido –anunció Brian.

Se movió junto a ella, y ella abrió los ojos al sentir que la tocaba con el hombro.

Contempló a Brian echar hacia atrás sin dudarle la cabeza del hombre y hacerle el boca a boca, compartiendo con él su fuerza vital.

Momentos después, los de la ambulancia entraban corriendo en la habitación, y ella fue apartada a un lado y olvidada en el tumulto de la acción. Brian les resumió lo ocurrido. Luego, le tendió la mano, ayudándola a ponerse en pie.

La observó atentamente, y ella le devolvió la mirada con igual atención. Por fin había visto lo que necesitaba ver en él, y lo había visto mientras estaba inclinado sobre aquel anciano. Había visto que Brian era exactamente el hombre que ella había vislumbrado en la misteriosa profundidad de su mirada.

Era el hombre que estaba junto a ella, fuerte y calmado. Un hombre que había elegido su trabajo no porque fuera excitante, como había intentado hacerle creer con sus historias, ni porque estuviera ávido de poder, control o adrenalina. Brian era policía porque le permitía servir a los demás empleando su único don.

Y ese don era el coraje. Era la habilidad de poner orden en medio del caos, de permanecer calmado y pensar con claridad en medio de una crisis. Eso era lo que ella había percibido hacía muchos años, cuando, hombro con hombro, habían tratado de salvar a aquel perro: el auténtico Brian, no ése que hacía bromas fáciles, besaba a las chicas en el pasillo o conducía su camioneta demasiado rápido.

Y no el hombre que se había sentado a la mesa antes, contando sin parar historias destinadas a entretenerla mientras su auténtico yo permanecía oculto. El Brian de verdad, el que estaba detrás de la máscara, tenía un alma tan honda que asustaba, pero eso mismo la cautivaba.

—¿Estás bien? —le preguntó él, mientras le tocaba el hombro desnudo—. Estás temblando.

Ella asintió, secándose las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos.

—Estoy bien.

La mano de él era como fuego en su hombro, el tipo de fuego que aparecía tras una tormenta, ofreciendo calor, seguridad y descanso.

—Caballero, muchísimas gracias —dijo el maître, acercándose—. Permita que la casa les invite a cenar esta noche. ¿Puedo traerles otra botella de vino? ¡Ha salvado la vida de ese hombre! ¿Cómo se llama usted? Voy a decírselo a los periodistas.

La voz de aquel hombre interrumpió el mundo en el que habían entrado los dos. Ese lugar privado, casi sagrado, aparecía cuando ambos bajaban las defensas y ahí podían verse, por fin, el uno al otro y contemplar la verdad.

Jessica podía sentir la mirada de Brian clavada en su rostro.

Él se volvió, intercambió unas palabras tranquilas con el maître y luego le pasó a Jessica el brazo por los hombros protectoramente.

—Vamos. Tomemos un poco de aire fresco.

Salieron del restaurante por una puerta lateral. Él la ayudó a bajar las escaleras, sujetando su mano más tiempo de lo estrictamente necesario, advirtió ella, mientras sentía de nuevo el tacto seductor de sus manos fuertes y encallecidas por trabajar con

la pala.

La escalera terminaba en una preciosa cala. La luna se reflejaba en el mar y sumía todo en una atmósfera mágica. El aire olía a fresco y transportaba el sonido de las olas.

Brian la presionó ligeramente en el hombro y ella se sentó en la arena. Él se sentó detrás, con sus piernas a los costados de ella. La invitó a que se apoyara en la reconfortante seguridad de su pecho y la abrazó, colocando sus manos en el regazo de ella.

–Así no tendrás frío –dijo él–. La arena estropeará el vestido, pero creo que ya lo está, ¿no?

Ella sabía que él sólo estaba intentando sacar algo divertido de aquel momento, que trataba de volver a situarlos en un mundo donde las manchas en los vestidos importaban. Pero ella aún no estaba preparada para volver.

–Dime cómo te sentiste realmente acerca de aquella ladrona de ochenta y tres años –pidió ella.

–Bah, hablemos de tu vestido.

–No.

Se quedó callado, y ella pensó que tal vez iba a rechazar el nivel de intimidad que le estaba invitando a compartir. No le metió prisa, contempló la luna y se recreó en la sensación de sus brazos rodeándola, su pecho sujetándola y sus piernas abrazándola. Entonces, se permitió sentir de nuevo aquella energía curativa.

–Triste –dijo él finalmente, como si le costara confesarlo.

Ella suspiró, satisfecha.

–¿Y en el robo del banco?

–Asustado. ¿Y cuando perseguía al ladronzuelo en bicicleta? Viejo y sin fuerzas.

Ella asintió, reconociendo que hablaba sinceramente.

Después de una larga pausa, él siguió hablando, con su voz grave resonando en la noche.

–Jessica, no puedo salvarlos. No puedo arreglar nada ni a nadie. Si pensara demasiado en ello creo que no podría soportar mi vida. La sensibilidad es un inconveniente en mi trabajo, a veces tiene consecuencias fatales.

Aquella confesión no la hizo pensar en debilidad, al contrario, le hizo ver que era un hombre fuerte. Él estaba confiando en ella, y sintió que no lo hacía a menudo y desde luego no a la ligera. Por fin estaba mostrándole un poco del auténtico Brian. Y era tal como ella lo había vislumbrado.

–Esta noche has salvado a una persona –le recordó suavemente.

Él suspiró y la abrazó un poco más fuerte.

–Probablemente no sobrevivirá a la noche, Jessica. Tiene todo en contra.

–Yo creo que lo logrará.

–¿Lo ves con tu magia o sólo lo imaginas?

–Puede que un poco de ambas.

–Piensa lo que quieras, pero no llames al hospital para saber qué ha pasado. Así es como se sobrevive: te despegas; haces todo lo que puedes y luego lo dejas marchar.

–Yo no sé si podría ser así.

–Bien. Me gusta eso de ti. Pero no te presentes para el departamento de Policía. Ella rió.

–No estaba en mi lista de tareas para esta semana.

–¿Sabes que a la mayoría de las chicas les encantan mis historias de policías? –preguntó él.

–¿Le impresionaron a Bambi?

–¿Es que nunca voy a poder olvidarme de ella?

–No lo creo, Brian. Yo no soy como la mayoría de las chicas.

–Lo sé, Jessica. Debería haberlo sabido antes, nunca fuiste como la mayoría.

–Lo habría sido si hubiera podido –admitió ella.

–Me alegro de que no consiguieras convertirte en lo que en realidad no eras. Me alegro mucho. Seguramente habrías perdido lo mejor de ti, incluido lo que fuera que ha salvado a ese hombre. Sé que yo le hice la reanimación cardiopulmonar, pero siento que no fui yo quien realmente lo salvó, sino tú.

–No –replicó ella firmemente–. Lo hiciste tú.

–Y entonces, ¿por qué un instante antes de que él comenzara a respirar de nuevo, te miré y tu cara brillaba llena de luz? Estabas casi sonriendo, como si supieras lo que iba a pasar.

Ella se encogió de hombros. No se sentía preparada para alejarse de la intensidad de la experiencia, pero tampoco quería diseccionarla.

–Jessica, lo hiciste tú, ¿verdad? Sanaste algo en ese hombre, igual que hiciste con el perro hace años.

Repentinamente, la otra escena apareció vívida en su mente: el frenazo de la camioneta a la vez que ella bajaba del autobús a la entrada de su casa; el gemido del perro; el muchacho más guapo del instituto, al que tantas veces había visto de lejos, saliendo de su camioneta, descompuesto ante lo que había hecho. Ni siquiera la veía a ella. Sólo veía al perro.

–Lo he matado –dijo con desánimo.

–No lo creo.

Ella se había arrodillado junto al perro, había sentido la fuerza vital poderosa aún en su interior, y lo había levantado en brazos.

–¿Puedes acompañarme a mi casa?

Habían llevado al perro a un cobertizo y allí lo habían colocado sobre una mesa. Ella se había hecho consciente, mientras atendía al perro, de que Brian la estaba viendo. Brian Kemp, el ídolo del instituto, estaba viéndola. Y no como una excluida social. Estaba viendo su alma. Y podía decir, por aquel momento mágico, que le había gustado lo que había visto.

Después se habían sentado en la entrada de la casa mientras contemplaban las estrellas salir, hablando cómodamente, riendo.

–Te llamaré –había dicho él.

Le había elevado la barbilla con un dedo y le había hecho que lo mirara a los ojos.

Y sus palabras habían sonado como una promesa. No, más que eso, como un billete para salir de su miserable vida. Sus padres estaban muertos. Vivía con una excéntrica tía soltera. Estaba gorda, era diferente, era pobre, se reían de ella. Y aquel extraño encuentro le había hecho creer que ella, Jessica Moran, a la que los chicos llamaban bruja y bicho raro, podía ser querida por alguien. El interés que había visto en los ojos de él había sido como si le lanzara un salvavidas para rescatarla de la piscina de su soledad.

Ella había esperado. Incluso cuando la había ignorado en el instituto, había mantenido la esperanza. Hasta que lo vio besándose con Lucinda Potter detrás de la máquina de bebidas.

Lucinda era todo lo que ella no era: alta, delgada, increíblemente guapa, extravertida. Y Brian Kemp la besaba con una pasión completamente fuera de lugar en el vestíbulo de un instituto. No parecía importarle lo más mínimo que Lucinda claramente no fuera digna de él, con lo mezquina y superficial que era.

La amargura de aquel recuerdo le dolió aún.

–Lo siento –se disculpó él–. De todas las cosas que lamento en la vida, hacerte daño es la más importante de todas.

Ella no respondió, resistiéndose por miedo a aceptar sus disculpas. Si soltaba ese poso de ira, ¿qué defensa le quedaría ante él? Era cierto que había estado a salvo mientras él parloteaba sobre sus historias durante la cena. Se dio cuenta de que había estado tratando, con todas sus fuerzas, de encontrar excusas para desprestigiarlo, para no caer de nuevo bajo su encanto.

Y ahí estaba ella, a pesar de sus esfuerzos, rindiéndose ante su encanto.

–Entonces sentí exactamente lo que siento ahora –continuó él suavemente, hablándola al oído con su voz sensual–. Sentí que eras especial. Profunda. Real. Mucho más real de lo que nunca había conocido.

Ella seguía callada.

–Mira, Jessica, he estado intentando no abrir viejas heridas, pero ¿podríamos dejar atrás lo que pasó en el instituto? Yo era joven. No tenía ni idea de qué hacer con alguien como tú, con algo así. No tenía ni idea de lo especial que era, era un don. Esa noche contigo sentí cosas que no había sentido nunca antes. Me sentí vivo, conectado al mundo de una forma que no sabía que se podía. Dije que te llamaría y no lo hice, y eso tuvo que ver enteramente conmigo y nada contigo.

–Eso lo sé.

Él tomó aire profundamente.

–Esto es lo que quiero que entiendas: fuiste afortunada de que nunca te telefonara. Sólo te hubiera causado dolor, con lo sensible y dulce que eras. Y que

aún eres.

Su mano, casi inconscientemente, le acarició el hombro desnudo.

–Soy más dura de lo que crees –protestó ella, aunque aquella mano en su hombro estaba haciendo que le temblaran las piernas.

–Puede que lo seas –dijo él–, pero incluso entonces requerirías más de mí de lo que nunca me ha sido requerido. Me pedirías que fuera mejor de lo que era antes. Tendría que aprender a ver las cosas de otra manera, más en profundidad. Tendría que dejar de creer en todo lo que creía hasta entonces. No estaría preparado, Jessica.

Ella contuvo el aliento.

–Y no estoy seguro de que esté preparado ahora.

Antes, ella había sido una niña asustada por el poder de lo que había pasado entre ellos. Tenía muchas inseguridades: no era suficientemente buena ni suficientemente bonita, lista o estilosa para estar con Brian Kemp. Antes, le había dejado que él dijera la última palabra. Se había dado por vencida antes de que empezara el partido. Sentía que no podía competir con oponentes como Lucinda Potter.

No sabía si había sido un error, pero lo que sí sabía era que esta vez no iba a dejar que las cosas salieran igual. Ya no era la chica que se quedaba al margen esperando a que la vida le prestara atención.

Había visto a Brian Kemp, su parte más vulnerable, la que escondía en su interior. Era la segunda vez que la veía. Y esta vez ella elegía no salir huyendo de su poder.

Giró la cabeza hacia él y puso sus labios sobre los suyos. Sabía a vino y sal, a viento y arena. Y también a un prometedor mundo de sensualidad y pasión. Sus labios sabían a gloria.

Al principio él se extrañó. Respondió cautelosamente, con una exquisita ternura.

Pero la textura de su beso fue cambiando poco a poco. Jessica sintió que se le aceleraba el corazón. Las manos de él apretaron sus hombros con la urgencia del deseo. Sus labios se volvieron más voraces, demandando una respuesta de ella.

Y ella respondió al momento, ávidamente, contestando al fuego de él con su propio fuego. Él reaccionó y abrió los labios de ella con su lengua y la introdujo en su boca. Sus manos recorrían los hombros, el vientre, la espalda de aquella increíble mujer.

Ella sintió la urgencia de conocerlo como hombre. Dejó que sus manos recorrieran sus poderosos muslos, su pecho fuerte y definido, los musculosos brazos, el vientre plano.

La mano de él rozó sus pechos a través del vestido y ella se quedó muy quieta, saboreando la deliciosa sensación y la demanda urgente. Se separó de sus labios, echó la cabeza hacia atrás y luego lo miró a los ojos. Estaban llenos de deseo, podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

–Te deseo –dijo ella, sorprendida por su atrevimiento y encantada a la vez.

Ya no era la chica que había esperado pasivamente a que sonara el teléfono. Experimentó su nuevo yo sacándole la camiseta de los pantalones y metiendo sus

manos por debajo de ella. Tocar la suave firmeza de su piel era tan erótico como tocar sus labios.

–Quítatela –susurró ella, jugando con su nuevo poder y sonriendo cuando él hizo lo que le pedía.

Entonces recorrió con sus labios su pecho definido, sus pezones endurecidos. Lo sintió estremecerse bajo ella y se maravilló de aquel recién descubierto poder. Le mordisqueó suavemente. Él gimió.

–No quiero hacerte el amor en la playa –le susurró él al oído con voz ronca.

¿Hacerle el amor? Claro que las palabras «te deseo» significaban eso, aunque ella las había dicho en un sentido mucho más amplio. Aun así, todo aquello iba encaminado a eso. ¿Por qué de repente se quedó anonadada, como si la hubieran arrastrado contra su conciencia?

Aquellos pensamientos desaparecieron cuando los labios de él la encontraron de nuevo. La puso en pie y le sacudió la arena del vestido. Sus manos recorrieron sus curvas hasta que la hizo temblar. Luego apoyó su cabeza junto al cuello de ella y se apartó de su lado unos instantes para volver a ponerse la camisa. Después la levantó en brazos como si no pesara nada. La llevó hasta la escalera por la que habían bajado antes y, cuando ya estaban arriba, la cubrió de tiernos besos. La depositó en el suelo y se encaminaron a la camioneta evitando el restaurante.

Él le abrió la puerta pero, antes de que estuviera dentro, la besó de nuevo. En la oscuridad de la noche, la empujó suavemente contra el respaldo del asiento, mientras sus besos la hacían suya.

Se interrumpieron sólo cuando una luz que salía de la puerta del restaurante iluminó el aparcamiento. Jessica vio el rostro de él, transfigurado de ardor y deseo. Se metió en el interior de la camioneta y esperó a que él entrara junto a ella.

Pero él cerró su puerta y se quedó un largo rato en el exterior, contemplando las estrellas. Cuando entró en el vehículo, la miró, le acarició el pelo y sonrió arrepentido.

Ella sintió que la balanza del poder se inclinaba de su terreno al de él. ¿Podía confiar en él en cuanto al control? ¿O la dejaría de nuevo caliente y sola como la última vez? Su parte racional le dijo que era un buen momento para descubrirlo, antes de que algo irrevocable sucediera.

Pero su parte irracional no podía apartar la vista de sus labios. Se deslizó por el asiento hasta que estuvo junto a él y le acarició la oreja con la lengua. Él la apartó suavemente.

–No es así como vamos a hacer esto, Jessica.

–¿Qué? –dijo ella, conteniendo el aliento–. ¿Qué quieres decir?

–Jessica, puedo besar a cualquier mujer. Generalmente es lo que suelo hacer con las mujeres.

La imagen de él y Lucinda besándose junto a la máquina de bebidas apareció en la mente de Jessica.

–Ayúdame a ser mejor hombre, Jessica.

–¿Cómo?

–Volvamos algunos pasos antes. Conozcámonos.

Ella no entendía nada. Le estaban entrando unas ganas terribles de estrangularlo.

–Si todo esto no lo hubiera planeado Michelle, ¿qué te hubiera gustado hacer? ¿Qué tipo de cita hubieras escogido? Tengo la impresión de que no habría sido con un Chateaubriand en La Guarida del Contrabandista.

Así que no lo había conseguido, pensó ella. Estaba ridícula con aquel vestido. Era una amante torpe. Él sabía que aquélla no era ella, podía verlo en su interior. Y aun así, no parecía que fuera a salir corriendo.

–Así que –continuó él–, si empezáramos de nuevo, ¿qué te gustaría hacer en nuestra cita?

Ella dudó, cerró los ojos y trató de bloquear el recuerdo de sus labios. No podía, aún sentía su sabor. Con una enorme disciplina, apartó de su mente la pasión de aquellos besos.

–Para empezar, no me gustaría que pareciera una cita. No me gustaría sentirme torpe con los cubiertos, ni vestirme como una princesa –explicó, mientras se descalzaba–. Supongo que lo que realmente me gustaría sería trabajar junto a ti en crear el estanque. Y cuando estuviéramos cansados y sudorosos podríamos ir a una poza que hay detrás de la casa con unos neumáticos y flotar bajo el sol.

–¿Y eso sería con o sin bañador? –preguntó él mirándola travieso.

–¡Con! –respondió ella con tal indignación que los dos rompieron a reír.

–Ya has tenido tu cita, Jessica –dijo él, mientras la llevaba a casa.

No parecía que los besos le estuvieran devorando por dentro como le pasaba a ella. Y de repente, estaban en su casa. Él bajó de la camioneta y la ayudó a salir. La acompañó hasta la puerta y la besó dulcemente en la boca.

Cuando ella quiso más, él la apartó.

–Por una vez en mi vida, voy a hacer algo bien.

Lo observó volver a la camioneta mientras ella temblaba, y no porque hiciera frío.

–¿Qué tal ha ido, tío? –preguntó Michelle ansiosamente.

–Ha ido bien –contestó él.

–¡Quiero saberlo todo! ¿Qué comisteis?

–Michelle, no voy a dejar que una niña de trece años se inmiscuya en mi vida amorosa.

–¿Tu vida amorosa? –repitió ella, casi sin aliento.

–No quería decir eso.

–¿El qué? –preguntó ella inocentemente.

–Que esté enamorado. No lo estoy. Nunca lo he estado y nunca lo estaré.

–¿Nunca lo has estado? –preguntó ella, asombrada–. Eso es muy triste.

Brian decidió que era una mala noche: dos mujeres llegaban a aquel lugar en su interior en el que había tristeza en lugar de gloria.

–¿Puedes decirme por lo menos si os habéis divertido?

Recordó los labios de Jessica, sus ojos, la forma en que requería lo mejor de él y la manera en que no había caído rendida ante sus estúpidas historias.

–Un hombre tuvo un infarto, y derramé el vino sobre el vestido de Jessica por llegar junto a él.

Era más fácil describir alguno de los hechos que explorar la confusión que sentía por dentro.

«Y entonces ella se arrodilló junto a mí, y la miré a la cara y la vi iluminada por una luz que me hizo sentir como si toda mi vida anterior fuera vacía y sin sentido»

–¿Fue un completo desastre? –preguntó Michelle, nada sorprendida.

–El hombre ha sobrevivido.

–¡No me refiero a eso!

–De acuerdo, no fue un completo desastre.

Michelle se quedó un poco más tranquila. Por alguna razón, le explicó:

–Vamos a intentarlo otra vez, pero a nuestra manera. Vamos a vestirnos como queramos y a hacer lo que deseemos. Eso significa que no vamos a necesitar tu ayuda.

–Como si fuera a ayudaros –dijo ella intentando parecer ofendida, pero con los ojos brillantes.

Él odiaba eso. Odiaba que la gente confiara en él para que los hiciera felices. Siempre los fallaba. No dudaba de que todo aquello era un error, un tremendo error que acabaría mal, con él haciendo daño a Jessica y a Michelle.

–¡Ah! La tía Lucy ha llamado hace un rato.

Él sintió que todo su cuerpo se ponía en alerta roja.

–¿Qué quería?

–Va a pasar a hacernos una visita –informó ella, poniendo los ojos en blanco–. Quiere ir conmigo de compras para que renueve el armario antes de empezar el curso. Dice que ella es como mi hada madrina.

Lucinda era la madrina de Michelle, pero nada más alejado de un hada madrina. Había sido la mejor amiga de su cuñada, y Brian la volvió a ver en el funeral. Era aún más atractiva que en el instituto, y ya entonces era tremendamente atractiva.

Después de la ceremonia, ambos se habían refugiado el uno en el otro, buscando algo que llenara aquel terrible vacío. Habían intercambiado unos cuantos besos apasionados, pero no habían ido más allá; era un desahogo pasajero de un dolor permanente, ambos lo sabían. ¿O no?

Su llegada no podía ser en peor momento. ¿Iba a tener a dos mujeres con asuntos inacabados en su vida al mismo tiempo? ¿Cuánto había ofendido al cosmos para merecer todo aquello?

## Capítulo 7

Pasaron varios días antes de que Brian librara en el trabajo y pudiera invitar a Jessica a una segunda cita. En ese tiempo, se sentía casi avergonzado de lo mucho que pensaba en ella. Todo le recordaba a ella: las canciones de la radio, la puesta de sol. No podía dormir pensando en sus labios, sus caderas y todo lo que había en medio.

La primera vez que la llamó sintió un gran nudo en el estómago.

–Hola –saludó, sintiendo más vergüenza que cuando tenía trece años–. Sólo llamaba para saludarte.

Estaba llamando a una mujer para saludarla. Y tenía la horrible sensación de que eso le llevaría a temas como partidos de fútbol interrumpidos o renovación de furgoneta. Pero cuando escuchó su voz y la alegría con que lo saludaba, se le deshizo el nudo del estómago y se le puso otro en la garganta. Convertir el fútbol en una religión le parecía de repente el tipo de cosa estúpida y desesperada que haría un hombre muy solo.

–He encontrado algunas flores para poner en el estanque –le anunció Jessica.

Las describió detalladamente, y él no tenía por qué encontrarlo interesante, pero le pareció interesante y atractivo. Algunas mujeres hablarían con ese entusiasmo de joyas o de casas de ensueño, o de entradas para el concierto de Céline Dion, pero su dulce Jessica hablaba de flores.

Su Jessica. Repitió esas palabras, atónito.

–¿Qué has hecho hoy? –le preguntó ella.

Él le explicó que básicamente había sido un día aburrido, salvo un accidente de tráfico en el que había ayudado a alguien que estaba desorientado y asustado. Y entonces Brian sintió que todo iba a ir bien. La conversación fluía entre ambos como si hubieran hablado todos los días durante los últimos catorce años. No sabía cómo lo hacía, pero ella le provocaba carcajadas hablándole de la araña que había encontrado en su almohada o de las galletas que se habían quemado en el horno. Le provocaba carcajadas y el deseo de estar con ella.

–Dime la verdad, ¿Qué te parece mi camioneta? –preguntó él de repente.

Ella rió ante el inesperado cambio de conversación.

–Me encanta tu camioneta.

–No lo dices en serio.

–Es en serio.

–Muy bien. Entonces, dime lo que te gusta de ella.

La estaba probando. Podía estar fingiendo que le gustaba la camioneta, las mujeres hacían cosas así. Fingían que les gustaba lo mismo que a uno hasta que te tenían donde querían y entonces, ¡sorpresa!

–Muy bien. Me gusta que es diferente a los demás automóviles. No te imagino

conduciendo uno de éstos exactamente igual al resto.

Tenía toda la razón, pensó él.

–Me gusta que, aunque tiene muchos años, ha sido tan cuidada que aún parece segura y a punto. Es muy cómoda. Y me gusta cómo huele.

Dudó un momento y añadió:

–Me gusta la forma de tu brazo cuando cambias de marcha.

Brian tragó saliva. Ahora venía la pregunta fundamental.

–Y si te anunciara que la iba a cambiar por un Lamborghini, ¿qué me dirías?

–Nada, porque no volvería a hablarte en la vida.

En ese preciso momento, fue consciente de que se estaba enamorando de Jessica Moran.

Y ese increíble pensamiento borró de su mente la incómoda visita de Lucinda, de la que no tenía sentido informar a Jessica en aquella conversación.

Después de colgar el teléfono, Brian pensó en ello. Las cosas estaban yendo muy bien. A lo mejor la visita de Lucinda no era una cosa que tenía que contarle a Jessica. Mirando las cosas objetivamente, parecía racional. La madrina de Michelle iba a hacerle una visita. Dormiría en un hotel. Si lo planeaba con cuidado, él podía no cruzarse siquiera con ella. Así que, ¿por qué decirle nada a Jessica? Lucinda era parte del mundo que ella había dejado atrás, no era buena idea volver a plantarle su doloroso pasado en las narices si no había necesidad de ello.

Aun así, cuando bajó de la camioneta aquella radiante mañana de martes, y vio a Jessica acercarse, tuvo una desagradable sensación de culpa por no haberle contado nada de Lucinda, que había llegado la noche anterior.

Pero era difícil mantener un mal pensamiento y mirar a Jessica al mismo tiempo. Se había puesto unos shorts caqui que dejaban ver sus preciosas piernas bronceadas. Sus rizos estaban parcialmente ocultos bajo una bandana hippy y llevaba la camiseta blanca que tanto le gustaba a él por la forma en que sugería la curva de sus hombros y su vientre plano.

O'Henry salió de la camioneta después de él, y una sonrisa iluminó el rostro de ella, y la vida de él, y compitió con el sol... hasta que él pensó en ello. ¿El perro le provocaba esa sonrisa? Se suponía que debía ser él, Brian, quien provocara esa reacción, y no su perro.

La terrible posibilidad de que ella no sintiera lo mismo por él, o al menos no con la misma intensidad, cruzó su mente como un relámpago.

–Está estupendo, ¿no crees? –dijo ella, levantando la vista hacia él.

Él sintió un alivio inmediato. En su rostro había esperanza y también algo de vergüenza y confusión. Y contemplándola, se sintió como si nunca más fuera a cometer un error. Viendo la dulzura con que lo miraba, se sintió un superhombre.

–¿Michelle no ha venido? –preguntó ella.

–¡Eh, es nuestra cita!

Primero el perro, ¿y ahora Michelle? No quería compartirla. Quería hacer cosas

con ella y para ella que no sería capaz de hacer con el perro mirándolos, y mucho menos su sobrina.

–Pero la idea era que no pareciera una cita, así que podías haberla traído.

¿Cuántas mujeres tenían el espíritu generoso de Jessica? ¿Cuántas aceptarían a una chica de trece años como parte del paquete, de quien él era?

Además, se recordó duramente, estaba mostrando la mejor cara de sí mismo; su comportamiento habitual no le gustaría mucho a ella. A lo mejor no era tan mala idea haber llevado a Michelle. Sólo que estaba con Lucinda.

–Está con su madrina –informó.

Ése era un buen momento para contarle la verdad, pero no quería estropear la mañana.

–¡Oh, sí!, ya me avisó. La tía Lucy, ¿no? Michelle estaba muy emocionada de que fuera a recorrer cuatro mil kilómetros para venir a verla.

Pero cuando él había visto a Lucinda esa mañana, había detectado en ella la intención de conseguir algo. No había venido sólo para ver a Michelle. Era algo demasiado complicado de explicar, y seguro haría desaparecer la luz en el rostro de Jessica.

Evidentemente, ella no sospechaba que tía Lucy era Lucinda Potter. ¿Por qué abrirle las puertas al desastre que él había logrado evitar hasta el momento?

Fueron juntos hasta el estanque. Había una montaña de piedras donde antes sólo había un montoncito.

–Quería estar preparada para cuando llegaras –explicó ella–. He buscado algunas piedras más para unir las a las que ya tenía. No son difíciles de encontrar.

Él se sintió molesto porque hubiera movido todas aquellas piedras.

–Jessica, se supone que tienes que dejar que yo haga el trabajo duro. Para eso sirve esto.

Se arremangó y sacó bíceps, ya que ella siempre decía que le encantaban sus brazos. Los ojos de ella brillaron de deseo al verlo y él notó que se le aceleraba el corazón. Si seguía mirándolo así, se le iba a hacer muy difícil ser el chico decente que alguien como ella se merecía.

–He tenido que valerme yo sola durante mucho tiempo –le explicó, llevándose la mano a la sien–. Para eso sirve esto.

–Cerebro y músculo –dijo él–, una combinación perfecta.

Pero estaba pensando en otras combinaciones perfectas, como la suavidad de ella y su propia dureza, besar aquellos labios con los suyos, abrazar su pequeña figura con su enorme cuerpo.

Ella acababa de decir que había estado sola durante mucho tiempo. Se le ocurrió que tendría necesidades. Y él quería ser quien las cubriera, pensó, y se apresuró a concentrarse en las piedras.

Pero ese momento de conciencia se quedó con él y, según trabajaban codo con codo, estaba demasiado pendiente de ella. No sabía por qué, pero cuanto más duro

trabajaban, mejor olía ella. Una fragancia a limón y especias impregnaba el aire a su alrededor. La piel de sus brazos se iba poniendo morena bajo el sol. Sus hombros relucían ligeramente por el sudor y algunas gotas le recorrían el cuello y desaparecían entre aquellos senos pequeños y perfectos.

Pero a pesar de que no lograba concentrarse del todo y, por la mirada que le había lanzado ella, parecía que ella tampoco, le gustaba ver lo bien que trabajaban juntos, lo bien que se complementaban.

Aunque a ella le gustaba trabajar, no era de esas insoportables mujeres que tienen que probar algo. No había lucha de poder, ni competición. Le dejaba a él el trabajo más duro. No se quejaba porque se le rompiera una uña y, cuando él le lanzó una lombriz que acababa de desenterrar, no pegó un grito y echó a correr, se la quitó y se la lanzó a él siguiéndole el juego.

Era justo el polo opuesto a la mujer que estaba con su sobrina y a todas las mujeres que él había conocido hasta entonces. Era un soplo de aire fresco. Y aumentaba su sensación de que su mundo estaba completamente trastocado, lo que le resultaba impresionante y excitante.

Trabajaban y la conversación fluía entre ellos. Él le contó los últimos avances de O'Henry y habló de Michelle en términos generales, evitando a conciencia el tema de su madrina.

Jessica le habló de un gran pedido de semillas, de plantas en las que estaba trabajando y de las que había encontrado para poner en el estanque. Eran unos nenúfares blancos, mezcla de pureza y sensualidad.

Mientras ella hablaba, varias imágenes acudieron a la mente de Brian: la veía en su jardín, o trabajando en sus hierbas en la cocina, y estaba feliz. La felicidad era algo tan raro en aquellos tiempos... Le vino una imagen de ella sentada en un banco junto a aquel estanque, algún día, leyendo el periódico y con el perro junto a sus pies. Y en esa imagen, él, Brian Kemp, estaba sentado a su lado, tan feliz como ella.

Se dio cuenta, sorprendido, de que empezaba a pasarle algo que siempre se había prohibido al pensar en mujeres: empezaba a plantearse un futuro junto a ella.

A mediodía habían terminado los dos huecos del estanque y colocaron el revestimiento de plástico que formaba el suelo. Ella iba escogiendo las piedras para cubrirlo como si le fuera la vida en ello.

—¿No podemos simplemente tirarlas dentro? —bromeó él.

Ella sacudió la cabeza y siguió colocando las piedras para que armonizaran en tamaño, color y textura. Él contempló su rostro concentrado y de pronto se dio cuenta de que estaba hambriento. Fue a comprar unas hamburguesas y se las comieron junto al estanque.

La verdad era que, aparte de que se seguía distraendo con sus labios y su ombligo, Brian se sentía tremendamente cómodo junto a ella. Feliz.

Estaban terminando de comer cuando O'Henry se acercó a él con algo blanco entre los dientes. Quería jugar a que se lo quitara.

–¿Qué es eso? –le preguntó a Jessica.

Ella no respondió. Miraba al perro como si se arrepintiera de haberlo salvado de la muerte. Brian tuvo un destello de comprensión.

–No será ropa interior tuya...

–No importa.

–Claro que sí. Voy a hacer que me la dé.

–No, por favor, no es necesario. Tengo un montón...

Por todos los santos, la mujer estaba enrojeciendo como una de sus magníficas rosas. Él lo encontró muy gracioso. Se rió en alto e intentó sujetar al cachorro.

–¡He dicho que no importa! –gritó ella, casi histérica.

–Oye, tú eres la que lleva camisetas hablando de ropa interior. Ahora tengo que ver la tuya.

–No.

Ella se levantó y trató de agarrar al perro, pero se escapó juguetón. Brian lo acorraló y logró poner la mano sobre el preciado objeto, pero el cachorro salió corriendo. Al momento, Jessica salió tras él. ¡Era un perro increíble! Se paraba en seco, salía a toda velocidad, saltaba, giraba... Pero igualmente increíble era Jessica. Lo perseguía con la energía de una joven. Brian observó encantado cómo se le pegaba al cuerpo la camiseta, cómo se le soltó la bandana, dejando los rizos volar al viento.

Finalmente, se dio por vencida. Se tumbó boca arriba, tratando de recobrar el aliento y mirando compungida al cielo.

El perro también estaba cansado. Brian hizo un último intento y por fin consiguió hacerse con el premio. O'Henry se tumbó junto a Jessica, buscando su afecto.

–Olvídalo –le dijo ella–. Traidor. Eres un perro muy, muy malo.

Pero ante los gemidos de tristeza del cachorro, su corazón se ablandó y le hizo algún cariño.

Brian llegó junto a ella y se sentó. Vio que ella no iba a ablandarse con él. Lo miró y extendió la mano. Él negó con la cabeza.

–Me lo he ganado justamente.

–Perverso.

Él puso cara de sátiro y desdobló el premio. Las braguitas apenas habían resultado dañadas por los dientes del perro. Eran blancas y lisas, sin ningún elemento sexy: ni tanga, ni encajes, ni seda. Eran simples, puras, hasta inocentes. A Brian le recordaron a los nenúfares del estanque. Y por alguna razón que no llegaba a comprender, le parecieron las braguitas más sexy que había visto nunca. Tal vez fuera porque podía imaginárselas sobre aquel culito respingón, o protegiendo su precioso ombligo.

–¡Deja de mirarme así! –ordenó ella, arrebatándole las braguitas y haciéndolas una pelota.

–¿De mirarte cómo? –preguntó él, poniendo cara de sátiro de nuevo.

–Como un arqueólogo que hubiera descubierto la tumba de Tutankamón.

Así era exactamente como se sentía. Como si hubiera descubierto un tesoro inesperado. Y ese tesoro estaba ahora hecho una bola y dentro de un bolsillo de los shorts de Jessica. Ella miraba a todos lados menos a él.

–¿A qué se parece esa nube? –le preguntó, intentando escapar de aquella vergonzosa situación.

–A unas braguitas –respondió él.

Ella le golpeó el brazo

–De acuerdo, a un nenúfar –rectificó, divertido.

–Oh, eso es genial.

¡Si ella supiera! Brian se frotó el brazo donde había recibido el golpe, agarró la muñeca de ella y la besó por dentro.

–Creo que son unas braguitas preciosas –afirmó sinceramente.

–Oh, venga, déjalo ya. No es eso lo que piensas. Piensas que soy patética, anticuada, nada sexy. Una monja de vacaciones, como diría tu sobrina.

–No, déjalo ya tú –respondió él, besándole de nuevo el interior de la muñeca–. El hombre que crea que no eres sexy es un imbécil.

Ella se quedó muy quieta.

–Creo –continuó él–, que tú en braguitas estás mucho más sexy que muchas con tanga, y te lo digo de verdad.

Ella se apoyó en un codo, lo miró desconfiadamente y enseguida la desconfianza desapareció.

–Lo dices de verdad.

–Ser sexy es una actitud que la mujer lleva consigo, haga lo que haga. Tu persecución del perro ha sido la cosa más sexy que he visto nunca.

–Qué dices –protestó ella, golpeándole el brazo de nuevo. Pero sabía que le había gustado.

–Tan sexy –continuó él–, que creo que será mejor que busquemos esos neumáticos de los que hablaste y vayamos a la poza a refrescarnos. Antes de que no pueda seguir controlándome.

Sus ojos se fijaron en aquellos labios irresistibles. Estaba comportándose lo mejor que podía, pero era necesario que corrigiera ese mal concepto que ella tenía de sí. Sólo un beso.

Ese beso lo confirmó todo. Jessica era sexy sin ni siquiera proponérselo. Brian se puso en pie. Le iba a resultar difícil ser un buen chico a su lado.

Jessica se lo quedó mirando atónita. Era increíble, él no estaba bromeando. Realmente la encontraba sexy, incluso después de que aquel estúpido perro hubiera sacado sus peores braguitas del fondo del armario. Últimamente había renovado su ropa interior con piezas de seda y encaje, viendo que su vida iba en una dirección que antes no había previsto.

Estaba contenta con su vida antes de que Brian apareciera en ella, pero con él se

había dado cuenta de que tenía carencias. Las cosas más mundanas parecían divertidas a su lado. Hacer un agujero, inflar unos neumáticos, perseguir a un perro, comer hamburguesas junto a un estanque a medio construir... Brian Kemp estaba haciendo que se enfrentara a lo que menos le gustaba de sí misma: mientras sus plantas florecían gloriosamente, su vida se había ido marchitando.

–Voy a ponerme el bañador –anunció ella.

–¿Un biquini? –preguntó él, esperanzado.

–Lo siento –se disculpó ella–. Me pasa como con la ropa interior.

Eso no era del todo cierto. Había ido en busca del bañador perfecto desde que habían hablado de la posibilidad de su segunda cita. Y después de probarse millones, se había decidido por uno blanco liso, con escote cuadrado, que resaltaba su figura. Había comprado un pareo a juego que era tan delicado como una tela de araña. Se lo ató con un nudo en la cadera, se calzó las sandalias y fue hasta la puerta de atrás.

Él estaba sentado en el porche y se había puesto el bañador. Tenía las piernas tan bronceadas y musculosas y tan apetecibles como el resto de su cuerpo. Llevaba una toalla colgando del cuello.

Se puso en pie y silbó suavemente.

–Señorita, usted sola podría destruir la industria del biquini.

Ella rió nerviosa, y le encantó el sonido de su propia risa. Porque hasta entonces ella era la chica seria, la estudiosa, la sombría.

La chica sexy. Puede que nunca fuera demasiado tarde para cambiar de imagen. Tomó a Brian de la mano y lo llevó al interior del bosque, por un sendero custodiado por cedros gigantes. Siempre le gustaba descender el río en aquel hermoso bosque, pero esa experiencia parecía nueva y más excitante, la más maravillosa de las aventuras.

¿Qué estaba sucediendo? ¿No era que la vida la estaba invitando a participar en la mayor aventura de todas, en la aventura de enamorarse? Sintió la firmeza de la mano de él en la suya y lo miró. El corazón se le ensanchó en el pecho: para esa aventura, le proponían a un hombre guapísimo, seguro de sí mismo, divertido...

¿La aventura de enamorarse? «Oh, Jessica, mi niña», pensó para sí, «es demasiado pronto» Pero, ¿lo era? ¿No había esperado su corazón catorce largos años, porque sabía que Brian Kemp era él?, ¿creyendo lo que no se permitía creer, que él volvería?, ¿que ella tendría una segunda oportunidad?

Eso era él. Brian Kemp era su segunda oportunidad.

Consideró la posesividad de aquellas palabras: era su hombre.

El hechizo que se había dado años atrás había sido real, y lo había traído de vuelta a ella. Al final, el corazón de él no había podido resistirse a lo que habían compartido aquella noche. Ella comprobaba a menudo que la magia existía. Los milagros les sucedían a aquellos que se permitían creer en ellos.

¿Y no era el amor el mayor milagro de todos?

Una parte de ella se asustó con el reciente descubrimiento. Pero al momento fue

consciente de que el miedo la había apartado de la vida durante demasiado tiempo. Su vida había estado bien pero, ¿había tenido aquella chispa que sentía ahora?

No, porque cuando se trataba de amor, se había dejado llevar por la desconfianza y el miedo. Se había acostumbrado a vivir a medias.

En ese momento decidió, firmemente, que era mejor sufrir si llegaba el caso, que vivir a medias. No quería perderse lo mejor de la vida por inseguridad suya.

Se agarró más fuertemente a Brian. Y una voz en su interior la animó: «Confía. Confía en esa luz que ofreces tan generosamente a los demás. Confía»

Él se miró la mano, con cara de sorpresa.

–Mujer –le dijo–, a tu lado tiemblo.

Mujer. Ya no era más una niña. Así que adelante. Había llegado el momento.

–Tú también me haces temblar.

Y salió corriendo con el neumático al hombro, llena de alegría y esperanza, sintiéndose tan viva como cuando era niña. Con un grito de placer llegó al último recodo del sendero, que terminaba en el río. Oyó a Brian detrás de ella, se desató el pareo y lo dejó caer al suelo. Oyó su silbido apreciativo, se giró guiñándole un ojo y se zambulló en el río.

Igual que estaba haciendo con su vida. Y experimentó la maravillosa sensación del agua fría y vigorizante despertándola, como si antes hubiera estado dormida.

Se volvió y vio a Brian de pie en la orilla, contemplándola.

–Mojado es aún mejor –le dijo él, con la vista clavada en el bañador.

Lo salpicó, pero él lo evitó ágilmente.

–¿Está tan fría como parece?

–¡Más aún! –contestó ella, con entusiasmo–. ¡Métete! Está estupenda.

Él sumergió el dedo del pie, lo sacó, arrugó la nariz. Ella rió porque pensaba que él iba a ser el atrevido. Pero el amor la estaba haciendo audaz a ella, que salió del agua y lo persiguió hasta llevarlo junto a la orilla. Él se quedó firme como una roca, divirtiéndose con los intentos de ella por meterlo en el agua. Al cabo de un poco, la tomó en brazos y la sacó del arroyo. Se la comía con los ojos, y justo cuando ella pensó que iba a besarla, ¡la lanzó al agua fría!

Ella salió escupiendo agua, unió sus brazos como si tuviera un bate de béisbol y golpeó la superficie, salpicándolo de lleno. Apenas tuvo tiempo de apreciar aquel magnífico cuerpo empapado, porque él se metió en el agua y se acercó a ella salpicando también. ¡Era la guerra! Jugaron hasta que ambos estuvieron empapados y al borde de la histeria, de tanto reír.

Finalmente, exhaustos, fueron a buscar los neumáticos. Se acomodaron cada uno en el suyo, con el trasero en el agujero, los brazos y piernas colgando y la cabeza orientada hacia el sol. Se agarraron de la mano y dejaron que la corriente los llevara. Fueron descendiendo el río hablando de todo un poco, riéndose de las formas de las nubes y de los peces que a veces les mordisqueaban los dedos de los pies. O'Henry nadaba a su lado y parecía disfrutar de la felicidad que emanaban.

Entonces, ella volvió a sentir la sensación de alegría y energía en su interior, se bajó del neumático, fue buceando hasta el de Brian y le tiró de él. Estaban en un claro profundo, con el agua tranquila y transparente.

Nadaron juntos, salpicándose y riendo hasta que, sin saber cómo, ella se encontró rodeada por los brazos de él. Su cuerpo mojado se apretaba contra el de él mientras la sujetaba firmemente con un brazo y con el otro nadaba y los mantenía a flote.

De repente, él la besó y con la mano libre le acarició el pelo. Ella contestó a su beso, primero en broma y después arrebatada por el deseo.

–Vamos a hundirnos –avisó, casi sin aliento.

–Qué forma tan estupenda de morir –contestó él, y la besó aún más apasionadamente.

Sus cabezas se sumergieron bajo el agua, pero sus labios se mantuvieron unidos y él la abrazaba fuertemente. Segundos después salieron a la superficie, jadeando.

–¿Ésta es tu idea de ir despacio? –preguntó ella.

–Se me está yendo un poco de las manos –admitió él, sonriendo como un niño.

–Brian...

–¿Sí?

Ella acercó su cuerpo mojado a él tanto que podía sentir cómo el calor de su deseo calentaba el agua a su alrededor.

–Estoy cansada de ir despacio.

–Jessica...

–¿Sí?

–Yo también.

Iba a seducirlo. Era así de simple. Era la primera vez que seducía a alguien, así que se maravilló de lo fácil que le resultaba.

–Vamos a mi casa –ordenó.

Salieron del agua y fueron persiguiéndose a través del bosque, parando de vez en cuando para tomar aliento entre risas, para tocarse, para besarse. Finalmente llegaron al claro que estaba junto a la casa.

–No sabía que nos habíamos alejado tanto siguiendo el río –dijo él–. Nos ha llevado una eternidad volver aquí.

–Catorce años –apuntó ella.

Atravesaron el jardín corriendo y llegaron hasta la puerta trasera de la casa. Jessica la abrió, agarrada de la mano de él.

Y se paró en seco.

Michelle estaba dentro de la casa, mirando hacia la puerta, rodeada de flores recién cortadas y concentrada en reunir las en ramos armoniosos.

Sentada frente a ella, con la espalda dando a la puerta, había una mujer cuyo pelo negro caía como una abundante cascada por su espalda.

–¡Tío Brian! ¿Dónde has estado? Te han llamado de la comisaría. Pensé que si no atendías el teléfono, debías de estar trabajando en el estanque, pero no estabas allí.

Decidimos esperarte. El que llamó dijo que era una emergencia. La piel mojada de Jessica, que momentos antes ardía, de repente estaba fría como el hielo, y no precisamente por la emergencia policial. Soltó la mano de Brian.

La mujer se volvió.

–Hola, Brian –dijo suavemente.

Sus ojos se fijaron en Jessica, pero no pudo apreciar en ellos la misma sorpresa al reconocer a la otra. Aquellos ojos eran tan hermosos como zafiros e igualmente fríos. Unas espesas pestañas llenas de maquillaje se cerraron sobre ellos mientras la examinaban con detenimiento, juzgándola.

Era Lucinda Potter.

Jessica se sentía como si el mejor de los sueños se hubiera convertido en una terrible pesadilla.

Brian maldijo en voz baja y suspiró, asumiendo que siempre hacía las cosas mal.

–Jessica, ¿te acuerdas de Lucinda?

## Capítulo 8

Brian no sabía cuál sería el problema en el trabajo, pero seguro que no podía competir con el que acababa de encontrarse. Su peor pesadilla estaba sucediendo en la pequeña y abarrotada cocina de Jessica.

Ella había soltado su mano como si le quemara, como si él se hubiera convertido en un monstruo en un abrir y cerrar de ojos. Él intentó captar su mirada, pero ella estaba repentinamente interesada en arreglar el nudo de su pareo.

Mientras tanto, Lucinda lo miraba con los ojos un poco entornados, algo que él siempre había encontrado muy sexy, la cabeza ladeada y una ligera sonrisa en sus labios rojos.

Sólo que ahora la mirada no le parecía sexy, sino artificial y estúpida. Después de haber visto unas braguitas blancas lisas, ya nunca podría volver atrás, pensó. Y además, Jessica no se había perdido ni un matiz de la mirada que Lucinda le estaba dirigiendo.

Suspiró. No podía mantenerse allí bajo presión. Sabía que no le hubieran reclamado del trabajo si no era una emergencia.

–¿Puedo usar el teléfono? –preguntó.

Jessica asintió secamente y le indicó el teléfono colgado de la pared. Él intentó conectar con ella mientras se dirigía a llamar, pero ella le dio la espalda y se preocupó de O’Henry. Brian pudo ver fugazmente sus ojos, que habían perdido toda su animación. El dorado del sol parecía abandonar su piel, estaba pálida y casi temblando.

La estaba haciendo daño sin intentarlo siquiera. No era él quien iba en busca del desastre, el desastre lo perseguía. ¿Cómo había creído que Jessica y él harían una buena pareja? Lucy era más su tipo, una mujer más difícil de hacer daño.

–No tienes por qué llamar –dijo Lucinda, jovialmente–. Sólo voy a estar unos días por aquí. Podrías hacer como que no has recibido el mensaje.

En realidad, no podía hacer eso, y le molestó que ella lo sugiriese delante de Michelle. Le lanzó otra mirada a Jessica, que seguía centrada en el cachorro. Ella era una mujer incapaz de fingir o mentir para salirse con la suya.

–Ciertamente, no me gustaría que algún desastre social te arruinara los planes, Lucinda –respondió él con sarcasmo.

Ella sonrió ampliamente.

–Justo lo que yo decía.

Él se dio cuenta de que había sonado como si fuera a hacerle caso. Era un desastre en estas situaciones comprometidas. Lanzó otra mirada a Jessica: estaba rascando las orejas del perro con tanta energía que parecía que se las iba a arrancar. Pensó en avisarla, pero no quería avergonzarla y menos delante de Lucinda. Tenía que controlar demasiadas cosas ya.

–Voy a cambiarme –murmuró Jessica súbitamente, y salió de la cocina con el perro siguiéndola.

Él quería salir detrás de ella. Tal vez ella lo adivinó, porque cerró la puerta del baño con un portazo. Brian se planteó subir a buscarla de todas maneras, pero desistió y descolgó el teléfono.

–Te dije que llamaría –dijo Michelle a su tía, y suspiró.

Por lo que parecía, el problema del trabajo rivalizaba con el de casa de Jessica. Una persecución se había convertido en algo peligroso cuando el fugitivo había chocado contra el surtidor de una gasolinera, liberando la gasolina que ahora estaba por todas partes. El hombre se había encerrado en la tienda de la gasolinera y había amenazado con disparar a quien se moviera, y eso incluía también a cualquiera que intentara cortar la llave del combustible. Era uno de los cruces más importantes de la ciudad, estaban cortando las calles y evacuando las casas y las empresas de los alrededores. Detrás de la gasolinera había una iglesia que estaba con un grupo de niños en catequesis cuando la crisis había estallado. Eran treinta y tres niños atrapados entre un loco con una pistola y la posibilidad de una explosión.

Todos los hombres y mujeres disponibles estaban siendo reclutados. Para contener la crisis, para ayudar en las evacuaciones, para dirigir el tráfico. Brian se imaginó lo que no le decían: «O para limpiar tras la catástrofe»

Brian no podía hacer nada respecto a la situación que tenía donde Jessica, al menos no era una situación de vida o muerte.

–Tengo que irme –anunció lacónicamente mientras colgaba el auricular–. Gracias por haber venido a traerme el mensaje, Michelle. Has hecho lo correcto.

De acuerdo, eso tendría unas consecuencias que aún no había llegado a imaginar, pero aun así había hecho lo correcto.

–¿Cómo es que tienes que ir a trabajar, tío? –preguntó Michelle, preocupada.

Hoy volvía a llevar maquillaje, aplicado con manos expertas. Brian pensó que la hacía parecer demasiado mayor. Y su ropa era demasiado atrevida para una chica de trece años. Tendría que hablar con ella de eso. O tal vez Lucinda.

Pero eso no era una prioridad en ese momento. Su prioridad era protegerla.

–Es sólo un pequeño accidente.

–No, no lo es –replicó Michelle–. No te habrían llamado en tu día libre si fuera así. Tío Brian, no vayas.

–Eso –se unió Lucinda, haciéndole ojitos–, no vayas.

Él le lanzó una mirada que esperó que interpretara como mirada asesina. Resultó que le parecía atractivo. Se humedeció los labios y se colocó la mata de pelo sobre el hombro.

Desafortunadamente, justo cuando Lucinda estaba con su numerito de chica del gángster, Jessica entró en la cocina. Se había cambiado el bañador por un traje color melocotón que le daba pinta de dentista.

–Tengo que irme –le dijo Brian.

Miró en torno suyo. Estaba logrando un récord: Michelle lo miraba furiosa, Lucinda se hacía la ofendida, y Jessica... a Jessica parecía que se le había roto el corazón.

Brian la agarró por el codo, sintió su resistencia, pero no tenía tiempo de ser más amable. La obligó a acompañarlo a la puerta trasera.

–Mira, lo siento. Ahora no puedo explicarte por qué está ella aquí.

–No tienes que darme explicaciones.

Estaba intentando con todas sus fuerzas mantener su orgullo y comportarse como si no le importara lo que tenía que decirle sobre Lucinda.

–Escúchame –le ordenó Brian.

Le contó lo que estaba pasando tan rápido como pudo. Una profunda preocupación se instaló en los ojos de ella y apagó su expresión, pero rápidamente lo disimuló.

–No hay forma de controlar a Lucinda, pero intenta que Michelle no vea la televisión –le pidió él en voz baja.

Que él supiera que Lucinda era incontrolable no era un punto a su favor, pensó Brian, pero siguió adelante.

–Y si puedes evitar que salgan de aquí, mejor. Encenderían la radio en cuanto se subieran al coche. O las pararían en un control de carretera y se enterarían.

–¿Quieres que entretenga a tu ex novia?

Quiso protestar de que Lucinda no era su ex novia, pero lo era, y el recuerdo de la intimidad que habían compartido meses atrás aún brillaba en los ojos de ella.

Muy bien, tenía algunos asuntos que resolver en su vida, asuntos importantes. Pero en aquel momento, los asuntos profesionales se anteponian. Además, se manejaba mejor con ellos.

Sintió una necesidad urgente de besar a Jessica, como si con ello pudiera explicar todas las cosas que no tenía tiempo para decirle ni sabía cómo hacerlo. Pero cuando se inclinó sobre ella, ella se escapó por debajo de su brazo y se marchó.

–Confía en mí –le rogó él.

Ella se giró y lo miró con ojos grandes y llenos de dolor. Luego cerró con un portazo.

Él se giró y se subió corriendo a la camioneta.

Jessica se apoyó en la puerta. La cabeza le daba vueltas. Había estado a un paso de olvidarse de toda su cautela, dejarse llevar por el hechizo que se había formado entre ellos durante semanas, y hacerle el amor a Brian Kemp. Era algo totalmente inusitado para su forma de ser. Y la triste verdad era que nada, salvo un desastre, la hubiera detenido. Así que, el cosmos había intervenido y le había provisto de uno.

De dos, de hecho. Por un lado estaba el que sucedía en la ciudad, y que la llenaba de pánico sólo de pensar que Brian se dirigía allí; por otro lado, Lucinda Potter estaba sentada en su cocina, totalmente fuera de lugar con su traje de seda de diseño.

Lucinda Potter era la madrina de Michelle, y por alguna razón Brian no le había

contado ese pequeño detalle. Y antes de que le pudiera pedir cuentas por ello, le habían reclamado para una misión terriblemente peligrosa.

¿Cómo podía estar tan furiosa con un hombre que se estaba jugando la vida, un hombre que lo arriesgaba todo por servir a sus conciudadanos?

Aquella situación superaba sus peores pesadillas.

Jessica siempre había atendido a las necesidades de Michelle, y también lo haría en esa ocasión. Tenía que dejar de lado lo personal y hacer lo que Brian le había pedido. Dejaría de lado su deseo de encerrarse en su habitación y lamentarse entre su corazón roto y la preocupación. Eso podría hacerlo al día siguiente, pero en aquel momento tenía que lograr que Michelle no se acercara a la televisión ni a las noticias de la radio, incluso si para lograrlo tenía que mantener a Lucinda en su casa.

No tenía ni idea de cómo hacerlo. A la vista estaba que los años no habían cambiado mucho a Lucinda. No tenían nada en común, ¿cómo iba a lograr que se quedara en su casa?, ¿hablándole de horticultura? No parecía que fuera a interesarle demasiado.

Sintiéndose como un soldado que va a la batalla, se encaminó a su cocina con la barbilla levantada.

—¿Alguien quiere té?

Lucinda resopló.

Menudo comienzo, pensó Jessica.

—¿Quieres alguna otra cosa?

—¿No tienes nada más fuerte que el té?

En un momento de inspiración, supo exactamente cómo iba a mantener a Lucinda allí.

—Por supuesto que sí —respondió inocentemente.

Fue a la alacena y buscó el licor de melocotón que hacía su tía, un licor fortísimo pero que entraba muy suave, sin avisar de su poder. Tenía un sabor muy agradable, tan inocente como beber un vaso de vino, pero pegaba muy fuerte.

Mientras le quitaba el polvo a la botella, vio que Michelle le hacía señas claras sin que Lucinda la viera. La ignoró y le sirvió un vaso del licor de la tía Hetty. Normalmente, un vaso era suficiente para tumbar a los tipos más duros. Debería bastar para evitar que ella saliera de su casa o siquiera encendiera la radio o la televisión.

Lucinda contempló el vaso con disgusto y probó un sorbo con un poco de asco. Entonces abrió los ojos con sorpresa.

—Pero bueno, ¡qué rico! —exclamó, relamiéndose—. Increíble. ¿Lo haces tú misma? Jessica sintió que, por primera vez, tenía algún valor para Lucinda.

—Es una vieja receta de familia.

—Está delicioso —dijo Lucinda, bebiendo otro sorbo.

Michelle fulminó a Jessica con la mirada.

—¿Ibas agarrada de la mano del tío Brian cuando entraste por la puerta? —

preguntó.

«Ojo por ojo y diente por diente», pensó Jessica. Como no había atendido a los ruegos de Michelle de no servirle alcohol a su madrina, ahora ella se estaba vengando.

–¿Agarrada de su mano? –preguntó Lucinda, abriendo los ojos.

Ella estaba de espaldas cuando Jessica y Brian habían entrado. Contempló a Jessica de una forma completamente nueva y bebió otro sorbo del vaso, entornando los ojos.

–No íbamos agarrados de la mano propiamente –explicó Jessica.

No estaba acostumbrada a mentir, y sentía que la nariz se le estaba poniendo roja. No iba a mostrar la humillación de su corazón roto a aquella mujer.

–Me escurrí en las escaleras y él me ayudó a ponerme en pie.

Michelle la miraba escéptica.

–Parecía que os lo estabais pasando muy bien. A menos que tus mejillas estuvieran sonrosadas por algo más.

–¡No, por reírnos! A veces la gente se ríe cuando se cae, para así tapar la vergüenza que sienten.

–¿Algo más? –preguntó Lucinda, con recelo.

Recorrió a Jessica detenidamente con la mirada y descartó la posibilidad.

–Francamente, no pareces el tipo de Brian. Le gustan las mujeres más resultonas.

–Deberías haber visto a Bambi –murmuró Michelle.

–¿A quién? –preguntó Lucinda, con demasiado interés.

–No importa –respondió Michelle.

Lucinda decidió centrarse en la oponente que conocía.

Jessica era consciente que no había sido su oponente hacía años, y lo era aún menos ahora. Venían de mundos totalmente diferentes. Lucinda era estilosa, sofisticada y muy guapa, tenía glamour. Seguramente nunca tenía las uñas sucias ni se encontraba con arañas en su almohada.

La pregunta era, ¿a qué mundo pertenecía Brian? «Al mío», pensó Jessica. Pero eso no significaba que fuera a escogerlo. La última vez no lo había hecho.

–¿Cómo conociste a Brian? ¿Y a mi ahijada? Cuando él nos ha presentado, ¿no te ha preguntado si te acordabas de mí?

–El tío Brian conoce a Jessica del instituto.

Jessica se sentía como un insecto observado por el microscopio. Lucinda entornó los ojos, tomó un trago largo de su bebida y estudió a Jessica.

–¿Del instituto? –preguntó con detenimiento–. No, no lo creo. No recuerdo a nadie que se llamara Jessica.

Que la hubiera olvidado completamente era más humillante que cualquier recuerdo que pudiera tener de ella, pensó Jessica. Ni siquiera recordaba lo mal que se lo había hecho pasar.

–No nos conocíamos –afirmó Jessica.

–Jessica era una pringada –intervino Michelle, rematando la jugada.

–Oh, eso lo explica todo –concluyó Lucinda.

Se rió tontamente y Jessica se dio cuenta de que se había bebido casi la mitad del vaso de licor.

–Michelle, ¿te he contado alguna vez cuando tu madre y yo nos metimos en el servicio de los chicos? Fingimos que estábamos haciendo un cuestionario. Fue para morirse de risa.

Tanto Michelle como Jessica esperaron a que les contara la parte divertida, pero Lucinda debió de pensar que era evidente. Dio otro largo trago al vaso y empezó con otra batallita. Terminó diciendo:

–Amanda era la mejor, ¿a que sí, Michelle?

–La mejor –repitió ella.

Algo en su voz hizo que Jessica la mirara preocupada. Michelle parecía estar a mil leguas de distancia, como si contemplara a su madrina detrás de un cristal.

–Brian y yo salíamos en el instituto –comentó Lucinda–, ¿sabíais eso?

–Sí –respondió Jessica con tristeza.

–Yo no lo sabía –contestó Michelle, y pareció volver por un momento de su lejanía. Frunció el ceño.

–Estuvimos a punto de casarnos –continuó Lucinda, y suspiró–, ¿sabíais eso?

–No –contestó Jessica, frenándose para no añadir que estaba muy bien sin saberlo.

–Yo tampoco sabía eso –dijo Michelle, frunciendo aún más el ceño–. ¿Por qué nunca me lo ha contado?

–Cariño, no pongas esa cara. Te saldrán arrugas antes de tiempo. Pues sí, no casarme con Brian fue un gran error –continuó, como si las otras no hubieran dicho nada.

Observó su bebida, bebió un trago y después otro.

–Esto es realmente bueno. Yo quería que fuera abogado, como Kevin. Pero no parecía dispuesto a que lo convenciera, así que me fui con Kevin y Amanda a Toronto y allí conocí y me casé con el abogado con el que siempre había soñado –dijo, y tomó otro largo trago–. Otro de mis errores.

Soltó un hipo. Michelle le dirigió una siniestra mirada a Jessica.

–Michelle –se apresuró a decir Jessica, esperando cortar a Lucinda antes de que entrara en temas más personales–, ¿cómo van tus arreglos florales? ¿Tienes muchos pedidos?

Michelle, que había estado separando y distribuyendo las flores, las dejó a un lado, entrelazó sus manos y le dirigió una mirada terrible.

–Mi tía y yo íbamos a ir de compras –dijo–, pero dudo mucho que ahora vayamos a hacerlo.

–No digas tonterías. Me termino el vaso y nos vamos –murmuró Lucinda.

Jessica sabía que nadie terminaba un vaso del licor de tía Hetty y se iba pero,

¿cómo lo sabía Michelle?

–Esos arreglos florales son los más bonitos que he visto nunca –continuó Lucinda–. De hecho, éste es el lugar más bonito que he visto nunca. Es adorable.

Aunque lo decía con una sonrisa, Jessica percibió que «bonito y adorable», para Lucinda era lo mismo que «aburrido y monótono»

–Gracias.

–Perdona, ¿me has contado cómo volviste a entrar en contacto con Brian? –preguntó Lucinda.

–No, no lo he hecho –respondió Jessica.

Y no se lo iba a decir. La relación entre Brian y ella era privada. Incluso hasta hacía unos momentos, hubiera dicho que era sagrada. No iba a permitir que Lucinda la observara con su microscopio.

–Voy dar de comer a O’Henry –dijo súbitamente Michelle, levantándose de la mesa.

Algunas flores cayeron al suelo, pero ella las ignoró.

–¿Por qué no vienes conmigo, Jessica?

La comida de O’Henry no estaba fuera, pero Jessica la siguió hasta la puerta trasera.

–No sabía nada de ella y el tío Brian –confesó Michelle, preocupada pero aún enfadada–. ¿Crees que está aquí por eso? ¿Crees que quiere volver con él?

Había un toque de pánico en su voz.

–No lo sé –respondió Jessica, intentando que sonara tranquilizador.

–¿Por qué lo has hecho? –inquirió Michelle, quejumbrosa.

–¿El qué?

–¡Servirle una copa!

–Ella lo pidió –le recordó Jessica.

–Verás, ella nunca toma sólo una copa. Igual que mi madre –afirmó Michelle furiosa.

En el silencio que siguió, pareció darse cuenta de lo que acababa de decir. Estaba horrorizada.

–No quería que sonara así.

Jessica se preguntó si podría haber sonado de otra manera.

–Está bien, cielo. Tu madre era humana, tenía defectos, como todo el mundo.

–¡No, mi madre era la mejor! ¡Era la mejor!

Se mordió el puño, como si pudiera aliviar así el dolor de su corazón. Jessica se acercó a ella, pero Michelle se apartó y salió corriendo por entre las flores.

Jessica la vio alejarse, sentarse en un banco y abrazar al cachorro. Sabía que estaba llorando. Quería ir a consolarla, pero sabía que a veces hay que dejar que las cosas se calmen solas. Así que, a regañadientes, volvió a entrar en la casa y en la cocina.

Lucinda había terminado el vaso y lo había llenado de nuevo. Llevaba consumida

una parte importante del segundo vaso. Tenía lápiz de labios alrededor de la boca y la mirada algo perdida. Se había puesto una flor en la oreja.

Jessica intentó sentirse avergonzada.

–Es una cría muy divertida, ¿no crees? –preguntó confidencialmente, inclinándose hacia delante–. Es mi deber como su madre, quiero decir como su madrina, ayudarla. Alguien tiene que enseñar a esa pequeña cómo vestir.

Y soltó una perorata sobre lo cualificada que estaba ella para ser la consultora de moda de una chica de trece años. Cuando terminó, también estaba vacío el segundo vaso de licor.

Alargó la mano hacia la botella, y Jessica hizo lo mismo, pero aquélla llegó primero.

–Sólo un sorbito más –dijo, sin que apenas se le entendieran las palabras.

Volvió a llenar el vaso hasta el borde.

–No creo que sea una buena idea.

–Mira, ratoncita... –comenzó, y se rió borracha–, ¿qué tal si no me dices lo que es o no una buena idea?

–De acuerdo –dijo Jessica y se cruzó de brazos.

Ratoncita. Con mucho gusto le hubiera dado otra botella, ya que había terminado la primera. Ningún alma viviente había logrado nunca llegar a la segunda botella del licor de tía Hetty.

¿Compartiría Brian la visión de Lucinda? ¿La vería a ella como una ratoncita? Cuando la había perseguido por el bosque no actuaba como si fuera tras una ratoncita, desde luego. Pero ella sabía que no conocía a los hombres y sus motivaciones, y estaba demasiado dispuesta a enaltecer a Brian, porque le gustaba demasiado.

–Te diré lo que es una buena idea –comenzó Lucinda, muy alto–. Una buena idea sería que Brian y yo lo intentáramos de nuevo. Esa niña necesita una madre, ¿quién mejor que yo? Ya soy su madrina. Era la mejor amiga de su madre. Brian y yo siempre hemos conectado bien. Siempre.

Se preocupaba de pronunciar adecuadamente cada palabra a grito pelado.

–No creerás que tienes ninguna oportunidad con él, ¿verdad? –le preguntó a Jessica, cruelmente.

–Ni me lo había planteado –mintió ella.

–Mejor.

Súbitamente los ojos de Lucinda se llenaron de lágrimas y despegaron parte de las pestañas postizas, que se quedaron por sus mejillas.

–Le dejé marchar –se lamentó–. No puedo creer que le dejara marchar.

Y sin previo aviso se le cerraron los ojos, su cuerpo se relajó y la cabeza le cayó sobre la mesa. Aún tenía la mano agarrada posesivamente a la botella de licor. Cuando Jessica intentó retirársela, apretó aún más la garra y murmuró:

–Esta vez no le dejaré marchar. Oh, no, aún no he empezado...

La frase terminó en un sonoro ronquido. Parecía que iba a escurrirse al suelo en

cualquier momento. Jessica logró acomodarla como pudo en el sofá, le quitó los zapatos y la tapó con una colcha.

Luego fue a la ventana. Michelle y el perro estaban tumbados en el césped, contemplando las estrellas que comenzaban a brillar en la oscuridad.

Sin apartar la mirada de la chica, Jessica encendió la radio. Estaban retransmitiendo en directo desde el lugar de la tragedia. Habían logrado cerrar los surtidores de combustible y los niños ya estaban fuera de la iglesia. No hablaban de heridos, pero el reportero advirtió que la noche podía ser muy larga.

Jessica vio que Michelle se sentaba, se estiraba, se ponía en pie y se dirigía hacia la casa. A regañadientes, apagó la radio.

–¿Dónde está la tía Lucy? –preguntó Michelle, mirando el rastro de pintalabios sobre la mesa con disgusto.

–Esta... está echándose una siesta.

–Intenté avisarte –le advirtió, tristemente, después de ver a su tía desparramada sobre el sofá.

–Sé que intentaste avisarme –contestó Jessica–. Lo siento.

Pero no lo sentía lo suficiente como para imaginarse haciendo lo mismo con ella para poder encender la televisión y comprobar qué estaba pasando con Brian.

Era una idea descabellada. Con toda la disciplina que poseía, alargó la mano y le revolvió el pelo a Michelle.

–¿Quieres que hablemos?

–No.

–Vale, ¿qué me dices entonces de una partida de Scrabble?

Michelle la miró fríamente, pero luego recapituló.

–Bueno, está bien –dijo, poco animada.

Jugaron al Scrabble hasta casi medianoche. Lucinda no daba signos de despertarse, y aunque lo hubiera hecho, Jessica no la habría dejado conducir.

–Voy a irme a dormir –dijo Michelle por fin–. ¿Crees que el tío Brian estará bien?

–Seguro, cariño.

–¿Estás suponiéndolo, o tienes una intuición?

–Si le hubiera pasado algo, creo que lo habría sabido por dentro.

–Yo también –dijo Michelle.

Agarró al perro en brazos y se dirigió a la habitación que poco a poco estaba haciendo suya.

Jessica esperó todo lo que pudo antes de comprobar que Michelle se había quedado dormida. Entonces fue donde la televisión. Apartó los pies de Lucinda y se sentó en el sofá.

Encendió justo a tiempo para ver el desenlace del acontecimiento. La crisis había terminado. Un policía había sido herido de gravedad en el cruce de disparos.

Jessica se olvidó de respirar del susto. Qué tontería eso de que si le pasara algo, ella lo sabría. ¿Por qué iba a hacerlo? No había acertado casi ninguna cosa acerca de

él hasta el momento. Se abrazó las rodillas. ¿Cuál era la verdad de Brian? A veces creía que lo conocía, sin ninguna duda, y otras todo lo que sabía era la sombra de la duda.

Sabía que lo amaba. Lo que no tenía muy claro era si todo aquello no era una locura.

El teléfono sonó, y ella se levantó de un salto, corrió a la cocina y casi arrancó el auricular.

–¿Diga?

–No he sido yo, Jessica. Estoy bien.

Su voz era grave y áspera. Cerró los ojos y se dejó invadir por ella, experimentando una tremenda gratitud.

Él había sabido que ella estaría pendiente, siguiendo las noticias. Él lo había sabido. Probablemente sabía lo mucho que le importaba y lo que se preocupaba por él.

–¿Michelle está bien? –preguntó él.

–Está durmiendo. Me las arreglé para que se quedaran aquí. Ni siquiera sabe lo que ha pasado.

–Gracias, Jessica.

«Dile que Lucinda, la mujer con la que estuvo a punto de casarse, está durmiendo la borrachera en el sofá»

Pero no lo dijo. Susurrando, antes de que se ablandara más y le abriera completamente su corazón, se despidió:

–Buenas noches, Brian.

Y, sin esperar a su contestación, colgó el teléfono.

Le había colgado. Brian creía que eso no significaba nada bueno. Seguramente estaba en un gran aprieto. No sólo no le había hablado a Jessica de Lucinda, sino que encima la había dejado con ella.

No sabía cómo arreglaría aquello, si es que tenía solución, pero su cansada mente insistía en darle vueltas. Tenía que lograr convencer a Jessica de que Lucinda no significaba nada para él. Tenía que contarle la verdad. Era lo que ella le había aconsejado desde el principio, decir la verdad.

La verdad era que la amaba.

¿Debería volver a llamarla? ¿Y si le colgaba de nuevo? ¿Y si estaba intentando dormir?

La verdad era que aquella la noche, cuando se había producido el cruce de disparos y Lance había caído junto a él, Brian se había preparado para morir él también. Sólo se arrepentía de una cosa: no haber entregado su vida a alguien como Jessica; haber perdido tanto tiempo viviendo en un lugar gris, sin ningún color.

Había sentido un sorprendente alivio al no haberle hecho el amor por la tarde sin comprometerse con ella, habría sido una equivocación...

Puede que fuera bueno que el destino hubiera intervenido para que se diera

cuenta, si sobrevivía, de lo que realmente quería en su vida. Y no quería una aventura más, de eso estaba seguro.

Y cuando todo había pasado y él seguía vivo, cayó en la cuenta de que quizás era demasiado tarde.

Por primera vez en su vida, no iba a salir huyendo de la mujer a la que había hecho daño. Le iba a pedir perdón. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para arreglar las cosas entre Jessica y él.

Ensayó lo que le iba a decir, pero nada parecía lo adecuado. ¡Y entonces lo tuvo! Él era terrible con las palabras, nunca serían suficientes para hacerle comprender a ella que él sabía lo estúpido que había sido.

¿Qué tal un gesto, como por ejemplo ponerse de rodillas y declararse ante ella y pedirle si quería pasar el resto de sus días junto a él?

Se vio a sí mismo abriendo una caja con un anillo, ofreciéndoselo, contemplando la sorpresa en el rostro de ella, su felicidad, las lágrimas de alegría inundando sus ojos.

Un anillo, eso era. Tan sólo necesitaba un anillo.

Y con esa idea en la cabeza, por fin se quitó el uniforme, se metió en la cama y cayó en el sueño más apacible que había experimentado en muchas semanas.

## Capítulo 9

Brian se despertó y notó que algo había cambiado. Apreció el sol entrando por su ventana y el canto de los pájaros en el exterior.

Se dio cuenta de que era feliz.

Era un hombre con un plan, con una misión. Y además, estaba enamorado. Pensó en Jessica y sonrió, recordando cómo le quedaba el bañador, el sabor de sus besos, la mirada de sus ojos. Supo que iba a tener que trabajar duro para volver a poner las cosas en su sitio, pero estaba prácticamente seguro de que la sorpresa que había planeado para ella era justo lo que necesitaba.

Se levantó de la cama silbando. Tenía mucho que hacer. Posiblemente era el día más importante de su vida. No podía echarlo a perder.

Se aseó y dudó qué ponerse: ¿algo elegante, un traje? No, a Jessica le gustaba él tal y como era. Por lo menos hasta el día anterior. Y cuando él volviera a colocar todo en su sitio, volvería a ser así. Se puso una camiseta y unos vaqueros y oyó que la puerta principal se abría.

Michelle entró en la casa, Lucinda la seguía con unas gruesas gafas de sol.

–He oído lo de ayer en las noticias mientras veníamos de casa de Jessica –comenzó Michelle, sin ni siquiera saludar y cruzándose de brazos–. ¿Un pequeño accidente? Media ciudad podía haber saltado por los aires. ¡Podías haber muerto!

El Brian de ayer habría discutido con ella, incluso habría tratado de convencerla. Pero el Brian de hoy se guiaba por el corazón:

–Pero aquí estoy –dijo él.

Y sin avisar, se acercó a su sobrina, la levantó por los codos y se la sentó sobre los hombros, como hacía cuando era pequeña. E igual que entonces, ella empezó a reírse a carcajadas.

–Por favor, un poco menos de ruido –rogó Lucinda, haciendo una mueca y masajeándose las sienes.

–Bebió demasiado anoche –reveló Michelle con cierta alegría cuando Brian la dejó en el suelo.

–Tu amiguita me emborrachó –le dijo Lucinda a Brian–. ¿Quién iba a decir, con su aspecto, que era capaz de eso?

A él no le hizo gracia que Lucinda quisiera echar la culpa de su consumo excesivo de alcohol a otra persona, especialmente a Jessica, que como mucho debía de beber tres o cuatro vasos de vino al año.

Lucinda se ofendió porque él no le daba la razón. Gruñó como una cascarrabias:

–Lo que tiene en esa botella probablemente ni siquiera sea legal. Deberías investigarlo.

–Oh, desde luego que lo haré –dijo él, con cara de póquer.

Pensaba investigar a Jessica a fondo, y en cada habitación posible: en la cocina,

en el baño, en el sótano y en el jardín.

Lucinda levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso?

Brian se dio cuenta de que tenía que llegar a Jessica limpio, sin borrones en su vida. Y eso significaba que todo el mundo tenía que estar en la misma página. Tenía que ordenar su pasado para poder cerrar capítulos, y todo el mundo implicado tenía que saberlo.

—Vamos, Lucy, te invito a comer.

Había llegado el momento de decirle que nunca habría nada entre ellos. Entonces, él sería libre. Libre para ir junto a Jessica y declararle su amor.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Michelle, mirando a uno y a otro alternativamente, con el ceño fruncido de ansiedad.

—Esta vez no —respondió él—. A ver qué te parece esto: Lucinda y yo iremos a un restaurante nuevo que han abierto en el centro comercial y tú puedes quedar con tus amigos para comer una hamburguesa o lo que sea.

La propuesta no pareció calmarla.

Lucinda arrugó la nariz.

—¿Un restaurante en el centro comercial?

Él no estaba dispuesto a pagar los precios de La Guarida del Contrabandista para darle malas noticias. Además, seguramente ella ni se comería lo que pidiera. Si continuaba siendo la Lucinda de siempre, existían muchas posibilidades de que la comida terminara sobre él.

Porque, durante toda su vida, Lucinda había obtenido todo lo que había querido. Y esta vez lo quería a él, pero él ya estaba ocupado.

Ocupado.

Estaba ocupado por una mujer que era toda dulzura, luz y honestidad. Ocupado por una mujer a la que le gustaban las cosas simples y a la que no le importaría ir a comer a un restaurante de un centro comercial.

Tuvo un momento de duda. ¿Y si Jessica le decía que no? ¿Qué tenía él para pensar que se merecía a una mujer como ella? ¿Acaso había visto algo en su expresión el día anterior que le hiciera pensar que diría que sí? La última vez que habían hablado, ella le había colgado el teléfono.

Pero se sacudió las dudas. ¡Claro que diría que no! Pero sólo hasta que él solucionara las cosas. Jessica tenía un don para ver dentro de uno, y siempre había visto lo mejor de él. Tal vez incluso antes de que existiera.

Michelle fue a llamar por teléfono.

—Voy a salir con mis amigos esta tarde, he quedado con ellos en el centro comercial.

Aún estaba molesta porque la habían excluido de la comida con ellos.

—Eso es fabuloso, querida —dijo Lucinda distraídamente—. Tu tío y yo tenemos algunos asuntos que tratar. Asuntos de adultos.

Michelle se ofendió aún más con aquellas palabras. Puso los ojos en blanco y fue hacia la camioneta. El BMW de Lucinda estaba aparcado detrás.

Lucinda estudió la camioneta.

–De verdad, Brian, ¿en qué estabas pensando cuando la pintaste de ese color? ¿No crees que ya es hora de algo más refinado? Debe de tener diez años más que yo.

–Menuda antigualla –murmuró Michelle, ganándose una mirada agria de su madrina.

Brian rió. Su corazón estaba ocupado por una mujer a la que le gustaba su vieja camioneta naranja.

–¿Qué tal si te sigo? –sugirió Brian a Lucinda.

Así no tendría que llevarla de vuelta. Así podría elegir el anillo antes y partir rápidamente a casa de Jessica.

Media hora más tarde, observó a Michelle a través de la ventana del restaurante mientras saludaba a sus amigos. Lucinda estudiaba el menú, y lo que había no la agradaba. Pidió a la carta: una ensalada, de la que quitó y añadió ingredientes varias veces, sin darse cuenta de la mirada molesta de la camarera.

Brian estaba ocupado por una mujer que sería feliz con el plato especial de la casa, la hamburguesa en salsa. Una mujer que habría sabido qué flor era la que la camarera llevaba prendida en el pelo y que le preguntaría dónde la había encontrado.

Lucinda se quitó las gafas. Michelle tenía razón. Parecía una antigualla.

–Supongo que tengo un aspecto horrible.

Era cierto. Se la veía vieja, cansada y tensa. Gracias a Dios, no esperaba respuesta. Puso su mano sobre la de él.

–Brian, creo que debemos pensar en lo mejor para Michelle.

Él frunció el ceño. ¿Lo mejor para Michelle?

–¿A qué te refieres? ¿No te parece una chica de trece años feliz y bien adaptada?

Sobre todo las últimas semanas, en las que había florecido bajo el cuidado amoroso de Jessica. Igual que él.

Lucinda suspiró y le palmeó la mano pacientemente.

–Necesita una madre, una influencia femenina en su vida.

Brian empezaba a darse cuenta de lo buena que su decisión de casarse con Jessica iba a ser para Michelle. ¡Lucinda acababa de abrirle los ojos! Jessica sería una madre fabulosa. Le enseñaría a Michelle lo que era ser una mujer de verdad, no de las que aparecían en las revistas. Una mujer amable con las camareras, que reconocía el valor de una camioneta, a la que no le importaba mancharse con pelo de perro y que sabía cómo disfrutar de una tarde de verano en el río.

–Creo que la elección es obvia –continuó Lucinda.

¡Y él también!

–Y soy yo.

Se quedó boquiabierto, no se esperaba aquello. Puede que lo hubiera visto venir si no estuviera tan preocupado con sus propios pensamientos.

–Deberíamos haber hecho esto años atrás –dijo ella.

Él la contemplaba totalmente pasmado.

–Pensamos en hacerlo años atrás –le recordó él–. Dijiste que no querías ser la esposa de un policía.

De repente, se sentía terriblemente agradecido de estar tomando un camino diferente, uno que le convertía en el tipo de hombre que Jessica se merecía. Un camino que le llevaba a ella de nuevo.

–Ya sé que tuve mi oportunidad –dijo Lucinda, haciendo un mohín–. Pero, después del funeral, supe que me habías perdonado por ese lapsus en mi juicio. Aún somos jóvenes, Brian. Recuperar el tiempo perdido sería divertido.

Aquello no debería sorprenderlo. A eso se refería ella cuando le había dicho a Michelle que tenían asuntos de adultos que tratar. Y por su mirada, ella tenía toda la intención de consolidar su sugerencia de una forma muy adulta.

La había llevado allí para aclarar cosas como aquélla, de una vez por todas, pensó Brian.

–Vamos a ser la pareja perfecta, tú y yo –anunció ella, inclinándose hacia delante y mostrándole el escote–. Un equipo perfecto. Desde luego, no estoy interesada en tener más familia, aparte de Michelle. Los niños son horribles. Gracias a Dios, nunca me pareciste un hombre de familia.

Él no había pensado en su unión con Jessica en esos términos, pero de repente lo hizo. Se sentía como si pudiera ser un hombre de familia. De hecho, la idea le llenó de una desbordante sensación de alegría. Iba a ser el padre de los hijos de Jessica. Y ella querría tener hijos, estaba seguro.

¡La cantidad de años que tenían por delante! Los primeros dientes, los primeros pasos. Santa Claus y los huevos de Pascua. ¿Sería su terreno lo suficientemente grande para un pony? La casa de ella sería mejor para los niños que la suya, era grande y podrían jugar a la pelota.

–Debería haberte dicho que sí hace años –siguió hablando Lucinda, completamente ajena a que el hombre que estaba frente a ella tenía la mente en un futuro feliz–. No debería haberte dejado marchar. Fue un terrible error.

Él recuperó el sentido. Retiró la mano de debajo de la de Lucinda. Seguramente había formas más delicadas de decir lo que tenía que decir, pero sólo se le ocurría decirle la verdad, y cuanto antes:

–Lucinda: no vamos a estar juntos. De ninguna de las maneras.

Ni aunque Jessica lo rechazara. Nunca más sería capaz de estar con mujeres como Lucinda, ya no. Jessica lo había transformado.

–¿No quieres casarte conmigo? –preguntó ella, atónita.

Incluso en aquel momento, ella estaba segura de su poder sobre los hombres, de que siempre obtenía lo que quería.

–No. Ni ahora ni nunca.

Apretó los labios y se recostó en el respaldo, con la vista clavada en él.

–Por favor, no me tires encima la ensalada.

Ella la dejó sobre la mesa haciendo un gran esfuerzo.

–Como si fuera a hacerlo –dijo altivamente–. Tan sólo había sugerido lo nuestro porque creía que sería lo mejor para Michelle.

Él sabía que ella estaba intentando salvar su orgullo. Michelle aparecía muy de lejos en los planes de Lucinda. Aun así, le siguió el juego.

–Lo que Michelle necesita es estar con dos personas que realmente se amen, que formen una pareja lo suficientemente segura para poder darle todo lo que se merece.

Se maravilló al oír las palabras que salían de su boca.

–Lo dices como si pensaras en alguien en concreto.

–Sí.

–¿No será esa Bambi que Michelle mencionó con desdén?

–No sabes nada de mí, ¿verdad? –le preguntó él, sorprendido.

–Creía que sí –respondió ella, estudiándolo detenidamente, y abriendo de repente los ojos sin podérselo creer–. ¡Oh, no! No me digas que te has enamorado de esa ratoncita salida de la casita de Blancanieves. ¡Por favor, Brian!

¿Una ratoncita, su Jessica? Tuvo el impulso de romper algo, pero al mirar a Lucinda recordó que ella no conocía el auténtico valor de nada. Estaba tan ensimismada con ella misma que se perdía la esencia de lo que le rodeaba una vez tras otra.

La ira lo abandonó. De repente, sentía una enorme pena por Lucinda.

–Me voy a casar con Jessica –le anunció, firmemente.

Lucinda se lo quedó mirando.

–Dios mío, no estás bromeando.

Sacudió la cabeza, incrédula, removiéndole la ensalada y dejó el tenedor.

–Salgamos de aquí, ¿vale? Has conseguido arruinarme la comida.

Durante toda su vida, había sentido el peso de la gente que esperaba que él les hiciera felices. Le habían hecho sentir tremendamente egoísta cuando no había cumplido sus expectativas. Ahora estaba aprendiendo una lección sobre su vida: se había mantenido fiel a su propia verdad, aunque le había costado mucho. No se había dejado manipular, aunque había estado expuesto a maestras de la manipulación como su madre o Lucinda.

Y por fin, después de muchos años de andar su propio camino, veía la recompensa: Jessica, una mujer que había andado su propio camino igual que él, que había sufrido y había salido fortalecida del trance.

–¿Me despedirás de Michelle?

Así que, tal y como sospechaba, Michelle sólo había sido una pieza en sus planes. Aun así, él asintió, dejó una sustanciosa propina para la pobre camarera y acompañó a Lucinda fuera del restaurante. Vio que había una joyería enfrente. Debió de mirarla con demasiado entusiasmo, porque Lucinda sonrió irónicamente.

–¡Brian, estás muy mal!

–Sí –afirmó él, elevando la barbilla–. ¿Y qué?

Ella lo tomó del brazo y lo llevó a uno de los escaparates. Un cartel decía «El momento del compromiso por Henri»

–Oh, me encanta la joyería de Henri, es muy delicada. Me imagino que le regalarás algo como eso –dijo, con cierta amargura.

Él miró a donde ella señalaba y se rió.

–No, no lo creo. Soy policía, no el director ejecutivo de Microsoft. Y además, ése no le gustaría. Sería algo más como éste.

Lucinda se inclinó sobre el escaparate para ver a qué se refería él. Cuando se incorporó, tenía la derrota en los ojos.

–Qué mono –dijo, sin admitir del todo que estaba vencida.

El anillo no era mono. Era sencillo y elegante y precioso, igual que Jessica.

Lucinda le acarició la mejilla.

–Brian –dijo suavemente, con voz ronca–. Deseo que sea muy feliz.

–Gracias –respondió él, desconfiado.

Y entonces ella se puso de puntillas y lo besó dulcemente en los labios. Él se sorprendió de recibir un beso así y que no le hiciera sentir absolutamente nada. Cuando la apartó de sí sin decir nada, ella se rió y jugó con su pelo. Al menos tres hombres casi se chocan con la pared cuando ella hizo eso. Brian sabía que saldría adelante.

–Tan sólo estaba probando –dijo ella.

Se puso las gafas de sol, giró sobre sus zapatos de tacón y se marchó apresuradamente, ganándose la atención de muchos hombres al pasar.

Brian volvió a la joyería.

–Quiero ése –pidió al dependiente.

–Una buena elección.

–Gracias.

Lucinda, como siempre, se había perdido la esencia del anillo. Era como Jessica, un anillo de oro con un diamante brillando justo en el centro.

Salió de la tienda sintiéndose en las nubes. Se había gastado el sueldo de un mes en algo que podía llevar en una diminuta bolsa, pero se sentía mejor que nunca.

–¡Eh, Michelle! –la llamó, al verla a lo lejos con sus amigos.

No debió de oírlo, porque siguió caminando.

Volvería a recogerla después. Con Jessica. Le darían la feliz noticia juntos.

Jessica se tumbó en el sofá con una toalla húmeda en la frente, sintiéndose como si fuera ella la que hubiera consumido demasiado licor de la tía Hetty.

Lucinda, como era de esperar, había salido de allí aquella mañana sin el menor rastro de resaca ni de remordimiento.

Lucinda en su casa. ¡Menudo rostro tenía aquel hombre! No sólo no le había dicho que era la madrina de Michelle, y que por tanto siempre tendría relación con él, además se la había dejado allí.

Y ella había escuchado los planes que tenía sobre él. ¿Qué oportunidad tendría si Lucinda lo quería para ella?

O'Henry se acomodó a su lado y le lamió los dedos.

–Oh, sí –le dijo Jessica–. En cuanto Lucinda Potter mueva un dedo, tú y yo ya podemos olvidarnos.

Michelle había querido llevarse al cachorro con ellas aquella mañana, pero Lucinda no quería que su coche oliera a perro. ¿Cómo podía Brian tolerar a una mujer así?

–Apuesto a que tampoco le gusta su camioneta –habló al techo, mientras recolocaba la toallita.

«Jessica», le dijo una voz en su interior, «no dejes que esto te eche para atrás. Si lo quieres, lucha por él»

–¿Quién lo querría? –preguntó en voz alta.

Pero en su interior sabía la respuesta. Bueno, no le había hablado de ella, pero eso no significaba que estuviera enamorado de Lucinda. ¿Cómo podría estarlo, después de como la había perseguido a ella por el bosque ayer? ¿Después de como la había besado y abrazado? ¿A quién había llamado la noche anterior, cuando la crisis había terminado? A Lucinda no, desde luego.

No iba a darse por vencida, esta vez no. Iba a llegar al fondo de aquello. Se puso en pie con determinación. Le daría una oportunidad para que se explicara. Se daría una oportunidad a sí misma para creer que ella era la mejor mujer para él.

Por desgracia, no había grabado los ronquidos de borracha de Lucinda, pero si él necesitaba ese tipo de cosas para convencerse, entonces tal vez sería mejor dejarlo marchar.

Entró en una actividad frenética en su cuarto, buscando la ropa más adecuada, y eligió un top blanco tejido a mano y unos shorts a juego. Estaba tratando de poner orden en su cabello cuando sonó el teléfono. «Es él», deseó. Pero si no era él, no había problema. ¡Esta vez no se quedaría al margen, esperando!

–¿Diga?

–¿Jessica?

Su confusión se tornó en preocupación.

–¿Michelle? ¿Dónde estás? ¿Hay algún problema?

La chica estaba llorando.

–Él... él... se va a casar con ella.

Hasta aquel momento, Jessica había estado enfadada con él porque no le había contado que Lucinda estaba involucrada en su vida. Pero había estado deseando creer que era un mal comunicador, no una mala persona. Deseaba creer en sí misma, en que se había convertido en una mujer que podía elegir bien, que sabía distinguir entre un buen hombre y otro malo. Ahora esa esperanza se desmoronaba entre dudas.

¿Sería Brian tan tonto como para tirar su vida por la borda con una mujer como Lucinda? Bebía demasiado y era superficial, egocéntrica y cínica.

Y espectacular. ¿Es que eso era lo único que le importaba a él? ¿Quién era el cínico ahora?

Por lo menos esa vez, pensó Jessica, iba echarle la culpa a quien se lo merecía. ¡No volvería a pasarse las horas buscando la razón por la que había fallado en conseguir a Brian Kemp, otra vez!

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó a Michelle, tratando de sonar calmada.

Su rectitud empezaba a disolverse en una honda tristeza, o más allá, en un terreno gris e interminable, un dolor tan profundo que la devoraría si ella lo permitiera.

–Los he visto juntos, comprando en el centro comercial. Delante del escaparate de los anillos de compromiso. Eligieron uno y ella lo... lo besó.

Jessica se quedó callada. Aquella traición era más de lo que podía soportar. Justo el día anterior él la había besado a ella, unos besos llenos de promesas. Y al día siguiente besaba a Lucinda. ¿Y le había comprado un anillo?

«Conforta a Michelle», se ordenó a sí misma a través del dolor. Pero, ¿qué podía decirle, que seguramente no era lo que parecía? Un beso junto al escaparate de anillos de compromiso no parecía tener otra interpretación.

«Sé fuerte», se ordenó también.

–Michelle, qué bien por ti. Vas a tener una familia de nuevo.

Al decir aquellas palabras fue como si se le clavara un puñal en el corazón. Ella también había soñado con una familia, llena de niños, perros y ponis. Y con Michelle.

Y Brian y ella juntos, para siempre.

–Tú eres mi familia –gimió Michelle–. Tú y O’Henry. Odio al tío Brian y la odio a ella.

¿Cómo iba Jessica a decirle que no odiara a su tío, cuando ella misma se sentía tan mal hacia él? ¿Y qué podía decirle sobre Lucinda que no fuera totalmente crítico?

–Ella es muy guapa –murmuró Jessica.

Michelle resopló.

–Es como Bambi, sólo que con cerebro, lo cual es más peligroso. Y sus implantes sí están dentro de los límites legales.

Jessica no podía animar a Michelle a ser maliciosa, aunque lo que más deseara en el mundo fuera unirse a ella y criticar a Lucinda. Cambió de tema.

–¿Dónde estás?

–En el centro comercial. Pero me voy de aquí.

–No, quédate ahí. Voy a buscarte –decidió Jessica–. Así podremos hablar.

–No.

–Vamos, cielo, todo va a salir bien.

Sabía que no sonaba nada convincente porque ella misma no se lo creía. Todo su mundo se estaba desmoronando. ¿Cómo podía decirle a Michelle que todo iba a salir bien?

–No va a salir bien –afirmó Michelle, con firmeza–. No puedo tener a Lucinda como madre, simplemente no puedo. Siempre está intentado arreglarme el pelo y el

maquillaje y diciéndome cómo tengo que vestir, como si yo fuera una perdedora.

–Puede que lo haga porque se preocupa por ti –dijo Jessica, poco convencida.

–Sólo se preocupa de sí misma, igual que...

Dejó la frase a medias. No era necesario que la terminara, Jessica sabía exactamente lo que pensaba: «igual que su madre»

–Michelle, quédate donde estás, llego en quince minutos.

–No te molestes, me voy ya.

Y colgó el teléfono. Jessica se dejó caer en el suelo, con el auricular en la mano, y comenzó a temblar incontrolable. Después de unos momentos, se dio cuenta de que no podía permitirse el lujo de quedarse allí temblando. Tenía que encontrar a Michelle antes de que se alejara demasiado del centro comercial.

Se calzó las sandalias, agarró su bolso y salió corriendo hacia la puerta.

Brian no había estado tan nervioso desde que la profesora de teatro había cometido el error de darle un papelito en *South Pacific*.

Ensayó sus frases igual que entonces:

–Jessica, estoy locamente enamorado de ti. ¿Quieres ser mi esposa?

Sonaban tan artificiales y poco convincentes como las que había dicho años atrás. Recordó cómo se había reído el público, y sus frases no eran graciosas.

No quería que Jessica se riera de él. Probó de otra manera:

–Jessica, me he enamorado de ti. ¿Te casarías conmigo?

Sonaba como un idiota, ¡parecía un robot! No lograba transmitir lo que sentía. ¿Qué podía hacer? Recorría a toda velocidad la autopista con un anillo en el asiento de al lado, ¡y no tenía ni idea de cómo hacerle la proposición!

Estaba a punto de darse la vuelta cuando vio la camioneta de Jessica en el carril contrario. Sacó la mano por la ventanilla y la saludó. Ella detuvo su camioneta en el arcén, salió de ella apresuradamente y se le acercó corriendo por la autopista. Un coche dio un frenazo para no atropellarla.

Llegó hasta la camioneta de Brian y se dirigió a la puerta del copiloto, con el ceño fruncido. Tenía un aspecto terrible, con el pelo medio revuelto, los ojos hinchados, la expresión desencajada. Y aun así estaba fantástica. Mostraba toda su vulnerabilidad y su dulzura, como si necesitara que él la abrazara y pusiera orden en su mundo.

La bolsita de la joyería estaba sobre el asiento, y Brian la escondió rápidamente en la guantera. Era una sorpresa que no quería desvelar hasta que se dieran las circunstancias perfectas, hasta que supiera exactamente qué iba a decirle.

–Michelle acaba de llamarme desde el centro comercial –anunció ella, subiendo a la camioneta y cerrando la puerta de un portazo–. Rápido, vamos para allá.

–Pero si acabo de dejarla allí, estaba con sus amigos.

–¡Conduce!

–¿Cuál es el problema? –preguntó él, mientras cambiaba de sentido.

–¡Brian, dice que se va de casa!

–¿Cómo? No, debes de haberla entendido mal. Las cosas nunca han estado mejor

entre nosotros.

Recordó cómo se había reído aquella mañana mientras la subía en sus hombros.

–Bueno, puede que esté un poco enfadada conmigo por acudir ayer a la llamada del trabajo.

–Brian, no la he entendido mal, y no tiene que ver con la llamada de ayer. Tiene que ver con Lucinda. Una vez que Michelle salga del centro comercial, ¿cómo vamos a encontrarla? ¿Qué hará ella?

–¿Qué es eso de ella y Lucinda? –preguntó él fríamente.

–Dice que estabas besando a Lucinda y eligiendo un anillo de compromiso. Dice que no podría tenerla como madre –respondió Jessica, con la vista clavada al frente.

Brian frenó casi en seco y paró la camioneta en el arcén. Tomó la barbilla de Jessica y la levantó para mirarla a los ojos. Sus ojos verdes estaban inundados de dolor.

–Escúchame bien. No voy a casarme con Lucinda. Nunca. Tienes que creerme.

¡Todo estaba saliendo mal! Así no era como él había planeado declararse. No podía hacerlo en el arcén de la carretera en una situación de crisis mientras intentaba vencer la desconfianza de ella. ¡Lo tenía todo planeado! Se lo iba a decir en su jardín, arrodillado.

–¿Entonces Michelle se ha inventado ese beso? –preguntó ella, con voz aguda.

–No, el beso ha existido. Pero Lucinda me besó a mí, no yo a ella.

–Creía que para que hubiera un beso se necesitaban dos personas.

–¡Me besó sin mi permiso!

–Debe de ser terriblemente duro para ti que las mujeres se lancen así en tus brazos.

–Créeme, lo es –dijo él, lacónicamente.

–Te creo –mintió ella–. Por favor, vamos al centro comercial.

Él maldijo. Sacaría a Michelle de aquel centro comercial de las orejas. Y después de arremeter contra ella por haber sacado conclusiones equivocadas y casi arruinarle la vida con ello, hablaría con Jessica. ¿Cómo iba a casarse con una mujer que no confiaba en él, una mujer que creía tanto en lo peor de él que lo acusaba ante la menor evidencia?

Aunque puede que el beso que había visto Michelle no fuera una evidencia menor.

Desde luego, iba a quedarse muy tranquilo cuando superara la parte del cortejo, con toda aquella incertidumbre, la inquietud, las dudas sobre qué decirle y cómo. Volvía al plan A. En cuanto encontraran a Michelle, volverían a casa de Jessica. Encerraría a su sobrina con el perro en la casa y luego buscaría el lugar más bonito del jardín y le haría la proposición a Jessica.

Pero una hora después estaba descompuesto. Jessica y él habían estado buscando por todo el centro comercial y Michelle no estaba allí.

–¿Telefonemos a sus amigos? –preguntó Jessica, dejando a un lado su enfado

con él.

Brian estaba maravillado de lo bien que trabajaban juntos, incluso en las circunstancias más difíciles.

–Iremos a sus casas en lugar de telefonarlos. Puede que por teléfono nos dijeran que no está con ellos, pero no creo que puedan mentirme a la cara. Y hablaré con los padres también.

–Vamos a encontrarla –afirmó ella.

Brian le estaba agradecido por su generosidad de espíritu. Ella estaba a su lado, apoyándolo, mientras todo lo que había hecho él las últimas veinticuatro horas era causarle problemas.

Apoyó su frente contra la de ella, y se olvidó del momento perfecto que había planeado para su declaración.

–Jessica –comenzó suavemente–. No es con Lucinda con quien quiero casarme. No es a Lucinda a quien amo.

Se sentía como un avión lanzándose en picado y le costó un gran esfuerzo frenarse. ¡Aquél no era el momento!

## Capítulo 10

Cuando Brian había apoyado su frente en la suya, Jessica había sentido que comprendía todos los secretos del universo, y todas las cosas sagradas entre un hombre y una mujer. Tuvo respuesta a preguntas que ni siquiera sabía que tenía. Entendió las partes más hondas de sí misma.

Y entonces, demasiado pronto y demasiado bruscamente, él se había apartado de ella.

–¿Qué has dicho? –preguntó ella, intentando entender lo que acababa de suceder, observarlo con perspectiva.

Había dicho que no iba a casarse con Lucinda. Había dicho que no era Lucinda a quien amaba. Pero sus palabras implicaban que iba a casarse y que estaba enamorado.

Su alma había sentido que la amaba a ella, en ese maravilloso momento de conexión frente con frente. ¡Pero su cerebro necesitaba oír aquellas palabras!

–¿Qué has dicho? –volvió a preguntar.

–Nada.

Se apartó de ella, evitando su mirada. Se pasó la mano por el pelo.

–Olvida todo lo que he dicho, no debería haberlo hecho. Siempre hago las cosas a destiempo, es la historia de mi vida. Mi sobrina de trece años está desaparecida, y nadie mejor que yo sabe lo que pasa cuando te escapas a los trece años y...

Se estaba fustigando a sí mismo, pensó ella, y eso era un daño innecesario que no les llevaba a ningún lado. Puso un dedo sobre la boca de él.

–Para –le ordenó dulcemente.

Se perdió en las profundidades de sus ojos color chocolate y vio la maravillosa verdad. Vio su fuerza y su dulzura. Vio su coraje enfrentado a una romántica torpeza. Vio la preocupación por su sobrina, y vio también que su esperanza era mayor que su temor. Vio en sus ojos que creía que podían suceder cosas maravillosas.

Entonces decidió que confiaría en él y creería en sí misma. Cuando él estuviera preparado, le diría el secreto que sus ojos ya habían revelado.

–Vamos, busquemos a Michelle –dijo ella.

Agradecido, él tomó su mano y le dio un apretón. Ella percibió la verdad. Y la vio de nuevo mientras ampliaban y fotocopiaban la foto de Michelle que él llevaba en la cartera, cuando fueron a la ciudad y preguntaron a chavales en la calle si la habían visto. Vio su ternura y su determinación mientras se paraba junto a cada coche de policía que se encontraban y les daba una copia de la foto. Lo vio en la forma en que le lanzaba miradas a ella. La verdad era tan evidente que supo que, en realidad, ya no necesitaba las palabras.

Durante toda su vida, Jessica había visto lo que otros no podían ver: era capaz de ver el poder sanador del amor puro.

Y en ese momento, comprendió el desafío que se le concedía: aceptar ese don

para sí misma. Mucho tiempo atrás, cuando sus padres murieron, había perdido la habilidad de confiar. Cuando Brian la había decepcionado, años después, había sido una confirmación del mensaje: El amor terrenal la haría sufrir.

Pero en aquel momento comprendía que quien no ama no está del todo vivo. Comprendía que la confianza y el amor iban unidos y no podían separarse. Durante todo el tiempo, Jessica creía que el asunto estaba en si podía confiar o no en Brian. Pero ahora lo vio de una forma completamente nueva: el asunto estaba en si podía confiar o no en ella misma. Estaba en confiar en su corazón.

La evidencia decía que la había engañado sobre Lucinda. Pero su corazón y la luz en su mirada decían que no lo había hecho. El hombre que acababa de hablar con esos dos chavales de la calle no traicionaría a nadie a conciencia. Y además nunca se decepcionaba. Así que ella tenía que confiar, aunque le pareciera una locura.

Ella vivía en un mundo donde la gente trataba con escepticismo todo lo que no era tangible. Pero, ¿acaso las cosas más importantes no eran las que no pueden tocarse ni verse? Las cosas que siente tu corazón, que tu alma sabe, aunque no haya forma de probar su existencia. ¿Acaso no había vivido ella siempre siguiendo unas reglas que los demás no siempre comprendían? ¿Acaso no era una locura poner las manos sobre un perro y esperar que eso lo curara?

Pero las dudas no existían cuando ella hacía cosas como ésa, y en aquel momento estaba sintiendo que las dudas la abandonaban, reemplazadas por una certeza cristalina.

—¿Por qué no me dijiste que Lucinda iba a visitarte?

No parecía que quisiera salir corriendo ante su pregunta, más bien parecía aliviado.

—Ay, Jessica, tienes que entender que toda mi vida he tenido el estupendo don de decepcionar a las personas, especialmente a las mujeres. He vivido con ese miedo a no ser lo suficientemente bueno, a fallar a los demás y no hacerles felices. Yo quería hacerte feliz. Y creí que anunciarte la repentina visita de Lucinda no iba a ayudar a ello.

—¿Por qué no me cuentas algunas otras veces que hayas hecho lo mismo? —sugirió ella dulcemente—, ¿otras veces en que hayas intentado hacer felices a los demás?

Y mientras buscaban por la ciudad, le fue contando. Le habló de una madre que siempre había querido que fuera lo que no era: tranquilo, controlable, conservador. Le habló de las chicas que habían acudido a él con sus necesidades y cómo él las había fallado.

—Creo que empecé a escabullirme de decepcionar a la gente —terminó él—. Me refugié en el fútbol, en las camionetas antiguas y en mi trabajo, creando un mundo donde estuviera a salvo, donde pudiera cometer errores y nadie me regañara por ello.

Tomó aire profundamente.

—Nunca supe decir las palabras que convierten a un hombre en un hombre, como «lo siento, he cometido un error»

Volvió a respirar hondo. Detuvo el coche. Tomó las manos de Jessica entre las suyas y la miró a los ojos:

–Lucinda y yo salimos junto en el instituto. Estuvimos comprometidos una vez, muy brevemente. Después del funeral de Kevin y Amanda, nos sentíamos solos y dolidos y creo que ambos pensamos en volver a salir juntos. Ella hubiera sido el tipo de mujer más cómoda para mí, Jessica –continuó–. Y aceptaba eso en mi vida antes. Pero ya no, porque te he conocido a ti. Y he vuelto a sentir lo mismo que aquella noche hace años: una auténtica conexión con otra persona. Después de haber experimentado lo que tú y yo compartimos, ¿no crees que te morirías de soledad si aceptaras algo menos que eso?

Ella asintió. Sabía lo que iba a decir antes de que las palabras salieran de su boca. Se incorporaban a ella y florecían en su interior como las plantas de su jardín.

–Me he muerto de soledad desde la primera vez que te conocí –continuó él–. Buscaba ese sentimiento en los lugares equivocados. Intentaba convertirme en un hombre merecedor de ese sentimiento. Y cuando volviste a mi vida, no quería hacer algo que lo estropeará todo. Pero lo hice, y lo siento. Siento haber hecho las cosas mal en lo referente a la visita de Lucinda. Siento mucho que mi error te hiciera sufrir.

Jessica veía la fuerza y la sinceridad de su disculpa. Feliz, respondió:

–Disculpa aceptada. Y te ofrezco la mía: siento no haber confiado en ti, Brian. Llevas escrito en la cara el tipo de hombre que eres, y elegí creer otra cosa basándome en mi propia inseguridad.

Mientras decía eso, sintió una sensación familiar de luz en su interior. Cerró los ojos, inundados de lágrimas, y dejó que la luz creciera hasta que la llenó por completo.

Por fin aceptaba su regalo. El regalo del amor, puro, poderoso y capaz de hacer milagros y sanar heridas.

Y en ese momento de luz, supo la respuesta al enigma que intentaban resolver. Ya habría tiempo después de explorar la belleza de lo que estaba creciendo entre los dos. Pero antes tenían que acabar con sus temores. Porque si el amor tiene algún enemigo, es el miedo.

–Michelle se ha ido a casa –dijo ella–. Está en mi casa.

–¿Y cómo ha ido hasta allí? –preguntó él–. No llega el autobús y está alejado de todo.

–Está allí –afirmó ella con seguridad.

–Muy bien –aceptó él–, te creo. Mientras nosotros peinábamos la ciudad, puede que ella estuviera sentada oliendo tus flores.

Y condujo la camioneta de vuelta a la casa.

Cuando llegaron allí, empezaba a ser de noche y no había luces en la casa. El jardín estaba demasiado silencioso, no se movía nada.

–No está aquí –dijo Brian, desanimado.

Pero ella estaba convencida de que sí. Entró en la casa y la revisó cuarto por

cuarto, con Brian siguiéndola. ¿Qué era lo que faltaba?

–¡O’Henry! –exclamó ella–. ¿Dónde está O’Henry?

Ambos fueron a la puerta trasera y lo llamaron. Y ambos oyeron su gemido al mismo tiempo.

Normalmente, el cachorro hubiera acudido junto a ellos corriendo pero, a pesar de la oscuridad creciente, lo vieron tumbado junto a la caseta del jardín, resistiéndose a abandonar su puesto.

Brian respiró aliviado.

–Michelle está ahí dentro. Probablemente no dejó que el perro entrara con ella porque sabía que nos daríamos cuenta de que faltaba y la encontraríamos.

–No tenía ni idea de lo fiel que iba a ser –añadió Jessica, sonriendo.

Sentía como si el sol brillara en su interior, aunque la luna estuviera brillando en el cielo.

–Dejemos que pase ahí la noche –sugirió él, dejando ver por fin algo de su preocupación–. Eso la hará bien.

Jessica sacudió la cabeza.

–No puedo castigarla por parecerse a ti.

–¿Por parecerse a mí? ¡Como si yo me hubiera encerrado en la caseta del jardín!

–Ella escapa de las cosas que la hacen sufrir. Vio tu beso con Lucinda y le dolió, y se asustó.

–De acuerdo, muy bien. Que no pase la noche en la caseta. Jessica, siempre sacas lo mejor de mí.

Fueron juntos a la caseta y abrieron la puerta. Michelle estaba echa un ovillo en una esquina, con las rodillas pegadas al pecho, llorando silenciosamente. Jessica nunca había visto a nadie que deseara más ser encontrado.

En lugar de pedirle a Michelle que saliera, Brian se puso a cuatro patas. Se metió por entre el equipo de jardinería y llegó junto a ella. La rodeó con sus brazos y la acunó dulcemente.

Cualquier pequeña duda que aún le quedara a Jessica sobre cómo era él se evaporó ante aquella escena. Ella también sorteó el equipo, se sentó en el sucio suelo junto a Brian, apoyó la cabeza en su hombro y acarició a Michelle en el pelo. O’Henry entró y, después de lamerle las lágrimas a Michelle, apoyó su cabeza en el regazo de Jessica.

Ninguno de ellos dijo nada, no necesitaban las palabras para sentir aquella profunda gratitud.

Aquel amor puro.

La oscuridad los cubrió lentamente, y por fin Michelle habló.

–Siento haberos tenido pendientes de mí.

–No te preocupes –dijo Brian–. Me saldrán algunas canas más debido a esto. Tan sólo dime por qué te escapaste en lugar de venir a contármelo.

–Lucinda se parece tanto a mi madre que me da pánico –susurró ella–. No puedo

volver a vivir así. Tío, me gusta mucho más vivir contigo que con mis padres. Y me siento tan culpable por ello, que quiero odiarte.

–Oh, cariño –dijo él, dulcemente.

–Tenían todo el dinero del mundo, pero no tenían tiempo para mí. Nunca hacían nada de lo que decían, incluso aunque me lo prometieran. No hacían más que beber y salir de fiesta. Nunca me pedían que les dijera dónde estaba ni con quién. Nunca me ponían una hora para llegar a casa. Mi madre sólo se daba cuenta de que yo existía cuando me ponía algo que no le gustaba.

Jessica se contuvo de consolarla diciéndole que eso no era verdad, pero estaba claro que lo era. Además, Brian estaba manejando la situación increíblemente bien, consolándola simplemente con escucharla mientras la mantenía abrazada a sí.

–Y entonces vine a vivir contigo, y tú ponías todas esas estúpidas reglas, y preguntabas a las madres de mis amigos, y me tratabas bien aunque yo a ti te tratara mal. Incluso cuando me teñí el pelo de negro, nunca me dijiste que era feo. Quiero decir, cuando te diga que he llegado hasta aquí haciendo auto-stop, vas a castigarme durante un mes, ¿verdad?

–¿Un mes? ¡Más bien un año! –aseguró él– ¿Has hecho auto-stop hasta aquí?

–¿Lo ves? Te importo.–dijo Michelle con satisfacción, y soltó una risita–. La madre de una amiga me trajo hasta aquí.

–Tienes mucha suerte –le dijo él con severidad.

–Pero todo cambiará si te casas con la tía Lucy. La quiero, pero no me gusta mucho.

Escondió la cara entre sus brazos y se puso a llorar. Él le revolvió el pelo.

–Michelle, no me voy a casar con Lucinda.

–¡No me mientas! ¡Puedo atar cabos, no soy una niña!

–Muy bien –aceptó él–. Dime entonces qué cabos has atado.

–No me dejaste que comiera con vosotros porque querías declararte. Luego os vi mirando anillos. Te vi besarla en medio del centro comercial, como si no hubiera nadie más. Te vi salir de la joyería con una bolsita.

–Es cierto que compré algo, pero no para Lucinda. ¿Quieres verlo? Me gustaría enseñártelo.

–¿Quieres enseñarme lo que has comprado? –preguntó ella–. ¿Es para mí?

–No es para ti, pero quiero que le des tu aprobación.

Él se volvió a Jessica.

–Tú no vengas. Entra en la casa un momento, por favor.

Ella intentó hacerse la ofendida, pero no le salió. Besó a Michelle en el pelo, cruzó una mirada con Brian y disfrutó de aquel momento de felicidad completa.

Su turno se acercaba. El amor le brindaba una segunda oportunidad.

Y esta vez iba a tomarla.

Brian le pasó el brazo por los hombros a Michelle y fueron juntos hasta la camioneta. Abrió la guantera y sacó la bolsita.

–Ábrela –le dijo.

Ella lo miró sin entender nada, pero abrió la bolsa y se quedó atónita al ver la caja de terciopelo. Sus ojos se abrieron aún más cuando levantó la tapa. Tocó el anillo con la punta del dedo, y frunció el ceño.

–Creí que habías dicho que no era un anillo de compromiso.

–No. Lo que dije era que no es para Lucinda.

Una ligera y encantadora sonrisa se dibujó en los labios de Michelle. Levantó la vista al cielo y cerró los ojos con fuerza, como una niña pidiendo un deseo, o tal vez agradeciendo a su ángel de la guarda por atender a sus plegarias. Después abrió los ojos y contempló de nuevo el anillo.

–Ya lo he entendido, tío Brian –dijo en un susurro–. No es el tipo de anillo que le gustaría a Lucinda, para nada. Sé exactamente a quién le gustaría un anillo así.

Y lo abrazó por la cintura. Él se inclinó un poco para abrazarla a su vez y, contemplando las estrellas, se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo en el proceso de ser mejor hombre. Y en algún momento de ese camino, se había convertido en un hombre merecedor de la confianza de una adolescente.

Un hombre merecedor del amor de una mujer como Jessica Moran.

–Voy a necesitar algo de ayuda –dijo él.

–Lo que sea.

Y en aquel momento, supo exactamente lo que tenía que hacer. Siempre lo había sabido, pero no había dado con la mujer que despertara esa parte de él. Jessica Moran no le pedía nada, no le buscaba para que le diera lo que a ella le faltaba, lo que ella necesitaba. Y precisamente por eso, sintió un deseo urgente de hacerla feliz, de darle lo que precisaba y de ser mejor hombre de lo que nunca había sido.

–¿Puedes buscar la manguera y llenar el estanque? Tengo que volver a la ciudad a buscar una cosa. Y cuando lo hayas llenado, mantén a Jessica dentro de la casa, alejada de las ventanas.

–¿Cómo voy a lograrlo?

–¿Explicándole algo de fútbol? –sugirió él.

Su sobrina había mostrado un interés y un entusiasmo inusitados por ese deporte.

Preparar todo le llevó más tiempo del que creía. Consultó su reloj: medianoche. Una hora extraña para una declaración. O tal vez no. Desde que había entrado en aquel jardín y en la vida de Jessica, se había sentido siempre como en un hechizo. ¿Qué mejor momento para completar el encantamiento que la medianoche?

Tomó aire profundamente y contempló su trabajo. Ahora tenía que confiar en que el hechizo había funcionado sobre ella tanto como le había pasado a él. Fue hasta la casa y llamó a la puerta. Abrió Michelle.

–Nada de fútbol. Vas a tener que aprender a jugar al Scrabble –le anunció Michelle, tratando de ver qué había hecho él–. Oh, tío Brian, es increíble. ¡Jessica!

Ella los miraba desde el interior de la casa, repentinamente tímida, y Brian le tendió la mano. Ella la tomó y él la condujo al jardín. Michelle los observó durante

unos instantes, suspiró, y se metió en la casa, dejándolos solos.

Con la mano de Jessica entre las suyas, Brian vio su trabajo de una forma nueva. Había transformado el jardín. Había puesto velas sobre el agua del estanque recién estrenado, y había distribuido otras, que brillaban delicadamente, entre las flores de los alrededores. La oscuridad se iluminaba con aquellas suaves luces, igual que la oscuridad de su alma se iluminaba con la luz de Jessica.

Ella se había quedado sin palabras. Contemplaba todo con los ojos llenos de lágrimas.

Brian apretó su mano y la condujo a un banco junto al estanque.

–Brian, esto es tan hermoso... –farfulló ella.

–Shh –dijo él, haciéndola callar–, o me olvidaré de lo que quiero decirte.

Pero cuando se arrodilló delante de ella y vio sus lágrimas brillantes bajo la luz de las velas, se olvidó de su discurso igualmente.

–Debería haberlas escrito –murmuró.

Pero al mirarla de nuevo a los ojos, supo lo que iba a decir. Dejó que las palabras le salieran del corazón.

–Jessica –comenzó–. La vida es como una balanza. Unas veces haces felices a los demás; otras veces te haces feliz a ti mismo; y algunas veces tienes la suerte de lograr ambas. Creo que casarse es encontrar a la persona que hace que lo último suceda la mayoría de las veces.

Sacó la cajita del bolsillo de su camisa. Abrió la tapa y se la tendió a ella.

–Esto es un símbolo de mi amor por ti –dijo, con voz ronca por la emoción–. Jessica, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres ser mi esposa?

Ella tomó la cajita, pero no miró en su interior. En lugar de eso, miró en el interior de Brian.

–Sí –respondió, en un susurro.

Él no podía creérselo.

–¿Qué has dicho?

–Nada –bromeó ella–. Olvida lo que he dicho, no debería haberlo hecho. Siempre hago las cosas a destiempo, es la historia de mi vida.

¿Estaba jugando con el momento más romántico de su vida?

–¿Vas a ser así de irritante el resto de nuestra vida? –preguntó él.

–¿Nuestra vida? Aún no te he dicho que sí.

Por la forma en que lo dijo, no había duda de que le iba a hacer sufrir un poco.

Cuidadosamente, Brian dejó el anillo sobre el banco. De repente, la levantó en brazos e ignorando sus protestas, se metió en el estanque, sosteniéndola sobre el agua.

–¡Di que sí! –le ordenó.

Ella acomodó la cabeza en su hombro, riendo.

–Dí que sí –le advirtió.

La puerta de la casa se abrió.

–¿Te lo ha pedido ya? –preguntó Michelle, a gritos.

–Sí –le respondió ella también a gritos.

–¿Y qué le has contestado? –continuó Michelle.

–¡Le he dicho que sí!

–¡No lo has hecho! –farfulló Brian, tratando de hacerse oír por encima de las voces de Michelle–. Estabas tomándome el pelo. Seguramente ibas a tenerme esperando una respuesta hasta el amanecer.

–He esperado catorce años esta segunda oportunidad. ¡Tú podías esperar unos minutos!

–¡Eh! ¿Eso es un sí?

–Eso es un sí –confirmó ella.

Él rompió a reír. Se puso a dar vueltas con ella en brazos hasta que estuvieron completamente mojados. La besó y la besó hasta que el mundo parecía girar a su alrededor.

El cachorro llegó corriendo y le golpeó una rodilla, y ambos cayeron al agua. Pero sus labios no se separaron.

Y entonces Michelle llegó junto al estanque, contempló la escena emocionada y, sacudiendo la cabeza, se metió ella también dentro del agua. Al momento siguiente se perseguían unos a otros por el agua, salpicándose y riendo a carcajadas.

–Nunca seremos una familia normal, ¿no? –preguntó Michelle feliz, una hora después, envuelta en una manta y bebiendo chocolate caliente.

La verdad era que Brian no estaba muy seguro de qué era ser normal. ¿Era lo que su madre había querido para él? ¿Era «normal» la vida de éxito aparente y vacío interior que su hermano había llevado? Si eso significaba ser normal, prefería mil veces jugar a salpicarse en un estanque a medianoche.

Michelle se fue a la cama y, después de aquel día tan excitante y agotador, se quedó dormida casi en el beso de buenas noches. Jessica y Brian se quedaron unos minutos contemplando abrazados cómo dormía, con el perro a su lado.

–Brian –susurró Jessica.

–¿Sí?

–Te amo locamente.

–Me lo imaginaba.

–Voy a casarme contigo.

–Gracias a Dios.

–Y vamos a tener hijos.

–Eso espero.

Ella lo tomó de la mano y lo sacó de la habitación. Una vez fuera, él la rodeó con sus brazos, maravillado con la sensación de estar en casa.

¿Quién quería ser normal si tenía aquello? Una casa de cuento, donde un hombre corriente sacaba lo mejor de sí, un lugar más allá de lo normal, casi mágico.

La besó y supo que, por fin, se había completado el hechizo, de rana a príncipe.

Besó su pelo.

–Y fueron felices por siempre jamás.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.